

Grupo de Estudios Masinos

MAS DE LAS MATAS

22

Este libro ha sido editado
con el apoyo del programa
Amarga Memoria
del Gobierno de Aragón

C A M B R I L E S

el reportaje

José Giménez Corbatón

introducción

José Luis Ledesma

fotografía

Pedro Pérez Estéban

Grupo de Estudios Masinos

2006



De todas las historias que en esta comarca se cuentan sobre la guerra, el episodio de lo ocurrido en la cueva de Cambriles –Ladruñán, Teruel– es sin duda uno de los más sugestivos para recrear la imaginación. Cambriles es un agujero en la roca, un escondite casi inaccesible que engendró la leyenda de una sociedad secreta de hombres amenazados a los que el miedo a la muerte les llevó a establecer juramentos de sangre.

Pero Cambriles también es paisaje, un enclave cautivador en el corazón de una tierra que ya por sí sola es leyenda.

Este entorno de vértigo, los interrogantes que emanaban de la cueva y los vínculos humanos con Mas de las Matas cristalizaron en curiosidad para el Grupo de Estudios Masinos, curiosidad que fue acrecentándose conforme el tiempo de silencio iba desvaneciéndose en pro de la memoria secuestrada.

Fue en el verano de 1990 cuando varios miembros del Grupo de Estudios decidimos penetrar en aquella morada rupestre cargada de misterio. La empresa, no exenta de riesgo, sólo facilitó el acceso a la morada a través de la escalada experta. La covacha, angosta e incómoda, desvelaba la presencia humana como cualquiera de los abrigos prehistóricos de los alrededores pero con su iconografía actualizada. En las paredes aparecía, pintado con tinte rojo, el nombre de las estancias, en los espacios huecos unos troncos cruzados semejaban literas, en el suelo aún perduraban unas zapatillas mohosas y un fragmento de taza de café de porcelana decorada que indicaba el abolengo de alguno de sus moradores.

Aquella primera estancia en Cambriles se convirtió en tema de conversación en muchas ocasiones, y el interés por el mito fue aumentando conforme iban apareciendo algunos testimonios; dicho interés halló su punto culminante al conocer la existencia del Libro de Actas, a raíz de un traslado y reordenación del archivo municipal de Mas de las Matas. Si entrar en la cueva nos puso en contacto con el medio, abrir este libro que recoge las reuniones de la sociedad secreta

“La Caverna” nos permitió conocer a los inquilinos. La historia ganaba en suspense y emoción, sólo hacía falta un cronista que con una buena labor de campo desvelara la leyenda. Entonces, la casualidad nos envió al escritor que mejor conoce ese entorno: José Giménez Corbatón.

Giménez Corbatón ya había colaborado con nosotros en el texto de presentación del volumen “La mirada detenida”, antología artística de imágenes recogidas por Andrés Serrano y Miguel Perdiguer durante los últimos diez lustros. De ese libro toma “Cambriles” el formato y la voluntad de evocar un territorio muy especial en la memoria e identidad de esta zona del Guadalupe.

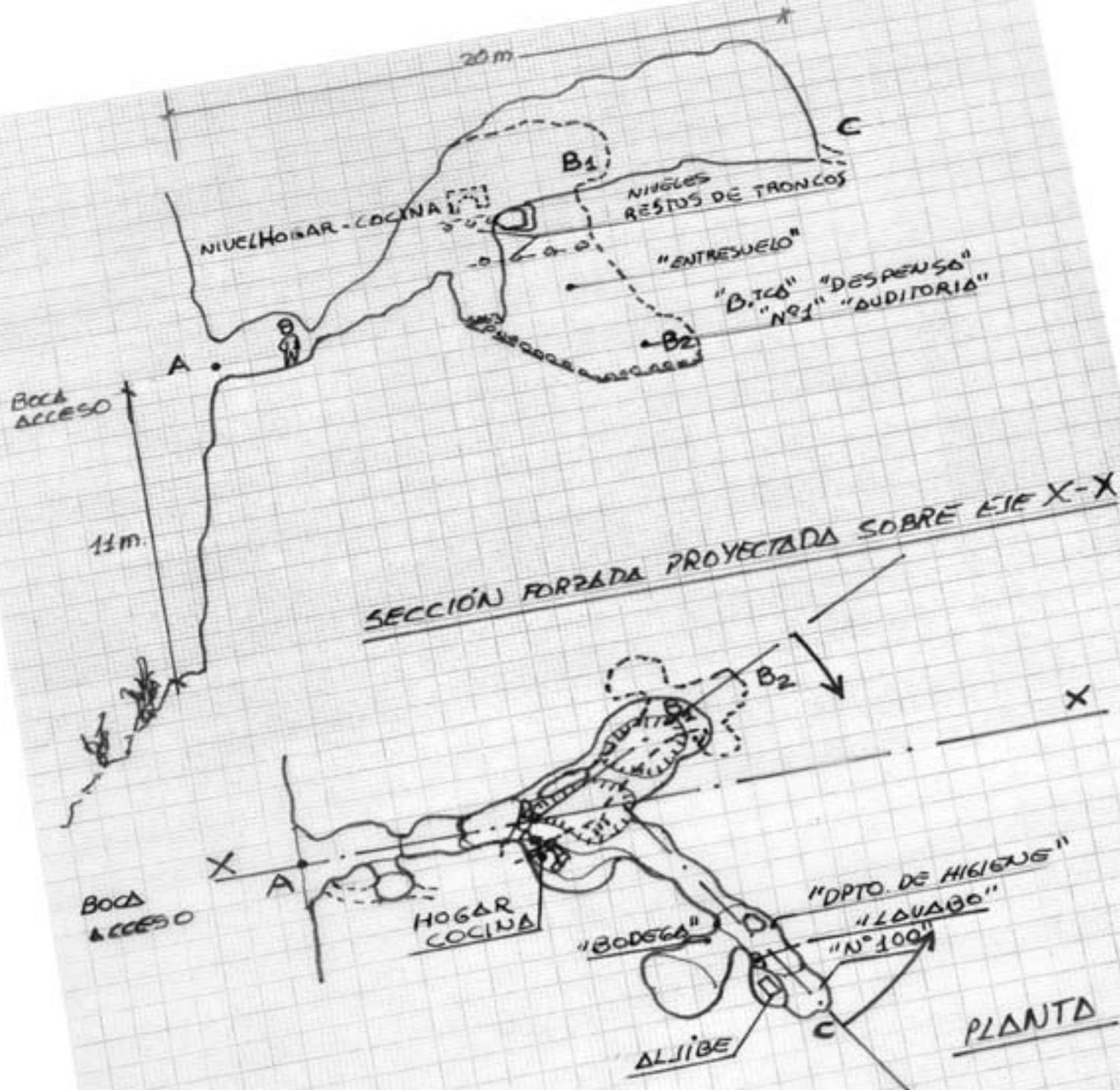
Porque recuperar la memoria reciente es también una de las tareas que se ha trazado el Grupo de Estudios Masinos en su periplo. Recuperarla sin ambages aunque con la perspectiva que da el tiempo transcurrido y el cambio de coordenadas operado entre el escenario de los actores de esta desmesurada y drámatica aventura que relata “Cambriles” y el de los lectores del relato. Ese encuadre, uno de los posibles, es el que nos ha aportado José Luis Ledesma en su introducción retrayéndonos a aquellos momentos convulsos que les empujaron a crear su isla escondite.

Y aún queda otro complemento clave. La visualización de unos espacios que pese a todo tienen mucho de atemporales. La retina puede imaginar a través de la lente de Pedro Pérez Esteban como eran y siguen siendo aquellos parajes que rodean Cambriles. Los pueblos, las masadas y los paisajes quebrados quedan así perfectamente contorneados.

Un material espléndido del que nos han hecho depositarios con el envite de asumir la edición coordinando su forma final. El resultado aquí está y esperamos que lo disfrutéis igual que nosotros. Tener estos compañeros de viaje nos anima a que en no mucho tiempo volvamos a zambullirnos en proyectos similares.

Mas de las Matas, 11 de enero de 2006

Grupo de Estudios Masinos



CROQUIS PLANTA Y SECCIÓN - CUEVA "CAMBRILES" - LADRUÑÁN (TERUEL)
 EDUARDO MIR COCA. Y JOSQUÍN MIR SANCHO 15-8-1998

CAMBRILES
un encuadre

Una isla en el mar de la revolución
o las lógicas de una desmesura

José Luis Ledesma



Puede resultar sin duda desmesurado. Incluso en el seno de una latitud pretérita declinada en superlativo, huésped de desaforados extremos y henchida de episodios y relatos hiperbólicos como es la Guerra Civil de 1936-1939, la menuda historia de Cambriles tiene algo de excesivo. Allá en las estribaciones meridionales del Bajo Aragón, donde éste, sin atender a tiralíneas administrativos, cede el paso a la sierra y se tiñe en realidad de Maestrazgo... En aquellas agrestes tierras, en marco tan modesto como Ladruñán, por el que parecería nunca se ha asomado la historia... En lo alto, en uno de los parajes más elevados e inhóspitos de la zona y a la reducida escala de una pequeña cueva donde diríase que nada puede germinar..., allí un episodio exuda desproporción y florece una historia, como la tildará uno de sus actores, «descabellada»: la de unas decenas de hombres enclaustrados en una pérdida caverna durante, algunos de ellos hasta diez meses, para huir de la guerra, para aislarse de su reguero de sangre y muerte.

Nadie lo hubiera dicho viendo el lugar. Y, de hecho, aunque fuera narración enraizada en el imaginario local desde la sierra de la Garrocha al pantano de Santolea, nadie lo había dicho por escrito. Ha tenido que ser un espíritu inquieto que no por casualidad tiene sus orígenes en esos ya casi abandonados

núcleos rurales. Alguien, quizá más significativo aún, que se acerca a ese retazo de la historia reciente sin ser profesional de esa disciplina sino escritor. Historiadores y lectores en general, hemos tenido que esperar, para conocer este destello del pasado, a que una de las mejores plumas de las actuales letras aragonesas –uno de esos pocos autores, ha dicho alguien y yo lo comparto, que hace reconciliarse con la literatura¹ – decida visitar un territorio que para él es infancia e inspiración literaria. Y a que se le una en tal trayecto quien conoce y sabe atrapar como nadie los poderosos tonos, presencias y metáforas gráficas que ofrecen esos paisajes. El resultado es este libro, en el que medio centenar de fotografías narran sin palabras y una crónica muy personal cartografía una historia casi olvidada cuyos últimos actores han cedido ya al postrer silencio.

Así las cosas, resultaría casi ocioso, y en puridad innecesario, presentar con estas líneas el trabajo aquí ofrecido. Y más todavía hacerlo con la supuesta vitola del historiador, esa especie de forense y «experto» del pasado, que en teoría sancionaría la «veracidad» de los hechos y proporcionaría una mirada de conjunto en la que contextualizarlos. No le hace falta nada de eso a un volumen con el interés intrínseco que éste tiene y que está llamado a ocupar las estanterías de muchos lectores, no sólo los de historia. Pero más

¹ J.L. Rodríguez García, «Reconciliarse con la literatura es posible», en *Riff-Raff*, 28 (2005), pp. 63-69.

sólida que estos reparos ha sido la amable insistencia de quien escribe esta crónica de Cambriles. Así que cabe tal vez aprovechar la ocasión para, junto a esas coordenadas generales que enmarquen los hechos, abocetar en estas páginas alguna de las razones que hacen aconsejable detenerse para desde el sosiego paladear este viaje a un ayer no tan lejano. Que hacen interesante, incluso para el historiador, esta historia. Una historia de grandeza y miserias casi novelesca, pero ásperamente real, y que por su crudeza y minorada escala tiene la virtualidad de permitir acercarnos de una forma alternativa a las costuras íntimas de un tiempo apasionado, ajeno y en cierto modo todavía extraño.

En realidad, esa última frase condensa varios de los apuntes que aquí merecería tal vez incluir. Por un lado, comprobará el lector que el episodio verídico al que se consagra la obra pareciera ideado por un literato, probablemente un dramaturgo por lo que la cueva de Cambriles tiene de escenario único y obsesivo de una trama. Y no parece casual que quien lo recupera aquí sea un escritor; un maestro de la narrativa breve que en su novelística ha creado con sutil solidez los personajes y atmósferas de un fantástico universo literario –el de Crespol– que se inspira en parte en estos parajes y donde se abrazan realidad y ficción.²

En segundo lugar, lo de la escala reducida apunta a una ausencia. Embebidos de grandes esquemas, afanosos usuarios de macronarrativas y, por lo que hace a la Guerra Civil española, reproductores de relatos todavía altamente politizados, cabe reprochar a los historiadores que hemos abordado esa contienda no haber prestado suficiente atención al nivel último y más prosaico de la piel de ese pasado. El comentario crítico no denuncia una falta de estudios históricos que usen la lente regional o incluso el microscopio local. Al contrario, son ya legión las monografías que emplean esas escalas y que, frente a las síntesis anteriores, han hecho avanzar y mejorar considerablemente en las dos últimas décadas el conocimiento de esa guerra. Tampoco censura ninguna carencia de trayectorias personales, incluso las de humildes y «perdedores». Desde los noventa y, sobre todo, al calor del ya imparable fenómeno de la «recuperación de la memoria histórica», se ha incorporado a la bibliografía disponible un sinfín de biografías, historias de vida, memorias y semblanzas de todo jaez. El apunte acusa más bien la escasa presencia, en los relatos históricos, de los rostros anónimos de aquellos años. Y, en particular, la notable ausencia de las lógicas, razones y motivaciones de ese postrer nivel de análisis que es el de los individuos. Su consideración no supone de ningún modo, como

² Me refiero a J. Giménez Corbatón, *El fragor del agua* (reed. Prames, Zaragoza, 2005) y *Tampoco esta vez dirían nada* (Muchnik, Madrid, 1997).

ha hecho alguna reciente propuesta historiográfica, brindar por una historia de «egos» en la que cualquier tipo de lógica o identidad colectiva –política, de clase, de género– se diluya en un mar de intereses y objetivos radicalmente individuales y egoístas. Pero vasta, y poco explorada, es la distancia que media entre ese extremo y el contrario: el que aboca a que incluso los estudios «micro» reflejen sin matices los discursos y dinámicas de la grande politique y reduzcan a automática traducción local de los mismos lo que mueve a comunidades pequeñas y sujetos.³ Es sin embargo un trecho que ha recorrido con notable eficacia, de nuevo ella, la literatura. Plumas exiliadas del calado de Max Aub, Arturo Barea o el propio Ramón J. Sender dejaban ya entrever que la contienda civil hispana tuvo mucho de «laberíntica» constelación de historias particulares; que lo personal no puede aislarse de lo «político»; y que lo que llevaba a implicarse y luchar en cada bando era un no menos heterogéneo cúmulo de motivos donde podía pesar tanto lo uno como lo otro. Ese mismo trecho es el que, tampoco puede ser azaroso, propone en cierto modo transitar también la crónica y la historia que aquí se prologan.

Por último, y acaso ligado a esa misma desatención al sujeto, lo de pasado ajeno y extraño viene a cuento porque convoca a una cierta paradoja. Paradójico

es que, a pesar de los miles de libros dedicados a la Guerra Civil, sigan existiendo territorios de la misma «olvidados», confusos y que despiertan necesarias «recuperaciones» de la memoria. Y paradójico es, tal vez más, que coexistan aún hoy en sin par maridaje lecturas politizadas e «identitarias» de ese conflicto bélico, de un lado, y, del otro, miradas permeadas por una pátina ético-trágica –la guerra entre hermanos o «fratricida», una locura de barbarie, etc.–. Una pátina inequívocamente deseable en el plano moral y útil en el de la movilización pacifista, pero que puede implicar en última instancia una cierta evacuación del análisis. Entre otras razones, porque la proyección sobre los años 1936-1939 de tales juicios morales articulados desde las coordenadas presentes supone salvar artificialmente la distancia que nos separa de quienes lo vivieron –esto es, deshistorizarlos– al precio de alejarnos tal vez de sus vivencias, raíces y significados. Y si hay una dimensión de esa guerra cuyos tonos y ecos nos han llegado desvaídos y casi ininteligibles; si existe una latitud de ese drama a cuyos actores –¿y espectadores?– no se les concede otro móvil que la pura locura, la sevicia y el sinsentido... ésa es sin duda la de las prácticas y políticas represivas desencadenadas en ambos bandos durante la guerra y prolongadas luego en la posguerra. De cara al mencionado encuadre del

³ La más valiosa excepción es todavía, por lo que hace a la Guerra Civil, el gran clásico de R. Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979, 2 vols. Por el contrario, la referencia anterior corresponde a M. Seidman, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2003.

episodio protagonista de este libro, es precisamente de ese tiempo de violencias, miedos y odios de lo que tratarán las siguientes páginas.

Era en efecto eso, las violencias, odios y la guerra de lo que huían, y desde un miedo que no podía ser nimio para actuar así, los que se sepultaron en vida durante meses en la lóbrega soledad de Cambriles. Pero más allá de esa simple constatación, surgen muchos interrogantes, como qué y de qué grado eran esos temores, qué había de real tras ellos y en qué consistían esas violentas amenazas. O, para acercarnos de nuevo a la ficción, podríamos servirnos de las palabras que el gran Sender ponía en boca del protagonista de *El rey y la reina* a propósito precisamente de ese lado más oprobioso de la contienda y la revolución hispanas y anticipando esa ardua inteligibilidad a que nos referíamos: «Ahí fuera suceden cosas que uno no quiere ni puede comprender. La guerra, la sangre, ¿qué es eso?».

Tratar de contestarlos supone acercarse a una cuestión, la de la denominada «represión», que aún hoy dista de ser un aspecto cualquiera de nuestro pasado. Su trascendencia, para no decir su centralidad en aquel contexto histórico, va todavía acompañada en las representaciones de aquellos años por su carácter abiertamente polémico. De lo primero dan fe las dimensiones objetivas de aquel drama que los

historiadores, en España y con particular atención en Aragón, llevan ya tiempo sacando con rigor a la luz. Pero también son buena prueba los testimonios de los propios contemporáneos. Y no es preciso para ello detenerse en los ríos de tinta de la propaganda que, según escribiera un gran escritor que vivió la guerra en el frente aragonés, George Orwell, denotaba que «todos creen en las atrocidades del enemigo y no en las de su bando». Basta con asomarse a impresiones dejadas sobre lo sucedido en el bando propio como, para seguir en tierras aragonesas, y por encima de todos, las espeluznantes memorias de Fray Gumersindo de Estella.⁴ De lo segundo, de su sesgo controvertido, no dejan lugar a dudas la omnipresencia de este tema y las llamadas a «recuperar» su memoria y la de sus víctimas. En buena medida aún ideologizada, eje central del movimiento cívico de la «memoria histórica» y principal campo de actuación de una reciente ofensiva revisionista con indudables perfiles políticos, la dimensión represiva de la Guerra Civil engulle toda mirada a ese conflicto. Cual si de una suerte de gran sinécdoque se tratara, parecería que, en las narrativas y representaciones del conflicto bélico, esa parte del mismo que es la violencia política llega a confundirse con el todo que es la propia guerra.

Una primera vía de acceso al fenómeno es sin duda la de sus orígenes. Raídos mitos franquistas al

⁴ G. de Estella, *Fusilados en Zaragoza 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos*, Mira, Zaragoza, 2003.

margen, quedan pocas dudas entre los historiadores respecto de lo que inició aquel vendaval de muerte que sacudió el país. Esas actuaciones represivas que hicieron correr más sangre en calles y cunetas que en los frentes de guerra fueron hijas de la guerra civil y del golpe de estado cuyo fracaso la originó. Y sólo en su seno resultan inteligibles. Bien mirado, sería ingenuo pintar un cuadro, también tópico, en el que la guadaña de la muerte hubiera llegado sin más un 18 de julio en busca de una imprevista cosecha de horror. En verdad, el campo social y político era por entonces tan buen caldo de cultivo violento como en el resto de Europa. España no quedaba al margen de la profunda crisis no sólo económica y social sino también política y de legitimidad que recorrió esos años el viejo continente. Una crisis que implicó, entre otras manifestaciones, el auge y asimilación de los discursos, ideologías y prácticas de la violencia, o la «brutalización» de la vida política. Y que, en el concreto marco hispánico, es bien patente durante la II República en diferentes muestras como la «militarización de la política», la sucesión de fallidas insurrecciones o «levantamientos plebiscitarios» y la aguda conflictividad rural urdida en buena medida alrededor del control del poder local.⁵

Sin embargo, ni la lucha abierta en 1936 guarda ninguna proporción con esas prácticas anteriores, ni

la guerra y su orgía de sangre se habrían producido nunca sin la sublevación de julio. Y ningún ejemplo más claro que el Aragón rural. A pesar de las intentonas insurreccionales de la CNT en 1932 y 1933 –circunscritas a algunas localidades del Cinca y el Bajo Aragón principalmente, y reprimidas tan pronta como expeditivamente–, la situación distaba mucho de la movilización campesina o la aguda conflictividad social existentes en otras regiones de la península. Y sin embargo, llegado el estallido bélico, la intensidad de la violencia desencadenada en los dos bandos de la región apenas tiene parangón en todo el país. Según la ya conocida paradoja, los supuestos bomberos hicieron en realidad de incontinentes pirómanos. El golpe de estado presentado a sí mismo como freno a una imaginaria amenaza revolucionaria es precisamente lo que desencadenó una revolución real y una brutal guerra civil que extendió como nunca antes el recurso a todo tipo de mecanismos represivos. Varios son los factores que concurrieron para hacer de aquello un incendio sin precedentes. En primer lugar, el «Alzamiento» y sus ejecutores yugularon las reglas del juego democrático, inauguraron y sancionaron desde arriba una vía abiertamente violenta de intervención política y abocaron a que las armas invadieran sin remisión el espacio de lo público. Sobre todo porque, además, el putsch sublevado

⁵ S. Juliá (dir.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, 2000; J. Muñoz, J.L. Ledesma, J. Rodrigo (coords.), *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, SieteMares, Madrid, 2005.

demonstró desde la primera hora una inequívoca y premeditada voluntad aniquiladora del oponente que lo diferenciaba de tantos pronunciamientos habidos en España desde cien años atrás. Lo cual favorecía a su vez, y en cierto modo provocaba, que respondieran con métodos violentos quienes se opusieron a la rebelión y, al derrotarla, creyeron llegada la hora de la revolución. De nuevo aquí el caso aragonés fue tristemente modélico.

En segundo término, y aquí estaría la otra gran diferencia respecto de la tradición militarista previa, su fracaso en medio país motivó que la militarada deviniera en una larga lucha armada. Cosa que tuvo a su vez importantes implicaciones. La inicial estrategia golpista de persecución del contrario se perpetuó y generalizó a las distintas categorías del ahora «enemigo». Asaltado por los sublevados para edificar otro de sesgo dictatorial, y quebrado por la rebelión y la revolución, el Estado republicano desapareció en casi todo el país y su vacío fue ocupado durante meses por un «hervidero» de instancias y micropoderes armados –militares o revolucionarios– entre los que se dispersaron el poder y la administración de la justicia y la violencia. Y por último, la apertura de la contienda implantó con toda su crudeza la «lógica» de la guerra: la lógica de las armas, cuyo estrépito ahoga los métodos pacíficos, exige implicarse hasta

«mancharse» en uno u otro bando y exporta sombras de muerte hasta el último rincón del país. Las dinámicas de los contextos bélicos, que extienden hasta al más común de los hombres el derrumbe de los códigos éticos y normativos y la relativización de la muerte. Las reglas de la conquista a sangre y fuego y la «tierra quemada» que no deja prisioneros en la retaguardia. El engranaje de las espirales de violencia y miedo, de las represalias y de las ansias de vindicta en retirada.⁶ Como Malraux ponía en boca de un protagonista de *-La esperanza*, su novela dedicada a la contienda española, puede haber guerras justas, pero «no hay ejércitos justos». Máxime cuando, como era aquí el caso, se trataba de una guerra civil. Y ya se sabe que ésta puede ser definida precisamente como fenómeno de violencia y exclusión por antonomasia, y que en estos conflictos suele hallar acomodo ese inevitable cortejo de violencias privadas y opacas que se cuelan a través de la brecha abierta por las «grandes causas».

Dicho lo cual, lo cierto es que las huellas de aquellos años parecen sugerir que esas lógicas y espirales no eran los únicos elementos en juego. Resulta una obviedad, pero ni todos los marcos bélicos han generado los mismos niveles y formas de violencia ni en su seno los diversos grupos humanos la han ejercido y sufrido en igual grado.

⁶ Como panorámica de conjunto de todo este tema, es imprescindible la decisiva síntesis de S. Juliá (coord.), J. Casanova *et al.*, *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

Por ello, conviene considerar la eventual presencia complementaria de otros factores. Algo de ello percibe el propio Malraux cuando apunta en la misma novela, refiriéndose además a tierras aragonesas, que «la guerra civil se improvisa más rápido que el odio». Como hace también el aragonés José Ramón Arana, en cuya novela *El cura de Almuniaced*, pero también en *Nieblas*, chorrean sin pausa «puñados de odio», un «odio sordo, enconado», «ese odio que sale de la tierra como vaho de muertos» y del que «unos y otros estáis podridos». En efecto, el odio estaba ampliamente presente tras todos estos hechos. Tan presente que difícilmente podía haberse improvisado de un día para otro ni haber arribado de la mera mano de la guerra. Tan arraigado que, aunque chirría hoy aceptarlo, se diría que no pocos protagonistas y espectadores de aquel drama actuaban quizá desde convicciones y esquemas que, en aquel preciso contexto, podían convertir los episodios violentos en compañeros de viaje aceptables y aun necesarios.⁷

Odios, convicciones aniquiladoras, adhesiones civiles a la violencia e incluso planificaciones previas hubo y abundaron, de eso quedan ya pocas dudas, en el bando de los sublevados contra la República desde los mismos albores de su «movimiento». De hecho, como muestra la reciente literatura histórica, fueron precisamente algunas de las coordenadas centrales del

coup d'état que precedió y abocó a la guerra. Podrá tal vez cuestionarse, por fuer de ser rigurosos con los términos, la pertinencia de describir la profusa violencia de la sublevación y del régimen franquista en términos de «exterminio» o «genocidio». Pero ello no modifica la valoración global de un fenómeno que se tejió como una forma paradigmática de terror. Como una estrategia dirigida a una aniquilación selectiva de importantes contingentes de republicanos e izquierdistas que paralizaría a los demás, abortaría toda posible resistencia y eliminaría las bases sociales, tradiciones, culturas e identidades del conjunto de formaciones políticas y sindicales del republicanismo y el obrerismo del país.

Cosa no muy distinta podría argumentarse respecto de las fases de esa violencia «franquista». Hubo en ésta una evolución y aun cambios. Antes de que la lucha adquiriera definitivamente los contornos de una larga guerra en el último tramo de 1936, lo que primó en un primer momento fue no tanto la lógica bélica convencional cuanto la del golpe de estado expeditivo y acaso la de una guerra rápida con tácticas «coloniales». Un golpe cuya acción había de ser, en las famosas instrucciones del general Mola, «en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo». No resultará por tanto casual que las grandes matanzas se produjeran en mayor grado allí

⁷ Vid. por ejemplo F. Sevillano Calero, *Exterminio. El terror con Franco*, Oberon, Madrid, 2004; Á. Cenarro, «Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002), pp. 65-86.

donde la rebelión encontró más resistencias (Sevilla, Córdoba, Granada, Huelva, Badajoz y, por supuesto, Zaragoza). Tampoco lo es que esta última provincia –capital incluida–, como tantas otras, registre casi el 80% de los fusilamientos cuando apenas se habían cumplido seis de los 27 meses de guerra, ni que el porcentaje frisara el 50% contando sólo de julio a septiembre. Por último, no podrá sorprender que durante esta primera fase los ejecutados tras consejo de guerra –32 de los 2.578 asesinados en la Zaragoza de 1936– fueran una exigua minoría. Y que en su lugar predominaran castigos ajenos a cualquier tipo de formalidad jurídica como los «paseos» y «sacas», caso de la que, producida en la turolense Plaza del Torico y calificada por él de «auto de fe», evocara de forma sobrecogedora Ildefonso-Manuel Gil en su novela *Concierto al atardecer*. Era el tiempo de una represión «de urgencia» frente a las resistencias al golpe, de lo que Julián Casanova ha denominado terror caliente.⁸ Desde finales del 36, se abre hasta el final de la contienda una segunda etapa. El terror caliente no dejará de hacer acto de presencia a medida que las armas franquistas vayan ocupando regiones, como el propio Aragón oriental en marzo del 38. Sin embargo, se dibujaban realidades alternativas en el horizonte. Las cifras de asesinados se estabilizan en niveles inferiores, en un claro

proceso de «economización» de la violencia. La edificación del Nuevo Estado implica que la represión pase paulatinamente a ser centralizada en instancias «oficiales» como los Tribunales Militares. Y de cara al largo esfuerzo bélico, en el enemigo comienza a verse no tanto un sujeto a eliminar cuanto un oponente que «doblegar» y explotar. A la «purificación» y aniquilación, sobre todo la identitaria, se añaden los términos de redención, reeducación o recatolización. A los pelotones de ejecución y piquetes falangistas se une un ingente entramado de instancias, regulaciones y prácticas represivas: prisiones atestadas y campos de concentración, batallones de trabajadores y colonias penitenciarias, purgas y depuraciones profesionales, expropiaciones y sanciones económicas... Y todo ello viene acompañado de un corpus legislativo que no dejó de crecer durante toda la guerra e incluso después. Porque, aunque se trate de un periodo que supera el marco de estas páginas, la inmediata posguerra constituiría una tercera etapa. Una fase distinta en la que la violencia no dejó sin embargo de golpear. Los alrededor de 50.000 fusilados tras el último parte de guerra en España –941 de ellos en Aragón– así lo prueban.⁹

Pero nada de ello sería óbice para que hubiera una notable continuidad en esa violencia a lo largo de todas esas etapas desde los albores de la

⁸ J. Casanova, «Rebelión y revolución», en S. Juliá (coord.), *Víctimas*, pp. 55-177; J. Casanova et al., *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Mira, Zaragoza, 20013.

⁹ J. Casanova (coord.), *Matar, morir, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002; J. Rodrigo, *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona, 2005.

guerra hasta finales de los años cuarenta. Varios serían sus principales rasgos definitivos. Es uno de ellos el de sus objetivos principales, que siguieron siendo siempre implantar una atmósfera de terror y exclusión mediante la cual paralizar a los oponentes, allanar la instauración del régimen de los vencedores y acabar con las tradiciones e identidades políticas de los vencidos. Ligado a ello, son otros dos de esos rasgos el carácter previamente planificado de esas prácticas represivas y la naturaleza inequívocamente dirigida desde arriba de una violencia que, incluso en los tiempos del terror caliente, se veía fomentada, regida y sancionada por el ejército y su rígida cadena de mandos. Completa lo anterior la implicación de no escasos segmentos sociales y políticos que –con sus hechos, denuncias o palabras– avivaron, respaldaron e incluso dieron forma al terror militar, y entre los que corresponde un papel de dudoso honor, como sugiere Sender en su Réquiem por un campesino español, a la Iglesia católica. Constantes son también durante las diversas etapas la gran pluralidad de manifestaciones represivas, entre ellas lo que Conxita Mir ha llamado «efectos no contables de la represión». Por último, y aunque la atención a lo que sí se puede cuantificar no deba cegar el análisis, no parece posible desdeñar las aproximadamente 150.000 víctimas –8.856 de ellas en Aragón– con que esa violencia tiñó de sangre y

muerte el conjunto del país. De ahí que resulte ya un lugar común historiográfico encontrar que el imperio de la violencia política fue la «médula espinal», la «base», la «argamasa» cimentadora del régimen franquista.

Amaneceres sombríos y –para el ministro socialista Julián Zugazagoitia– «bochornosos», y junto a ello odios, discursos y prácticas represivas, los hubo igualmente, sobre todo en el alba de la revolución, en la zona republicana. Incautado y convertido en propaganda durante décadas por la publicística franquista, este territorio del pasado bélico ha resultado hasta hoy mismo el postrer reducto de los viejos mitos, usos políticos y lecturas «fratricidas». Razón por la cual es una cuestión que ha suscitado menos la atención de las últimas hornadas de historiadores. Pero lo cierto es que también allí llegó la guerra con todo su cortejo de sangre y oprobio. Abierta la caja de Pandora de la violencia por la rebelión, no faltaron en la inicial respuesta de los que a la misma se enfrentaron las represalias, las retóricas justicieras y la «caza» del «faccioso» y del entonces denominado «fascista». En paralelo a los primeros meses de golpe de estado y guerra incierta, que aquí lo eran de revolución, esta última vino asimismo acompañada del terror caliente; de esa «práctica de justicia expeditiva» cuyos orígenes, según el también

ministro y hombre de acción anarquista García Oliver, estaban en el hecho de que, ante la «rotura de todos los frenos sociales» por la sublevación, la justicia había revertido a su origen «popular»: «El pueblo, en tanto duró la anormalidad, creó y aplicó su ley y su procedimiento, que era el ‘paseo’». Y a la par que se asentaba la situación de guerra y se iba edificando una retaguardia —precisamente— «normalizada», desde finales de 1936 la progresiva reconstrucción del Estado republicano tenía en la centralización y control de los mecanismos represivos uno de sus objetivos prioritarios y ello se traducía en un constante descenso de las prácticas violentas.

En verdad, nada de lo apuntado ha de llevar a equiparar lo sucedido a uno y otro lado de las líneas del frente. Las diferencias son insoslayables, tanto en lo cuantitativo como, más importante para el análisis, en lo cualitativo. Por de pronto, y a pesar de lo que algunos libros de éxito reproducen últimamente, no es en zona republicana una violencia previa y explícitamente planificada, ni mucho menos tiene un nítido objetivo o función ni es clave de bóveda de ningún tipo de régimen. Se despliega como respuesta a la acción y represión de los sublevados, y resulta más bien hija de la improvisación, en sus objetivos y blancos, que definió aquella inédita coyuntura de incertidumbre y desmesura. Añádese a ello,

aspecto fundamental, que tampoco es una violencia sancionada y dirigida desde arriba, desde la cúpula del poder. Bien al contrario, la realidad muestra que procede precisamente de la virtual desaparición del Estado y de la radical dispersión del poder que acarreo la sublevación allí donde fue derrotada, que es lo que define la realidad de la retaguardia republicana durante los primeros meses, a la sazón los más sangrientos. Inextricablemente unido a ello, ocurre que en una segunda fase la labor de órganos regionales como el Consejo de Aragón y la reconstrucción del Estado hicieron posible una centralización del poder y un control «institucional» de la justicia y la represión. Y que esto se tradujo en una inmediata merma de las prácticas violentas y, a medio plazo, en la virtual desaparición de las ejecuciones. Lo cual lleva, por último, a las diferencias de grado. Aunque el criterio de análisis no debe ser el de contar sufrimientos y litros de sangre vertidos, no cabe menospreciar que las dimensiones de la violencia revolucionaria fueran muy inferiores en términos de cárceles, campos de trabajo, incautaciones, depuraciones, etc. y, desde luego, en el de vidas. El balance global de algo más de 50.000 víctimas en el conjunto de la zona republicana así lo manifiesta.

Dicho lo cual, convendría añadir un elemento de mayor complejidad a ese panorama. En una mirada

de conjunto a toda la guerra, resulta inexcusable atender a una comparación entre ambos bandos. Pero ese esquema de las diferencias se adapta con mayor precisión a la represión franquista que a la ejercida por los republicanos. En particular porque, llevado a su máximo desarrollo, acaba describiendo esta última, por mero contraste, como una violencia de «espontáneos» orígenes y motivaciones y de actores «incontrolados». O, lo que es lo mismo, desconocidos. Sin embargo, el análisis puede avanzar algunos pasos hacia el conocimiento de sus coordenadas. Así, en primer lugar, si bien no las respaldan calculadas estrategias y directrices superiores, no parece que sea el mero espontaneísmo lo que delimite unas prácticas violentas que, para empezar, se nutrían de agravios pasados, de luchas recientes y de categorías asentadas en el imaginario político republicano y obrero. Categorías como la de «burgués», del que el protagonista de Siete domingos rojos de Sender decía que «no es una persona. Ni un animal. Es menos que todo. No es nada. ¿cómo voy a sentir que muera un burgués yo, que salgo a la calle a matarlos?». La de «comerciante», que para el rotativo anarquista aragonés Cultura y Acción era «el mayor enemigo que puede tener la Revolución del pueblo». O como la del cura y religioso, respecto de los cuales Max Aub hacía decir a uno de sus personajes en Campo

cerrado, reproduciendo una creencia extendida, que «cuando deje de haber curas dejará de haber ricos». No en vano, parece útil recordar que los eclesiásticos fueron el primer y más intensamente perseguido blanco, pues de intensa e incluso obsesiva hay que calificar una «caza» que se llevó por delante a 6.832 sacerdotes, religiosos y monjas y que tuvo precisamente en tierras aragonesas uno de sus más lúgubres focos.¹⁰

Por lo mismo, tampoco se diría que fuera siempre una mera reacción indeliberada una violencia que sus propios protagonistas integraron muy pronto en una «guerra a muerte y sin cuartel» en la que aquellos que sean «obstáculo a la revolución» «pueden ser considerados nuestros enemigos [y] sujetos a castigo inexorable». Y que llegó incluso a ser central en la experiencia de la guerra de algunos, al menos en sus albores, hasta el punto de poder afirmarse en esos años que «la ejecución de los fascistas es la revolución». Pero más allá de testimonios concebidos para ser públicos, parecidos convencimientos cabe encontrar en otras fuentes. Uno de los botones de muestra más rotundos con que contamos se refiere además a una localidad bajoaragonesa. Era finales de verano de 1936, y el jefe de una columna de milicianos llegada a Escatrón (Zaragoza) solicitaba al comité del lugar informes para decidir la suerte de cinco derechistas

¹⁰ Contando sólo el clero secular, la diócesis de Zaragoza aportó 81 víctimas al martirologio, 34 la de Huesca y 44 la de Teruel. Pero esas cifras palidecen ante lo ocurrido en la de Barbastro, donde fueron asesinados 123 de sus 140 sacerdotes (87'8%). Ese porcentaje coloca a esta diócesis en el primer puesto de las estadísticas mortuorias de todo el país, y aún faltaría añadir las muertes de 78 religiosos escolapios, benedictinos y claretianos.

allí detenidos. Y como quiera que tres de ellos eran considerados «enemigos de la clase trabajadora y de la causa» y «peligrosos», se les aplicó «la última pena [...] haciendo resplandecer de esta forma la justicia por la que estamos luchando». Pero antes, y para evitar incurrir en «algún defecto de forma», el propio jefe miliciano había solicitado instrucciones «a Caspe», y la respuesta teleografiada no dejaba lugar a dudas: «ciertas cosas no se preguntan».¹¹

En segundo lugar, y aunque diste de emanar de la cúspide del poder, resulta de igual modo poco asumible que la violencia revolucionaria fuera siempre obra de patrullas y grupos carentes de todo control. Y que no tuvieran en ellas la más mínima implicación los contrapoderes y organizaciones revolucionarias e incluso –andando el tiempo y en el caso del S.I.M.– una parte de la maquinaria estatal. Es éste un territorio complejo y aun resbaladizo, pero una mirada atenta apunta algunos indicios. Como ya se dijo más arriba, la derrota de la sublevación y el inicio de la guerra ocasionaron en la zona republicana un hundimiento sin precedentes del Estado republicano. Pero ese escenario no era en realidad, para ser precisos, el de un total vacío de poder, una disolución de éste y de la propia esfera política en manos de un espontáneo «pueblo en armas» y de una suerte de cegador reino de las pasiones. Parecía tratarse más bien, incluso en

las primeras semanas y meses, de la radical dispersión y atomización del poder en un «hervidero» de variopintos «contrapoderes» revolucionarios, la mayoría locales y armados, nacidos de la nueva coyuntura –comités, consejos de guerra, grupos milicianos, colectividades, etc.–. Y de una versión menos institucionalizada de lo político, pero política al cabo, en la que la guerra, la violencia y esos nuevos organismos eran ejes vertebrales. Organismos y poderes que podían servirse de las prácticas represivas –su ejecución, incitación, control o freno, según los casos– no sólo en la lucha contra el enemigo sino también para implantarse y enraizar. O lo que era lo mismo en aquel contexto de inestabilidad y amenaza, para mostrar su presencia y competir por hacerse un espacio en el naciente e inestable orden político revolucionario.

Lo cual conduce al carácter escasamente «incontrolado», o cuando menos poco desconocido, de buena parte de los actores de la violencia. No eran desde luego ignotos los miembros de comités y del resto de esos micropoderes, que aparecen recurrentemente en los hechos violentos participando en detenciones previas y tomas de declaración, en confección de «listas negras» e informes sobre los sospechosos, en los controles armados las noches de «sacas» o en las siniestras redes de «encargos» y colaboración

¹¹ Archivo Histórico Nacional, Causa General [AHN, CG], leg. 1427 (2), anexo 1/5. Lo anterior es de *Boletín de Guerra del Frente Popular* (Sama, Asturias), nº 1, 26/7/1936, p. 1, y E. de Guzmán, *Madrid rojo y negro*, Oberon, Madrid, 2004 [1938], p. 92.

represiva entre localidades vecinas. No acaban de serlo tampoco quienes disparaban los gatillos, que eran casi siempre milicianos forasteros pero que se integraban en las columnas y tropas instaladas en la zona y actuaban a menudo con conocimiento de los comités. De hecho, tal vez ni siquiera fueran desconocidos ni ajenos a algún tipo de control los tristemente célebres grupos «incontrolados» que sembraron de terror la retaguardia, pero cuyas matanzas no podían pasar enteramente desapercibidas entre las autoridades locales y regionales, los mandos milicianos y las organizaciones políticas y sindicales antifascistas. Otra cosa muy distinta sería, por descontado, que pudieran hacer de veras algo contra sus actuaciones, o que tal cosa entrara entre sus prioridades, en aquellas primeras horas de lucha, incertidumbre y dispersión.

En realidad, si todos esos organismos estaban de uno u otro modo tras las muertes de la retaguardia, era esa misma dispersión de los mismos la que nutría la tendencia hacia los usos violentos. Más aun, la realidad muestra que la represión se hacía más presente cuando y donde más acusada era esa situación de fragmentación del poder. Nada tendrá pues de sorprendente que apareciera en mayor grado durante esas primeras semanas y meses de la guerra en los que florecía la panoplia de comités e instancias

armadas. De ahí que –con algunas excepciones como Vizcaya, Madrid y Guadalajara– los meses de julio a septiembre de 1936 sean por toda la retaguardia republicana los más sangrientos de toda la contienda y acumulen entre la mitad y los dos tercios de todas las muertes, o que se alcance en casi todas las regiones entre el 80 y el 95% caso de incluir hasta finales de año. Para entonces, todo el territorio «leal» a la República experimentaba un imparable enfriamiento del terror caliente a la par que se imponían las lógicas de la disciplina, progresaba la re-centralización del poder y las atribuciones del Estado se extendían a la gestión del orden público y la justicia. Y por igual motivo, nada tendría tampoco de extraño que el impacto de la violencia fuera mayor allí donde más intensa había sido la misma multiplicación de actores públicos y poderes. Tal cosa cabría encontrar por ejemplo en el «largo noviembre de Madrid» llevado a la literatura con íntimo vigor por Juan Eduardo Zúñiga. Un Madrid en el que, con las tropas franquistas a las puertas de la ciudad y el gobierno huyendo hacia Valencia, la capital había quedado abandonada al miedo, al estruendo de una «guerra que a todos cegaba y arrastraba a la ruina» y a la égida de los innumerables grupos y milicias que habían de defenderla.

Pero será tal vez el de Aragón el caso más

significativo. Con la región partida en dos de norte a sur por un frente cuyos ecos invadían cada localidad; con las tres capitales provinciales y, con ellas, la mayoría de las instancias estatales y cuadros de la izquierda caídos bajo la férula de los sublevados; y con la zona republicana de la región «reconquistada» por variopintas y poco coordinadas columnas de milicianos venidos de Cataluña y Valencia con sus entusiasmos armados, prejuicios urbanos y libertaria desconfianza hacia el Estado burgués... En esas condiciones, acaso ninguna otra región experimentara una tal desaparición del poder estatal ni una más intensa sustitución del mismo por un dispar conglomerado de comités, patrullas y grupos casi independientes en sus feudos locales. Es así como será esta región adonde llegará quizá en mayor grado el proceso revolucionario abierto por la guerra. Con su llegada a tierras aragonesas, la contienda y la revolución dejaron espacio para que florecieran sueños igualitarios de justicia y libertad. Y al lado de las vertientes destructivas de la guerra, se fraguaba asimismo una ingente y heterogénea «labor constructiva» incluso en los caóticos albores de la contienda. Tantos años después y tras tantas losas de mitos y anatemas, no resulta fácil acceder a los contornos reales de una experiencia inédita y unas transformaciones cuyo calibre suscitó intensos

temores, severas críticas y agrias resistencias entre aquellos sectores de la sociedad rural que más perdían o creían perder con ellas. Pero lo cierto es que desde los nuevos sonidos, colores, hábitos y rostros que invadieron las calles hasta la puesta en pie, partiendo casi de cero, de un ejército de milicias y luego divisiones; empezando por la inmediata aparición de órganos revolucionarios locales y acabando por los postreros pasos de «normalización» política de la retaguardia debida al Consejo de Aragón; tanto en el terreno de las conquistas sociales como, en primerísimo lugar, en el vasto proceso colectivizador en el que llegaron a estar implicados, con grados variables de libertad o «imposición», 275 colectividades y casi 150.000 trabajadores... Todo ello parecía expandir una atmósfera de euforia y esperanza, de cambios radicales en todos los ámbitos de la vida colectiva que auguraban que todo era posible.¹²

Por la misma razón, y como reverso de la misma moneda, tampoco la intensidad de las formas represivas desencadenadas en esa región tiene parangón en el resto de la retaguardia republicana. Tras un verano de avances milicianos y ardores revolucionarios, la creación del Consejo de Aragón primero, y su reconocimiento y consolidación después, acarrearán entre octubre y diciembre un drástico dique a las prácticas violentas. Con lo cual

¹² J. Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985; A. Díez Torre, *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900-1938*, UNED / PUZ, Madrid, 2003, 2 vols.

se mostraba además que no era el Estado el único capaz de tal labor y que podían sumarse a ella incluso los «anarquistas» que hegemonizaban el nuevo órgano de poder regional. Sin embargo, por un lado, entonces era ya tarde para muchos. Y por otro, los excesos y venganzas persistirían aún a lo largo del 37 allí donde –áreas próximas al frente y dominios de las milicias– tenía más problemas en llegar la tarea «ordenadora» y centralizadora del Consejo. El resultado más sonoro de todo ello será las hasta casi 4.000 víctimas registradas en esa mitad republicana de la región. Cifra que, puesta en relación con los menos de medio millón de habitantes de la zona, supone una intensidad represiva sin igual. Ninguna otra región de la zona republicana presenta semejantes índices, y de hecho Aragón triplica los habituales en otras regiones con más líneas de fractura previas como Cataluña, Valencia y Andalucía. Y con alguna excepción –el Toledo meridional o la tarraconense Terra Alta– ninguna otra comarca del país se acerca a las tasas que alcanzan zonas de la región como los partidos judiciales de Pina y Belchite en Zaragoza (0,86 y 0,9% respectivamente) y los de Montalbán, Castellote, Valderrobres y Alcañiz en Teruel (0,82, 0,96, 0,99 y 1,15%).¹³ Detalle que no parece nimio es que estos tres últimos, los más «sangrientos», están precisamente cerca de la cueva de Cambriles, y que

todos los hombres que en ella se escondieron proceden de los pueblos de uno de ellos (Castellote).

Ése era el terreno de juego de esta historia. Una atmósfera de miedos, odios y violencias abierta y multiplicada en todo el país por la guerra aunque con raíces más profundas. Un tiempo, sobre todo estío y otoño de 1936 pero también en menor medida el año siguiente, de terrores calientes, lenguaje de las armas y fragmentación del poder. Un escenario, el Aragón republicano en general y las comarcas nororientales de Teruel en particular, especialmente prolífico en comités locales y de guerra, «grupos de investigación» e incluso grupos más o menos «incontrolados» – como la «brigada de la muerte» de un tal Fresquet en el Bajo Aragón– que estaban armados y plenamente dispuestos a disparar los gatillos. Y unos figurantes, los habitantes de esas comarcas, que se vieron convulsionados por la llegada conjunta de la guerra y la revolución y cuyo papel fue decisivo en el transcurso local de ambas. De hecho, éste sería el otro gran vector explicativo de lo sucedido. También en estas tierras ocurrió a menudo lo que Juan Benet ubicara en su territorio literario de Región: que «la guerra en una comarca apartada viene siempre de fuera», de tal modo que «sin que nada nuevo haya ocurrido dentro de sus límites, de repente, una mañana de julio, se encuentra en guerra». Pero una vez arribada, cada

¹³ J.L. Ledesma, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, I.F.C., Zaragoza, 2003; E. Casanova, «Teruel, 1936-1938. La violencia contra el orden social durante la guerra civil», Memoria de Licenciatura, Universidad de Zaragoza, 1999.

población local lidió con ella y con su vendaval de muerte de un modo particular. No en vano, serían las actitudes locales y, nutriendo a su vez éstas, el grado de fractura social y política previo existente en cada comunidad, lo que determinó el muy dispar alcance de la violencia en cada lugar. Lo que hiciera que, incluso en estas comarcas con una intensidad represiva sin igual, la violencia pasara de largo por muchos pueblos y no dejara su inconfundible rastro de venganza y muerte.

De este modo, cuando los camiones erizados de fusiles llegaran a lugares en los que ninguna fractura social había socavado sus vínculos comunitarios, lo que los milicianos encontraban era rostros callados, miradas temerosas tras cortinas y postigos y comités esquivos que aseguraban que allí nadie merecía morir. Muchos de ellos eran pueblos pequeños, de esos en los que todos se conocen, aunque también ocurría en otros más populosos, caso del no lejano núcleo de Mequinenza, tan líricamente evocado por el malogrado Jesús Moncada en Camino de sirga. Las inveteradas normas de la convivencia local ejercían como casi siempre de dique de contención ante las intrusiones externas. Y los representantes de la localidad trataban de mantenerla como una isla ante la marea venida de fuera y de salvaguardar un cierto control social comunitario que fuera ajeno a

unas armas que controlaban los venidos de fuera. Así, por dirigir la mirada de nuevo al partido de Castellote, hasta seis de los 22 núcleos no computan ninguna víctima y, tras las inevitables violencias simbólicas y quemas de la imaginería religiosa, veían como las armas marchaban para siempre. Otros siete registran apenas entre una y tres, que por lo demás correspondían a perfiles concretos como religiosos, médicos, militares retirados o ex alcaldes derechistas.

Sin embargo, allí donde a la multiplicidad de actores políticos armados se añadía una nítida fractura social local, el grado de ésta facilitaba que la «ira popular» tomara lúgubre cuerpo. Es lo que cabe encontrar en poblaciones como Cantavieja, Castellote, Molinos o Mas de las Matas, todos ellos con entre diez y veinte óbitos. Y es, por supuesto, lo ocurrido en Alcorisa que, con sus 86 víctimas, buen número de ellas tras «juicio público» en el balcón consistorial, está entre las tres más sangrientas de toda la zona junto a Calanda (108), Caspe (91) y Alcañiz (69). En unas y otras, con sus variables locales, los milicianos no eran los únicos actores dispuestos a entonar cantos de muerte. Surgen junto a ellos dedos acusadores y voces denunciantes que buscan saldar cuentas con el pasado. Hacen acto de presencia nuevos protagonistas locales que,

aupados en los comités revolucionarios, podían considerar necesario «limpiar» en mayor o menor medida sus territorios y «comportarse con valentía». Por convencimientos políticos o porque, como se afirmara en la referida Calanda, «si no demostramos que sabemos hacer justicia tendremos que soportar que vengan a administrarla gentes de fuera». Y por último, en las denuncias y «listas negras», aparecen también los supuestos «fascistas» con cuya sangre se escribe esta sombría página de la historia. Sacerdotes y religiosos; labradores ricos y gestores de fincas; dueños de fábricas de aceite y tenderos acomodados; antiguos alcaldes o concejales y líderes de la derecha local; jueces municipales y secretarios de ayuntamiento; estudiantes de «casas fuertes» y médicos o veterinarios; «amos» y labriegos unidos a ellos por vínculos laborales y de fidelidad... Todos ellos conformarán, en estos pueblos como en el resto de la región y de la zona republicana, los obituarios que en la posguerra serán esculpidos en cada iglesia y que ahora, en plena guerra, representaban las víctimas propiciatorias de la revolución.¹⁴

Así las cosas, los perfiles de la desmesura resultan irrefutables pero menos unívocos. La historia de la cueva de Cambriles que este volumen desmigaja no deja de albergar estridentes tonos y una cierta sobrecarga dramática. Tonos y dramatismo que la

convierten con seguridad en única e irrepetible. Pero extravagancias formales al margen, el episodio no está tal vez revestido únicamente de hábitos desquiciados. En aquel tiempo rabioso y desaforado, la respuesta de sus protagonistas no era acaso tan pintoresca y desmedida.

En primer lugar, los de Cambriles no hacían sino lo mismo que, aunque con escenografías menos aparatosas, muchos otros habían hecho y todavía muchos más buscado y soñado. Por lo pronto, no faltaron, tampoco con tintes dramáticos, sucesos parecidos en la zona franquista. Los hay desperdigados por todo el país, dispersos entre los innumerables libros dedicados a esos años, imposibles de contabilizar. Miles de sindicalistas, republicanos y cargos locales del Frente Popular buscaron todo tipo imaginable de refugios frente a la represión cuando en sus regiones triunfó la sublevación o a medida que eran conquistadas por los ejércitos de Franco. Al menos cientos de ellos se mantuvieron o incorporaron al inicio de la posguerra a parecidos escondrijos y cautiverios, en ciudades, pueblos, campos y montes, hasta que se consumió su fe en un próximo cambio de régimen, la soledad pudo más que el miedo o –como los «lobos» del maquis novelados por Julio Llamazares– sucumbieron a la implacable persecución del vencedor sobre el vencido. E

¹⁴ Las localidades referidas sin víctimas son Dos Torres de Mercader, Ladruñán, Luco de Bordón, Parras de Castellote, Seno y Tronchón. Siguen a Alcorisa en este luctuoso *ranking* Molinos (18), Mas de las Matas, Los Olmos y Berge (13 cada una) y Cantavieja, Castellote y Mirambel (10): *ibidem*. Lo de Calanda, en su Archivo Municipal, leg. 1104-19. Para Alcorisa, véase P. Rújula, *Alcorisa. El mundo contemporáneo en el Aragón rural*, Ayuntamiento, Alcorisa, 1998, pp. 285-317.

incluso, metáfora extrema del horror, varias decenas de «topos» resistieron en «madrigueras» y cubículos imposibles durante treinta interminables años hasta la ley que en 1969 prescribía los delitos de la guerra, y algunos no salieron de la tierra hasta que la muerte llevó a ella al propio Franco.¹⁵

Aunque sin tales tragedias, los escondites y reclusiones voluntarias de quienes no pudieron «pasar» al otro lado en la primera hora salpicaron asimismo la zona republicana en guerra. Sacerdotes y religiosos camuflados y escondidos durante el verano del 36 en buhardillas, casas de pueblo, almacenes, parideras e incluso –como los religiosos del Monasterio del Olivar en Estercuel– cuevas; falangistas y militares reclusos en habitaciones ciegas de grandes ciudades como Barcelona o Valencia; derechistas locales sumidos en la oscuridad de cuadras, mases y torres, como los tres de Samper de Calanda refugiados en un monte de Andorra... Con la particularidad de que en la retaguardia republicana se añadían a todo ello encierros colectivos. Entran en ese apartado los de religiosos y «quintacolumnistas» en pisos, por ejemplo, del Madrid sitiado. Y son especialmente célebres los producidos en legaciones consulares de algunas ciudades cual Málaga y, sobre todo, en las embajadas madrileñas de distintos países europeos y sudamericanos como Finlandia, Chile, Noruega

y Argentina.¹⁶ Como llevaba a su novela sobre esa experiencia uno de los miles de beneficiarios de ese asilo diplomático, Wenceslao Fernández Flórez, todo refugiado resumaba un cierto «espíritu de alimaña escondida» en aquellas embajadas que eran remanso de seguridad; que eran una isla, «una isla en el mar rojo».

Y en segundo lugar, las «alimañas» albergadas en la buitrera de Cambriles en medio del mar revolucionario aragonés respondían a su tiempo de forma no sólo excéntrica. En ese marco que hemos perfilado desde lo más general a lo particular, la huida no parecía ser para algunos la más inopinada actitud posible. Sonaba en todo el país el fragor de la guerra y la sangre. Parecía llegada la hora de la muerte como aceptable instrumento definidor y transformador del orden social. Se derramaba por estas comarcas, más que en cualquier otro lugar, la «caza» del enemigo. Y los concretos perfiles de este último resultaban meridianamente claros a quienes movía el convencimiento de su necesario castigo. En esas condiciones, esconderse, la búsqueda de un refugio o de una «isla», todo lo quijotesca que ésta fuera, podía resultar un camino en cierto modo lógico. Lógica a la que se añadía, además, que las posibles alternativas a esta caverna poco platónica –tratar de pasar de inmediato a zona franquista, ir

¹² J. Torbado, M. Leguineche, *Los topos*, Argos, Barcelona, 1977; R. Fraser, *Escondido*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1986 [1972].

¹³ D. Carcedo, *El «Schindler» español*, Ediciones B, Barcelona, 2003; A. Moral, *El asilo diplomático en la Guerra Civil española*, Actas, Madrid, 2001.

al frente republicano o limitarse a esperar tiempos mejores— no ofrecían mayores garantías y que, como mostraron otros muchos casos, acababan a menudo de la peor manera posible. Que a la huida de una probable muerte se sumarían con el paso del tiempo, en particular entre los últimos llegados a la cueva, otros motivos más inmediatos y menos dudosos como escapar de la incorporación a filas. Y que, como se infiere de la crónica que sigue a estas líneas, los escondidos podían prever en cierto modo que su actitud les proporcionaría tal vez homenajes y beneficios posteriores en el régimen de los vencedores.

Desde ese punto de vista, Cambriles podrá leerse como un episodio más, o como uno particularmente inaudito, de esa sucesión de trágicos desatinos que habría sido la Guerra Civil. Pero la cueva cabría ser vista asimismo como una metáfora. Una metáfora, a partir de los habitantes de la cueva, de los rostros y perfiles sociales, políticos e incluso de género que tenían mucho que perder con la revolución, y mucho que ganar con su aniquilación. Una representación figurada de la propia violencia y de su efecto en las comunidades rurales, en la medida que los escondidos trataban de cumplir de alguna manera la utopía de aislarse —de nuevo la isla— del huracán de muerte traído por la guerra; de ponerse a salvo de la marea

externa allí donde ésta parecía desbordar los diques locales. En suma, una alegoría de la propia guerra y de sus representaciones futuras, en el sentido que, más allá de sus excesos escenográficos, laten en su seno, como en la propia contienda, extrañas hoy pero ayer comprensibles «lógicas» tras la locura; eventuales y para nosotros ajenas razones tras la sinrazón.

Tal vez, de todos modos, no convenga forzar el argumento. Quizá esas «lógicas» buscadas sean más complejas, o más simples, que todo eso. Es posible que a todo ello hubiera que añadir otros elementos habitualmente poco tenidos en consideración por los historiadores, caso de las razones individuales y subjetivas y los alineamientos familiares —al margen de la posición social y de estatus—. O como el puro azar, tan importante en este caso siquiera por haber ofertado a los susceptibles de huir un espacio físico en el que hacerlo. Todos ellos están en realidad, junto a los antes referidos, en esta menuda historia de Cambriles. Todos esos elementos, y otros muchos, están reflejados en este bello relato situado a mitad de camino entre la crónica y la literatura, entre la imagen y la palabra, más cerca, a pesar de todo, de la historia que de la memoria.

Le damos paso ya. Hemos llegado a Cambriles.

CAMBRILES
el reportaje

José Giménez Corbatón



La silueta del Morrón

el mito

Cambriles tiene múltiples caras. El primer enigma es el nombre. Viajamos por las sierras turolenses y nos sentimos impulsados a pensar que collados, morrones, cabezos, barrancos y fuentes nacieron con el nombre puesto. No nos preguntamos desde cuándo tal o cual topónimo existe.

El paisaje se presta a esa sumisión nuestra. Parece estar allí desde la noche de los tiempos, ser el mismo, inamovible e indiferente desde que Dios se tomó el séptimo día de descanso. Quizá ese barniz se lo dé la erosión. De estos montes el desgaste parece haberse llevado el aire, el agua, el fuego, toda la tierra, y sólo quedan piedras fracturadas que han dado una vegetación dura, esquelética, agresiva, rala, aunque llena de aromas tan intensos que nos embriagan.

El segundo enigma es el propio devenir de lo que allí aconteció. Me refiero de nuevo a Cambriles. Recordamos los “topos” de la guerra civil desde que Jesús Torbado y Manuel Leguineche, en 1977, popularizaron el término, otorgándole una acepción que ha llegado hasta nuestros días. Su libro homónimo es todavía hoy un referente en el estudio de las consecuencias de la guerra civil para los derrotados. Conocemos la larga posguerra que aún no ha terminado del todo. España es un país de topos. Los primeros fueron esos seres solitarios que pasaron meses, años, décadas algunos, escondidos en un agujero, sin ver nunca el sol, alimentados por parientes asustados. Siempre me he interrogado sobre la inmensidad de ese miedo vivido por esposas, hijas

y madres. Las mujeres de la retaguardia. También me he dicho en muchas ocasiones que los verdaderos héroes han sido siempre esas mujeres.

Dé quién tendrían más miedo, de los represores o de sus propios topos, empeñados en vivir como cuerpos enterrados en vida, sin mortaja ni extremaunción.

Cambriles son muchos topos. He ahí el enigma, acaso su extraña y, si se me permite la paradoja, escuálida grandeza; a buen seguro, su singularidad.

Pero hay más enigmas. Sobre todo el que constituye esa sociedad secreta que se llamó La Caverna.

Sus instigadores, sus ideólogos: mentes en apariencia simples, pero dotadas de una misteriosa facultad para vivir proyectos desmesurados y absurdos que sólo encontramos en las sierras donde los hombres pasan horas interminables urdiendo probables maneras de conjurar la soledad

Los documentos: de paradero misterioso, que acreditan algo que semeja más a una quijotada de tres al cuarto que a un sólido plan de supervivencia.

El origen y el destino de sus protagonistas.

Las razones que los movieron. La sinrazón de esas razones.

El tibio fervor religioso que apenas dio fruto.

Su culpabilidad o su inocencia.

Aquel férreo silencio, ¿qué culpa ocultaba?

Demasiadas preguntas, demasiados enigmas.

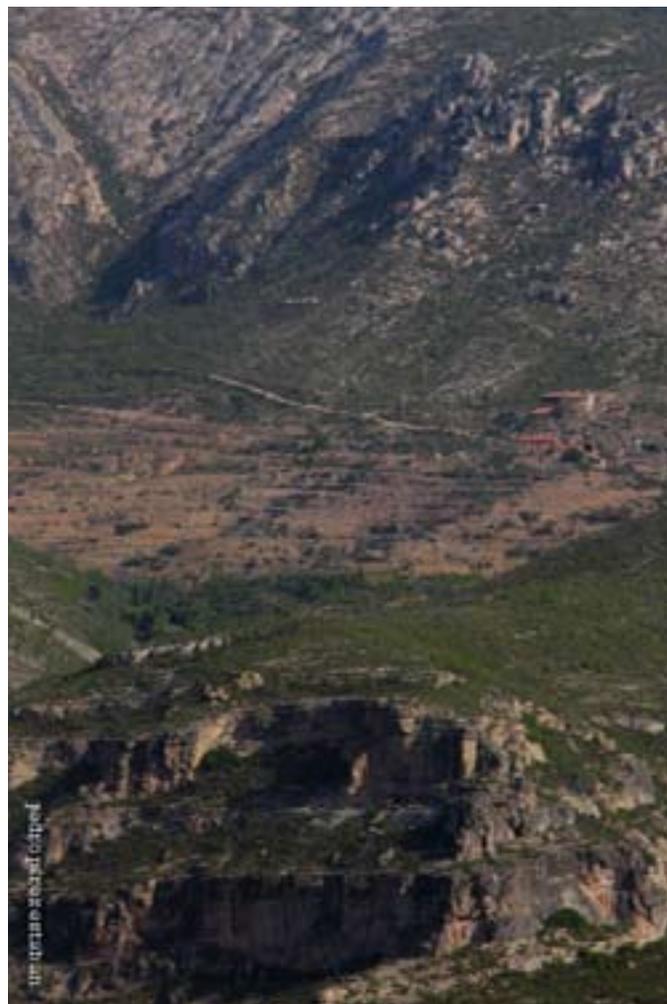
Sólo alguno de ellos hallará respuesta. No en vano la sociedad se llamó a sí misma secreta.

Cambriles ha adquirido, con el tiempo y el sigilo, ciertos rasgos míticos. Quien aún se hace eco de ellos es el padre José Conesa Coloma, que fue párroco de Ladruñán desde la festividad de San Pedro de 1941 hasta 1943, durante los inicios más duros de la posguerra. De Ladruñán pasó a ejercer su ministerio en Luco de Bordón, y más tarde en algún otro pueblo hasta desembocar en Zaragoza.

Para el cura Conesa el Maestrazgo está poblado de hitos de vital relevancia: el Tigre Cabrera, Cantavieja, el último castillo templario de Castellote, la presencia del queso de Tronchón en el Quijote y, por supuesto, por encima de todos, Cambriles: como un templo donde confluyeran la razón y la esencia de todas las verdades que encierran los demás hitos.

Antes de contarme nada, se apresura a prevenirme:

-El Maestrazgo posee, a mi juicio, una especie de embrujo; hablar del Maestrazgo encierra cierta unidad. Si se mira de realzar el Maestrazgo dentro de la provincia de Teruel, y dentro de España, el Maestrazgo, su embrujo, es hoy, sobre cualquier otra cosa, Ladruñán, por bastantes motivos, pero el más importante es la cueva Cambriles. La cueva Cambriles tiene un valor enorme, lo mire quien lo mire, sean cuales sean los ojos que lo consideren. Quiero decir: un lugar en el que hay una serie de personas valientes, que poseen ingenio, que supieron defenderse, y que lo hicieron con éxito, un caso



único en la guerra española. La cueva Cambriles forma parte del prestigio del Maestrazgo. Aún cuando uno sea de otras ideas, siempre lo sucedido en la cueva de Cambriles hay que mirarlo como una cosa extraordinaria. ¿Estás de acuerdo conmigo?

No puedo sino asentir. Me ha recibido en su casa, tras alguna demora desde mi primera llamada telefónica. El cura Conesa, que nació en Tronchón (ay, el queso cervantino) en 1914, no se pierde ningún año las fiestas de su pueblo; me ha recibido por fin en

su piso del barrio zaragozano de Las Fuentes, donde vive con una sobrina que me habla siempre con extrema amabilidad:

-Tendrá que llamarlo usted a mediodía. Por las tardes sale a decir misa y se ve con sus amigos. No vuelve a casa hasta la hora de cenar.

El cura Conesa me acoge con cierta frialdad, como ya lo hicieron los escasos testigos de Cambriles que aún permanecen vivos. Poco a poco, todos le irán cogiendo gusto al palique. Sólo en un caso me decidiré a mantener oculto el magnetófono que graba sus voces. Acabo teniendo la impresión de que lamentan que su memoria no haya conservado más datos sobre Cambriles.

Y siempre me acompaña, al final de las entrevistas,

la amargura de que he llegado demasiado tarde, cuando ya se ha borrado casi toda la memoria de Cambriles. No puedo evitar sentirme un poco culpable.

Toda mi vida he oído hablar de la Cueva de Cambriles. Cada verano de mi infancia y de mi adolescencia he divisado, desde las orillas del río Guadalupe, la silueta altiva del morrón donde se abre su diminuta boca. He soñado cientos de veces a lo largo de mi vida con el misterio de lo que allí pudo haber sucedido.

Nunca me han hablado sino de retazos de verdad, palabras sin importancia, argumentos de segunda mano planeando por encima de lo fundamental. He sido en cierto modo un cómplice más del silencio de sus protagonistas.



Ladruñán a pie de cueva

Confesiones de un cura rural

-Ése es el punto primero –prosigue el párroco jubilado-. En tal sentido te puedo ayudar, y te ayudaré. Porque ya me gozo yo de que lo que se hace no es una cosa partidista –se refiere a mi trabajo de investigación-, que si éste es bueno o que si ese otro es malo; sino más bien lo que tú quieres, me parece, es una cosa realista, por el ingenio que tuvieron, algo único en España, como te avisé al principio.

Las Fuentes es un barrio de aluvi3n. Se form3 en los años sesenta en torno a una sola calle, con la emigraci3n interior del campo aragon3s. La calle m3s antigua se llama Rusiñol, y se componía de parcelas donde vivían algunos obreros y, sobre todo, labradores que trabajaban los huertos de las orillas del Huerva y del Ebro. La calle Rusiñol, hoy día, no ha perdido del todo su vieja prestancia. La he sacado en alguno de mis libros. No sé si el cura Conesa sabe que soy escritor, pero de lo que sí estoy seguro es de que no se ha tragado el cuento de que me mueve en exclusiva el interés por saciar una curiosidad que hunde sus raíces en esos misterios que se arrastran desde la infancia. Estamos sentados en torno a una mesa camilla, en el salón de su casa. Mientras dura nuestra conversaci3n, oigo en la cocina las voces de su sobrina y de algunas amigas o vecinas que han venido de visita.

El mos3n habla con voz algo entrecortada, muy deprisa, con un cierto nerviosismo. A veces tartamudea. Al igual que Domingo Folch, a quien vi hace poco m3s de un mes en Mas de las Matas,

parece importarle mucho m3s el dejar claras algunas cuestiones ideol3gicas que suministrarme una informaci3n que adivino, de antemano, escasa, como la de la mayoría de testigos. O no la poseen, o no la recuerdan. La edad no perdona. Sobre lo que ellos llaman el sentido de Cambriles han edificado un mito, una leyenda, un envoltorio ideal que tiene una importancia relativa; no digo desdeñable, desde luego, pues Cambriles, nadie puede negarlo, constituye un fenómeno bastante extraño y, como el cura Conesa insiste en señalar, único, al menos por estos contornos nuestros. Pero su singularidad tambi3n reside en lo que podría aportar la narraci3n ordenada de los hechos. Una utopía a la que no renuncio.

-¿Tú sabes por qué se llama Cambriles?

Llegan voces de ni3os desde la calle. Es la hora en que salen de la escuela. Estamos en septiembre, y aún no han empezado las clases por la tarde. Al cura le brillan de repente los ojos, contento de sorprenderme.

-El nombre se lo puso Aniceto Brea.

Aniceto era uno de los varios secretarios de ayuntamiento que vivieron en Cambriles. Lo era de Ladruñán. Debía de representar la línea dura del grupo. Se cuenta que fue partidario de fusilar al alcalde republicano cuando los nacionales entraron en el pueblo. El mismo alcalde que había evitado que los vecinos más radicales quemaran la parroquia.

-Arderá todo el pueblo –acertó a argüir como pieza de convicción.

La iglesia de Ladruñán está adosada a un grupo de casas, en la cara norte de una plaza diminuta. Los incendiarios se conformaron con coger algunos santos, sacarlos a las afueras del pueblo, por el camino de Santolea y, poco antes de llegar al empalme que entra a Crespol, organizar con ellos una buena hoguera.

Manuel Aznar Moles me indicó el sitio donde tuvo lugar el auto de fe.

-Aún se ven las manchas del fuego en las piedras donde prendieron la fogata.

Bajé a ver aquellas piedras. Vi las manchas rojizas, pero no me pareció que fueran por lo que la gente, Manuel Aznar Moles entre ellos, aduce. Claro que es ese tipo de afirmaciones que, en lo tocante a historias de la guerra o del maquis, no vale la pena intentar discutir.

Aniceto no se salió con la suya. El alcalde no le había hecho daño a nadie. Siempre se mostró prudente y moderado.

-La figura de San Ramón, que sucumbió en la quema, nunca fue restituida. Por eso se puso en su lugar, en la capilla que aún conserva el nombre del santo, la Pilarica que compramos para Cambriles.

Le digo al cura que ya he visto esa capilla, y hasta la misma Virgen. Lo que pretendo es saber quién adquirió la imagen.

-Primero te aclaro lo del nombre. Me lo dijo el propio Aniceto: tuvieron que ponerle Cambriles porque había peligro de que los encontraran, y por

disimular le pusieron el nombre de un pueblo de Andalucía.

Se equivoca el cura Conesa. En realidad Cambriles no es un pueblo, sino una cala del municipio de Almuñécar, una playa flanqueada, a un lado, por el castillo de Castell de Ferro y al otro por la Torre de Baños. Esta última fue edificada a finales del siglo XVI como torre de vigilancia, para prevenir ataques y desembarcos berberiscos que intentaban subir hasta las Alpujarras.

No le digo nada, pero me divierte pensar que, si el verdadero Cambriles está ligado a la lucha contra los árabes, el nuevo, el del Maestrazgo, tuvo a la morisma por aliado frente a lo que él no dudaría en llamar barbarie roja.

Pero lo cierto es que el cura me pone sobre la pista. Una amiga catalana me ayudará a buscar el Cambriles andaluz en Internet.

Almuñécar. Me dan ganas de llamar al cura Conesa y contarle que en esa localidad estuvo el poeta y brigadista inglés Laurie Lee. Que hasta le dedicaron allí un monumento. Pero no lo hago. Por si no le ve la gracia a la casualidad.

Lo que nadie sabe es por qué Aniceto Brea conocía ese lugar.

El cura Conesa también ignora lo que significa la expresión estar hecho un cambriles.

-Un escuálido, un débil –le explico.

Hace un gesto con la mano como rechazando la información. Le debe de parecer una salida de tono, y parece a punto de ofenderse.

Insisto en que me cuente la historia de la Virgen.

-También fue Aniceto el que hizo el sello de la sociedad secreta La Caverna.

-¿Y qué fue de él?

-¿De Aniceto?

-Del sello.

Se levanta y va en busca de un álbum de fotos. Me deja unos instantes solo en el cuarto de estar. Cada vez me resulta más sobrecargado de objetos y de muebles. Siguen las voces femeninas en alguna parte de la casa, es probable que en la cocina.

Los gestos del sacerdote obedecen a un guión preconcebido. Me ha costado varias semanas hablar con él. Ahora tengo la impresión de haber caído en una trampa: ha elaborado una estrategia que no conduce, en lo que a mí respecta, a parte alguna. Sus elipsis, sus silencios, sus distracciones, no es posible que respondan tan sólo a las secuelas de la edad.

-Le preguntaba por el sello –atajo cuando lo veo dispuesto a pasarme por su álbum de recuerdos.

-¿El sello? ¿No lo has visto?

-No, el sello no he podido verlo. Lo contemplé estampado en el libro de actas que se guarda en el archivo municipal de Mas de las Matas. Pero no me permitieron hacer fotocopias. Así que lo copié, lo dibujé, casi lo calqué, lo mejor que pude. ¿Usted se acuerda de él? ¿Quién lo tiene?

-Acordarme, acordarme... El sello, sé que desapareció.

-¿Pero usted lo vio?

-Me lo dieron a mí, lo tuve yo. Igual que el diario que llevaban allí, hoja por hoja, lo tuve yo en casa.

-Vamos por partes. El sello, ¿dónde está?

-Sé que desapareció, hubo rumores de que el gobernador de Teruel, no rumores, cartas, sí, cartas, de las que yo era sabedor y... lo que fuera... pensaban que ese sello era una muestra de una subversión o de algo... raro, y entonces el sello ese desapareció en Teruel. En cuanto a las hojas, en cambio, hojas folio, yo las tenía, y sé que...

Le digo que, en efecto, me interesaría mucho ver esas hojas del diario en las que se ordenaba a cada topo las actividades que debía efectuar a lo largo del día, si no libraba.

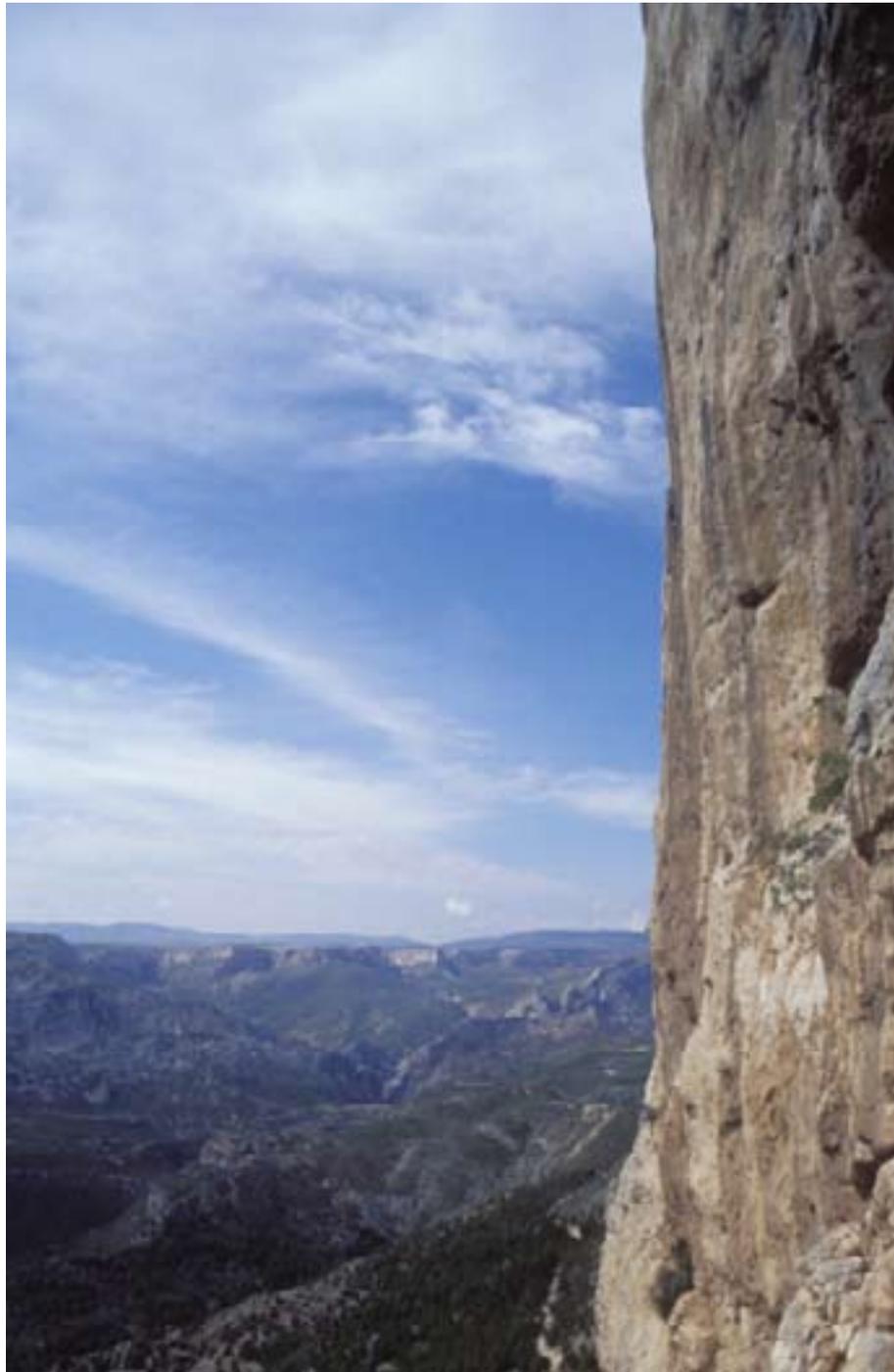
-Recordando ahora, el cura de Tronchón, que es hijo de Villarluengo, escribió una obra de allí, unas novelas escribió él... Pues ese hombre tenía mucho empeño, y lo sabía, estaba enterado de Cambriles, y dice: “Oye, José, qué libro más bueno haría con ese diario”, y eso me lo comentó a mí varias veces, y yo lo tenía en mi poder, y... ya no puedo saber si entonces lo cedí o no lo cedí, chico, le debí de decir, pues míralo...

Hace una pausa mientras desliza las palmas de las manos por el álbum de fotos.

-Enrique Royo se llamaba el cura. Ha muerto ya. A sus padres los mataron cuando la guerra. Escribió una novela titulada Pinceladas, o Pinceladas de Villarluengo, no sé seguro. Se metió con mucha gente, yo sé que hasta hubo disgustos... Estuvo en Ladruñán y supo que yo conocía todo ese ambiente...

Se lo contaría usted mismo, pienso.

Pasea sus manos por entre las páginas del álbum y



La Hoz Baja desde la entrada de la cueva

me enseña una foto en la que aparece él, muy joven, en compañía de otros hombres. Me dice que está hecha cerca de la central de la Ponceca, la que se sitúa río arriba de Cambriles.

-En esa central nació mi madre –le digo.

-Toda la cuestión de Cambriles... Tú vas a hablar en un sentido que me gusta. Cambriles se ha utilizado bastante mal, yo he leído cosas que no me han parecido adecuadas...

-¿Sobre Cambriles?

Por un instante temo que me descubra una publicación que desconozco. Se gira y, de una estantería cercana, coge una pequeña pila de libros que, estoy seguro, ha preparado en mi honor:

-Mira este libro... Hay alguna cosa en él que no...

El libro que me muestra es La guerra de los vencidos, de Mercedes Yusta Rodrigo. Cómo le va a gustar. El libro de Merche pertenece a un hemisferio ideológico –idéntico al mío- que se encuentra a años luz del de este cura de posguerra.

-En cambio, me agradó mucho éste, es muy diferente...

Acierto a leer el título: Belchite a sangre y fuego.

El tiempo apremia. En la salita hay un reloj de pared que ha cantado ya dos veces, con fúnebre solemnidad, el cuarto de hora. Oigo el clic del casete y aprovecho el instante de silencio que se ha producido para darle la vuelta.

-El peligro que tenía la cueva –prosigue el mosén- ... El peligro es que... frente a mi casa, en Ladruñán, antes de estar yo, había una chica, María, que aquí en Las Fuentes tiene unos familiares, que se sugestionaba

y... Una vez me llamaron el alcalde, el secretario, el médico y el practicante, más la familia entera de esa María, te puedes imaginar que esto que te voy a contar ha de quedar entre nosotros...

Adopta un tono de confianza frente al que no puedo disimular una sonrisa bastante hipócrita.

-Y es que cuando esta María se dormía, esto que te digo, cuando me llamaron, debió de ser hacia el año 1941 o... 1942, yo le di la voz de despertar, y despertó.

Echo de menos un cigarrillo, pero no me atrevo a pedirle permiso para fumar. Quizá el cigarrillo me quitaría la impresión de languidez que me invade en este salón donde cada cuarto de hora el péndulo repica tres campanadas (¿o son cuatro?), un sonido lúgubre, estremecedor, que parece avisarme de que saldré de esta casa sin saber quién compró la Virgen de la capilla de San Ramón ni qué se hizo del famoso diario de la caverna.

-Y es que cuando se dormía, decía cosas, adivinaba y todo eso, y habían pensado que sabía ella que en la cueva había escondidos, y que podía contarlos. Cuando yo llegué al pueblo María la Bruja aún entraba en trance y nadie la podía sacar. Yo le cogía la mano, le hablaba, y no tardaba en volver en sí.

-Para entonces Cambriles ya no servía de refugio.

-No, te hablo de después de la guerra.

-¿Tenía visiones?

-Puede. Eso habían temido los de La Caverna. Por eso uno de los acuerdos que tomaron fue salir una noche y matarla. Pero Aniceto, que la conocía, dijo: “No, que no lo puede saber, ella no puede saber que estamos aquí.” Y otro decía: “Es que si nos descubre,

los muertos somos nosotros.” Pero Aniceto venció: que no lo podía saber.

-¿Y en qué basaba esa seguridad?

-Había la noticia, la idea, de que la había hipnotizado ese mismo Aniceto, tiempo atrás, y que ella le tenía cierta propensión. Él, que conocía prácticas, y tal, pues habían estado jugando, y ella caía fácilmente en aquel estado. El hermano de ella estaba también así, de continuo medio loco, y hacía barbaridades en el pueblo. Escribía una carta a Franco con acuse de recibo, y le contaba nada menos que estaba en contacto con el Espíritu Santo.

Pepe Cortés, quien más tarde sería alcalde de Mas de las Matas, ya acabada la guerra, de la familia de los Azcones de Dos Torres de Mercader, fue quien propuso hacer una especie de capilla.

-Fuimos a comprar la imagen a casa de los hermanos Albareda, en Zaragoza, junto a la plaza de José Antonio Primo de Rivera. La queríamos colocar en el agujero primero de la cueva, el más grande, antes de la boca estrecha que da paso a la caverna. Casi seguro que la pagó Pepe Cortés. Pepe corría peligro de que lo mataran, así que le echaron un cable desde la cueva, le avisaron de que fuera allí, como al Ayora de Tronchón. La condición es que no supiera nadie, ni la propia madre siquiera, que se escondían allí. Al cura de mi pueblo lo mataron en Cantavieja, también lo habían invitado a la cueva, pero él dijo que no iba si no se lo podía contar a su madre... Bien caro pagó su amor filial.

Le pregunto qué otros escondidos se interesaron por la instalación de la capilla.

-No recuerdo bien. Unos pocos. Manuel López Aguilar, que después fue maestro en Dos Torres.

Yo me quedaba con él en una casa cuando oficiaba en ese pueblo. Y entonces hablábamos mucho de Cambriles.

Le enseñé el reportaje de prensa que apareció en El Noticiero el 12 de septiembre de 1939. Bajo el título de “Peregrinaciones al Pilar”, el rotativo informaba sobre la visita al templo mariano de tres grupos de devotos procedentes de Cervera, de Alcoy y de Cambriles.

El cura Conesa no conocía esa página. Me pide que le deje una copia y la ojea con gran interés. Le confieso que a mí ya me empiezan a bailar un poco las fechas. Cuando, según él, van a comprar la imagen a Zaragoza, hacia finales de 1941, el proyecto es viejo. El diario católico asegura que “en la gruta que les sirvió de refugio, se proponen levantar un pequeño monumento a la que fue patrona de La Caverna; una pequeña capilla, una escalerilla de acceso; los refugiados se proponen que arda día y noche una lamparilla, en señal de perpetua gratitud.” Claro que el rotativo añade: “Pero la obra, aun dentro de las proporciones que quieren darle, es superior a sus esfuerzos. ¿Les faltará el apoyo particular u oficial para tan simpática empresa? Esperemos que no.”

El cura Conesa no sabe qué contestarme. Creo que a él mismo le sorprende que la intención datara de dos años atrás. Decido no insistir. Posee la memoria de un octogenario. Me inclino a pensar que, cuando Pepe Cortés y él mismo se desplazan hasta Zaragoza, según él recuerda, a comprar la imagen, no existe en sus mentes más intención que la de comprar una Pilarica que venga a tranquilizar la conciencia de unos hombres que no habían conseguido llevar

a buen término una promesa bienintencionada pero absurda. Basta con acercarse al pie de la roca en la que, a catorce o quince metros de altura, se abre la boca de Cambriles, para darse cuenta de lo descabellado de la idea.

-Manuel López Aguilar fue otro de los que se interesaron por la capilla. Él había querido hacerse

religioso en el Convento del Olivar, y allí estaba estudiando cuando ocurrió que los avisaron de que iban a pegarle fuego, y de que iban a matar, o lo que fuera, a todo el que encontraran, y entonces tuvieron que cerrar el convento, y él se escapó, y como era hijo de Dos Torres, pues se vino al pueblo, y luego estuvo escondido en Cambriles. Así fue como salvó la vida, igual que tantos otros.





Masía del Higueral

Aragón conoce Cambriles

“Peregrinaciones al Pilar. Hoy llegan los supervivientes de la cueva de Cambriles.” Así encabezaba El Noticiero de Zaragoza su página 7 el 12 de septiembre de 1939. Y continuaba la entrada: “Vivieron en una cueva en la cima de un monte para esquivar la persecución roja.—Constituyeron una hermandad titulada La Caverna”. El artículo, sin firma, no duda en calificar a los peregrinos de “bravos y leales robinsones de la zona roja.” A continuación, el anónimo periodista describe la cueva como “un nido natural de águilas y de buitres en uno de los picachos más altos de Ladruñán, en el término judicial de Castellote.”

Aunque la cueva resulta visible desde cualquier lugar, desde el lecho mismo del río Guadalupe, y desde el barrio de La Algecira, nadie conocía su extensión y su profundidad hasta que, según el diario, el pastor Domingo Folch, en el verano de 1934, observando las idas y venidas de un águila, la descubrió.

Domingo nos contará que su descubrimiento data de mucho antes de lo que informara el diario.

-Debía de tener yo unos quince años.

Si Domingo nació, según sus propias palabras, en 1910 –cuenta 92 años cuando lo entrevistamos en 2002-, eso quiere decir, según sus palabras, que la descubrió mediada la década de los veinte. Pero su memoria es aún peor que la del cura Conesa. Perseguida, dice, un águila imperial:

-La vi con un conejo colgado a las patas, que le llevaba a la cría. Yo, escopeta cruzada al hombro, y arriba que va. Se me escondió pa'dentro. Donde están los grandes laberintos se me escabulló. Yo tenía una perra muy pita entonces, de caza, que me seguía, y estaba abajo sentadica, me asomo y... subir he subido, pero bajar, quién baja... allí había muchas piedras sueltas, las tocabas y se movían y caían...

La anécdota del descubrimiento nos habla de una época en que se pasaba hambre. Perseguir a un águila imperial que lleva un conejo entre las garras, para arrebatárselo; escalar catorce o quince metros de roca vertical; hay que tener hambre para hacerlo.

Siempre según El Noticiero, fueron Vidal Royo Iranzo y Aniceto Brea, contramaestre y secretario, respectivamente, quienes, en agosto de 1936, “temerosos de caer en manos de los sicarios de Moscou”, pidieron a Domingo Folch Carbó, buen conocedor de los peñascos del término, que les indicara un refugio seguro. El pastor los condujo al futuro Cambriles. Inspeccionando el lugar, “vieron con sorpresa que su espacioso recinto era capaz para un número grande de personas.”

Vidal, Aniceto y Domingo informaron a otros amigos que se hallaban en la misma situación de peligro; no se limitaron a ponerse en contacto con los hombres de confianza de Ladruñán, sino que hicieron extensiva su oferta a los de diferentes pueblos de la comarca, entre otros, siempre según el

diario, al médico y al veterinario de Santolea, don Adolfo Torres y don Fernando Biel.

Pero, antes de huir a la cueva, decidieron crear una sociedad secreta que asegurara los vínculos necesarios. Habría de llamarse La Caverna. La cuota de ingreso sería “un pernil por cabeza.” Antes de instalarse definitivamente en el lugar elegido, “se hicieron algunos trabajos para acondicionar la gruta, se nombraron los servicios de enlace y aprovisionamiento y en septiembre de 1936 se instalaron en ella los tres primeros inquilinos, que fueron los tres vecinos de Ladruñán antes mencionados; poco a poco fue aumentando el censo de población hasta 227.” Sobre este último dato tendré que volver más adelante: es del todo imposible que en el recinto de la gruta pudieran convivir más de una veintena de personas al mismo tiempo. Por otra parte, y como demuestra el libro de actas que analizaré más tarde, los primeros inquilinos fueron los hermanos Pascual y José Navarro Guillén (a los que el periódico no menciona), provenientes de Alcorisa, el 24 de noviembre de 1936, y, trece días más tarde, el 7 de diciembre, el propio Domingo Folch.

El Noticiero informa de que los miembros de La Caverna se constituyeron, primero, en Falange Española y más tarde en Falange Española Tradicionalista y de las JONS, “con su directiva y su reglamento, bajo la advocación de la Santísima Virgen del Pilar.” No dudo de la personalidad de la protectora elegida, a juzgar por la idea de, una vez acabada la guerra, instalar una capilla con esa advocación en la entrada de la gruta. En cuanto a la adscripción falangista de todos los topes, es admisible

la duda, pues nada dan a entender al respecto las actas de constitución de la sociedad secreta, a no ser la presencia del yugo y de las flechas en el sello. Claro que, victorioso Franco, y campando a sus anchas la Falange, no es de extrañar que todos los héroes de Cambriles se apuntaran al partido único que gobernaría España durante buena parte de los años de la Dictadura.

El periódico da algunos datos sobre la vida cotidiana en la cueva: cocinaban con gasolina, para evitar los humos; disponían de servicio de alumbrado (no se indica de qué tipo), de limpieza, de peluquería, y hasta un periódico -el dichoso diario- del que, afirma, llegaron a tirar 102 folios. También contaban con inodoro y un aljibe que construyó el propio Brea, de 3000 litros de capacidad. Una esquila movida por una soga servía de timbre nocturno. Se habían instalado tablones para formar literas, “como en los barcos”, y una radio “que no llegó a funcionar.”

Algo extraña resulta la afirmación de que con unas latas de petróleo construyeron un ventilador. La llegada de algún ejemplar de El Noticiero (¡cómo no!) “les llevaba noticias alentadoras de la campaña.” En realidad, afirma el rotativo, sólo les faltaba un sacerdote que atendiera a sus preocupaciones espirituales, pues debían de tenerlas. Pero “los rojos habían dado muerte a todos los de la comarca.”

El ocio, debió de pensar el periodista anónimo, resultaba difícil de llenar. Presos de sí mismos, aguardando a que los contactos exteriores los pudieran traspasar a la zona que, entre ellos, llamarían sin duda alguna libre, se veían obligados a fabricar sus propias distracciones. No podía esperarse menos de

gente de tanto valor y perspicacia: los trabajos a los que se entregaban servían para mantener tanto el cuerpo como el espíritu. Fabricaban cuchillos, piezas de ajedrez, morteros para la cocina, petacas, pipas, y toda clase de objetos de madera y de piedra. Mayor pericia debió de exigirles el bordado de una bandera nacional que, al acabar la guerra, llevaron en ofrenda a Zaragoza, hasta los pies de la mismísima Virgen del Pilar.

Se comía mejor en Cambriles que en la zona roja, añade el redactor del Noticiero: “Los de Cambriles no carecían ni de chocolate, ni de café, ni de arroz, ni de tabaco; tenían coñac y champán; para los enfermos, medicinas, inyectables, etc.; el médico de Santolea sabe bien cómo se verificó el milagro.” No en vano los escondidos provenían, en su mayoría, de las familias más pudientes de la comarca.

También disponían de algunas armas de fuego,

“por si las moscas”: revólveres, escopetas, pistolas, y hasta un trabuco, al que llamaban “El Abuelo”, perteneciente a Sebastián Gil. Y una de esas carabinas cortas que llaman tercerolas, del galeno de Santolea, con cuatro mil tiros. Armados, pues, hasta los dientes.

Siempre según el periódico católico, fueron Ramón Salesa, evadido de Cuevas de Cañart en compañía de su hijo, y un tal Feliciano (Feliciano Pedro Pérez), de Hinojosa de Jarque, quienes sirvieron de enlaces entre Cambriles y la Quinta División. Ellos se encargaron de ir sacando, en sucesivas etapas, a los topos de su madriguera, siempre con éxito. Unas 150 personas fueron salvadas de ese modo, al decir del diario, 54 de ellas en la última expedición que desembocó en Zaragoza. Uno de los más ilustres rescatados fue el teniente coronel de Artillería don Ramón de Pedro, al que el llamado Movimiento sorprendió en Alcañiz.

a ocultaron.
diez meses
los pasaron
la caverna
nos visitada.
un día salieron
todos desdichados
que salieron sufridos
y duro calvario
la noche

Puesta en solfa

Sobre el tema de los rescatados de las hordas rojas gracias a Cambriles, existe un curioso y pintoresco “Himno de la Cueba” [sic], y un fragmento poético escrito por el polifacético y fogoso Aniceto Brea. Ignoro en qué momento lo compuso, aunque puede adivinarse que fue inmediatamente después de acabada la guerra. El primer texto proviene de un cuadernillo facilitado por Antonio Sancho Martí a su sobrino Joaquín Mir, integrante del GEMA (Grupo de Estudios Masinos), y fue copiado, al menos en parte, pues parece distinguirse dos escrituras diferentes, por una hermana del primero, Encarna Sancho Martí. Encarna tenía 16 años cuando finalizó la guerra civil. Su familia regentaba una fonda frente a la cárcel de Mas de las Matas, que se situaba en los sótanos de lo que había sido el centro republicano del pueblo bajoaragonés. La anciana no recuerda hoy quién, ni en qué circunstancias, le facilitó los versos que componen el himno. Su sobrino piensa que pudo ser cualquier falangista que frecuentara la cárcel, o un maestro que se alojara en la posada. Pero Encarna aún canturrea el himno que con sus amigas entonaba a menudo en excursiones y meriendas, durante su juventud.

Del texto de Aniceto Brea ha llegado hasta mis manos una copia mecanografiada en tres folios con el membrete, todos ellos, del Restaurante Masía Típica Crusells, sita en la Carretera Reus-Tarragona, km. 1, de la población de Reus, lugar donde se ofrecen ágapes con ocasión de bodas, banquetes, comuniones, bautizos y convenciones. El restaurante

pertenecía, en el momento en que se copió el poema, a los hermanos Miguel Brea, nietos de Aniceto.

En el encabezamiento de los versos, se puede leer el siguiente texto: “ESTO OCURRIÓ EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA; EN EL PUEBLO DE LADRUÑÁN (TERUEL). EL TITULAR DE ESTA CANCIÓN LA CUAL ES HISTORIA FUE DON ANICETO BREA ROYO, ABUELO DE LOS HERMANOS MIGUEL BREA.”

El cuadernillo contiene el mismo texto de Brea, algo aumentado, más una especie de “prólogo” de cincuenta y seis versos. La parte de Brea está, en el cuadernillo, estructurada en una suerte de “novena” religiosa de ejecución imperfecta, tanto en lo que se refiere a la longitud de las estrofas, a la métrica de los versos o a los aciertos en la rima. Es imposible saber si fue Aniceto Brea el único autor del texto en su totalidad. Si así fuese, ¿por qué sus nietos conservaron tan sólo los fragmentos correspondientes a la “novena”, y además incompletos?

Copio a continuación el “Himno”, en su versión más larga, destacando en cursiva los versos que se reproducen en la copia de los nietos de Aniceto Brea. Mantengo la ortografía y la puntuación del original correspondiente al cuadernillo:

Perseguidos por los rojos
En Cambriles se encuebaron
Camaradas de falange
Con dolor y con quebrante.

Las abiertas sepulturas
Que para algunos quedaron
Y que los rojos abrieron
Otros hermanos llenaron.

Por eso muchos huyeron
Y sus familias lloraron
Por eso los falangistas
En la cueba se ocultaron.

Ocho meses y diez meses
Alguno de ellos pasaron
Ocultos en la caverna
Que hoy hemos bisitado.

Por fin un día salieron
Los 22 desdichados
Después que ubieron sufrido
Tan largo y duro calbario.

Caminando por la noche
Cinco días emplearon
Asta cruzar las trincheras
Que los marxistas cabaron.

Al llegar a Portalrrubio
Nuestros balientes hermanos
Los nacionales estaban
Vigilando y esperando.

Alli en plena carretera
Los guardias dieron el alto
Al percibir los rumores
De los que estaban llegando.

Al verse ya todos juntos
En la España Nacional
Unos gritaban de gozo
Que a otros les izo llorar.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!
Se lanzaron sin cesar
Recargando a los ausentes
Y a la Virgen del Pilar.

Bintidos hombres salieron
De la cueba de Cambriles
Visitaron el Pilar
Y volvieron muy felices.

Cuando la guerra termine
Pues mucho no para esperar
Los socios de la caverna
Bisitaran el Pilar.

La caraba en aquel día
De Ladruñán partira
Y en peregrinación formada
Su bandera llevaran

Así cumplían su boto
Los hermanos falangistas
Pues Dios velo por su suerte
Conservándole las vidas

1ª En la peña los Morrones
Se divisa un agujero
Muy pequeño y muy redondo
A once metros del [desde el] suelo

En el anidaron buitres
Desde muy remotos tiempos
Que surcando los espacios
Se remontaron al cielo
Vigilando
Estos parajes
Que son abruptos
Y pintorescos

2ª Dentro de ese agugerito
Quien lo habia de pensar
Existe una oscura gruta
Muy difícil de habitar.
Jamás en ella posaron
La planta humana los hombres
Porque la desconocían
Y no sabían sus condiciones
Hasta que
Dios permitiera
Que un masobero
La descubriera

3ª La desconocida gruta
En los centenales esta
Cambriles tiene por nombre
Que a la Historia pasara
Bien merece que su nombre
Lo perpetue la Historia
Porque este es un caso unico
Que se ha cubierto de gloria
Salvando
Muchos hermanos
Que hubieran sido
Asesinados.

4ª Son 22 los salvados
Del marxismo criminal
Que en Cambriles se ocultaron
Y lo pasaron muy mal
18 mas despues de estos
Y suman 40 ya
Los que con Franco se fueron
A la España nacional
Y así Cambriles
Los dio con gusto
Pues los guardaba
Para eso ya

5ª Después de esos 40 hombres
Cuya pista se trazaron
18 mas se escurrieron
Que igual camino llevaron
Suman ya 58
Los hombres que se escaparon
Y después de esto se fueron
Otros mas 54
Son 100
12 los hombres que la caberna
A liberado

6ª De Alcorisa y Mirambel
De Tronchón y Villarluengo
De Dos Torres y las Planas
Se refugiaron contentos
De Fornoles Mas de las Matas
Se hubieron de refugiar
Y también se refugiaron
De Cuevas y Ladruñan

Y muchos
Mas se esperaban
Si era preciso
Hacerlo igual

7ª Cambriles de mis amores
Fortaleza inexpugnable
Te quiero mas que a mi vida
Como se quiere a una madre
Y de rodillas te juro
Que si tuviera dinero
En la entrada de la cueva
Con letras de oro
Pondria un letrado
Diciendo
Viva Cambriles
Lo más hermoso
Del mundo entero

8ª Bendita y sagrada ruta
De condicion singular
La caberna te llamaron
Los que alli habian de estar
En memoria de tu nombre
La secreta sociedad
El tuyo adopto por suyo
Con honor y seriedad
Para que la historia un dia
No olvide nunca
Tu santidad

9ª De la caberna gloriosa
Sus moradores estan
Con el pensamiento de Franco
Y en su Virgen del Pilar
A esta Virgen por patrona
Aclamaron sin cesar
Prometiéndoles en su dia
Levantarle un Santo Altar
Que a la gruta
De Cambriles
Iremos [iran] todos
A adorar

No resulta fácil, pues, determinar el número exacto de fieles a la causa fascista que lograron pasar a las filas nacionales desde la zona republicana gracias a la cueva de Cambriles. Aún oiré alguna cifra más. A juzgar por la importancia que en el desarrollo de la sociedad secreta tuvo el secretario del ayuntamiento de Ladruñán, el mencionado Brea, la cifra por él aportada podría parecer una de las más fiables: 112 rescatados. El Noticiero habla de 150, una cifra quizá demasiado redonda. El himno aporta un dato más: escalona la liberación de los topes en tres fases: 22, 18, 18 y 54. La última cifra coincide con la dada por el diario zaragozano para el total de componentes de la última remesa. Algún testimonio habla de presencias tardías y menos numerosas en la cueva

que seguían aprovechando los enlaces establecidos, y cuyo número y frecuencia quizá desconociera Brea. De ahí que nos tengamos que conformar con una cifra indeterminada entre 112 y 150. En todo caso, la cifra de 227, dada por El Noticiero, es a todas luces exagerada.

Me parece interesante destacar alguna otra cuestión que suscita la lectura de la “canción”. Brea cita 10 localidades de las que provenían los habitantes de Cambriles, todas pertenecientes al Maestrazgo y al Bajo Aragón. Pero sabemos que hubo quien provenía de otras, como Tronchón, Bordón, o Luco de Bordón. Por otra parte, el verso “lo pasaron muy mal”, no invita a pensar en el consumo habitual de chocolate y de champán, como insinuaba el diario zaragozano. Claro que, cuando leamos las actas de la sociedad, veremos, no sin sorpresa, que acordaron preparar algún ágape para el día en que estaban previstas las visitas de familiares.

Brea (si admitimos que él es el autor del himno o canción) se adhiere en su “canción” al lenguaje

fascista dominante, hablando del “marxismo criminal”. Cita a sus “hermanos falangistas”. La última parte de la composición toma aires claros de copla con excesos líricos del tipo de “con letras de oro, pondría un letrero”, o “te quiero más que a mi vida / como se quiere a una madre”, sin dejar de lado el tinte religioso contenido en los versos finales, poco después de calificar la gruta de “bendita y sagrada”. Se anota la intención de ir a dar las gracias a la Virgen del Pilar, y, aunque sea de pasada, la de dedicarle un altar (¿en la propia cueva?), en la estrofa final que no copian los nietos de Brea. El texto alude a una visita de los refugiados (“la caverna / que hoy hemos visitado”), que sin duda tuvo lugar en cuanto el territorio fue liberado del “largo y duro calvario” republicano.

Queda muy clara la situación geográfica de la cueva: en la Peña de los Morrones, del término de Ladruñán, y sobre la finca conocida como Los Centenales, que corre en paralelo al Barranco del Huergo, y se desliza por la ladera que baja entre La Algecira y el propio pueblo de Ladruñán.



Dos Torres de Mercader

Los otros papeles

Vuelvo al Noticiero. El periodista, que califica ahora de “rebeldes” a los refugiados de Cambriles, glosa la gesta de “los amigos de la Caverna”, todos aquellos que ayudaron a que un 27 de abril de 1938 (la fecha es errónea) los primeros topos pudieran huir a las filas nacionales. Cita a María la del Topo (de la masía del Topo; hablaré más tarde de esta casa); a Pascual Aznar y a su suegro, Juan Aznar, “el fiel criado” de Antonio Azcón, de Dos Torres; a Sebastián Gil; a Joaquín Jarque, de la masía del Nogueral (probablemente se trata del Higueral, situada encima de Ladruñán y de la propia cueva de Cambriles); a Vicente Salesa, de la masía del Pinar; y a un tal Ramón, de la Venta de la Cañadilla, “primera masía de paso en la ruta de fuego”. Todos estos nombres los volveremos a escuchar más adelante en boca de algunos testigos.

El reglamento de La Caverna fue redactado por don Luis Aguilar Capapé, practicante de oficio y Secretario de Dos Torres de Mercader; en 1939, Aguilar Capapé pasaría a serlo de Mas de las Matas. El Noticiero afirma que don Luis fue “el alma de la colonia”. En cambio, el encargado de organizar el diario de la cueva fue don Manuel López, antiguo estudiante del convento del Olivar, y natural del mismo Dos Torres.

No cabe duda de que Cambriles se gestó entre Ladruñán y Dos Torres. De estos dos pueblos surgió toda su materia gris. Este Manuel López que cita el periódico zaragozano no es otro que Manuel López

Aguilar, mencionado por el cura Conesa en la entrevista, quien, al parecer, huyó del Olivar para salvar su vida. Pero es hora de que hable del dichoso diario de Cambriles.

Me he cansado de seguir su pista. Confié, con ingenuidad, en la que me proporcionó el cura Conesa: según él, se lo había quedado Enrique Royo siendo párroco de Tronchón. Enrique Royo falleció en 1973. Había nacido en Villarluego hacia 1910 ó 1911, su sobrina Alicia no lo recordaba con exactitud cuando fuimos a visitarla, Antonio Losantos y yo, a casa de su padre –un hermano del cura- en ese pueblo del Maestrazgo turolense. Le explicamos lo que nos había dicho el cura Conesa, y tanto Alicia como su marido se mostraron muy amables. Nos prometieron indagar entre los papeles dejados por su tío, y nos citaron para una semana más tarde. Nos obsequiaron con un par de libros del Padre Royo. Alicia sentía verdadera devoción por su tío, y, aunque hubieran transcurrido tantos años desde su muerte, aún se emocionaba al hablar de él. Parece una mujer muy piadosa.

Pero, entre los papeles, no apareció nada que se pareciera al diario. Si llegaron a estar en sus manos, aquellos papeles se perdieron en algún traslado (así lo supone Alicia), pasaron a otras (y nadie sabe a cuáles), o fueron destruidos. Ésta es la teoría de Domingo Folch. Adelanto sus palabras al respecto:

-Había un diario, todos los días se hacía, todos

los días se ponía lo hecho, y me lo quemaron. No lo tiene el cura Conesa. Ese libro enterico y verdadero se quemó en Mas de las Matas. Yo sí que sé quién lo quemó, pero no me da la gana decirlo... Así que a mí aquello no me trajo más que disgustos en mi juventud.

El tono que a lo largo de toda la entrevista empleó Domingo Folch fue tan misterioso y, por momentos, agresivo, al evocar aquellos sucesos, que me hizo poner en duda algunas de sus palabras. Así, preferí no desechar la pista Conesa, aunque al cabo resultara infructuosa. Según Folch, no sólo fueron quemadas las hojas, sino también el reglamento que elaboró Luis Aguilar Capapé:

-Cuando la entrada primera de los maquis por estas tierras, que buscaban a la gente que había contribuido pa'ganar la guerra... El que los quemó fue por miedo, y eso me confesó a mí. Teníamos fe, que eso es lo bonito de esto, por eso yo, cuando quemaron el reglamento y quemaron el libro diario, me pegaron un tiro en el corazón, que dije yo, ojalá Dios quemara el pueblo entero, porque era una cosa bonita para un mañana...

Domingo Folch mezcla el pasado y el presente y añade estas misteriosas palabras:

-No me extraña que este tío, cualquier día, por dos lenguadas que ha soltao en el bar, vaya un día y le suelten dos balazos...

Como si hubiera retrocedido de repente a 1946.

Algunos socios del GEMA (Grupo de Estudios Masinos) me provocaron otro sobresalto. Uno de ellos me dijo que un socio tenía fotocopias del diario.

Después resultaron ser de las actas, un documento que también me ha dado algún que otro dolor de cabeza por ese temor de Dios que Cambriles sigue inspirando incluso a unas generaciones jóvenes que, de entrada, tendrían que haber superado un trauma que ni siquiera han conocido directamente.

Me inclino, en definitiva, por la versión de Folch. El diario, posiblemente, al igual que el reglamento, fue destruido por temor a que llegara a manos del maquis (o a que alguien se lo vendiera), y los guerrilleros dispusieran de una lista de nombres con la que ajustar viejas cuentas de la guerra civil. Pero tampoco descarto que alguna vez aparezcan una copias, completas o fragmentarias. El diario, según el cura Conesa, era un simple estadillo diario (“como órdenes militares”) en el que se iban consignando las obligaciones de cada inquilino de Cambriles, los servicios de vigilancia, recogida de agua, de alimentos, la limpieza, etc. (en palabras de Domingo Folch, “habíamos una junta, la que destinábamos salidas y entradas, quienes... los cargadores del agua y la leña, y otras cosas que se hacían, estaban siempre destinadas de antemano, y cuando llegaba el momento en la noche, venga, Fulano, tú...”). Al fin y al cabo los topos tuvieron que poner en marcha una organización cotidiana de tipo cuartelario tanto para llenar las largas horas del día y de la noche, como para mantener la disciplina y tratar de evitar los roces. Para sobrellevar la situación penosa en que debieron de vivir a lo largo de las semanas, de los meses, que permanecieron en tan húmedo y poco acogedor reducto. Añadió el cura que todas las hojas llevaban la firma de Vidal Royo y el sello de la sociedad secreta. Y muchas ostentaban “cagadicas

Ecós de sociedad

Acabaré de una vez con el reportaje fascistoide y católico del Noticiero. El periodista no olvida el anecdotario humorístico, pues también lo posee Cambriles: “Un día algunos colonos [sic] se descolgaron de la cueva y fueron a segar un campo de trigo de su compañero Domingo Folch; estando en plena labor, pasó un grupo de jóvenes libertarias; los cavernícolas [otra vez sic] segadores suspendieron la faena y se dedicaron a piropear a las libertarias que iban de excursión, hasta que se alejaron.”

La segunda anécdota contiene aún mayor pintoresquismo, por decirlo de alguna manera:

“Otro día cerca de la gruta los aviones nacionales entablaron combate con los “chatos” rusos; los colonos contemplaban con ansiedad el dramático encuentro. Al pie de la gruta un pastor rojo [sic] se paró a mirar también el cielo.

Cuando llegó al pueblo, le preguntaron si había visto los aeroplanos.

-¡Cómo que si los he visto –contestó-. Hasta los he oído hablar y todo!

Los locutores eran los cavernícolas.”

Domingo Folch nos amplió, a su manera, esta anécdota:

-Aún así [acaba de referirse a las múltiples precauciones que tomaron durante su estancia en Cambriles] nos encontraron, que tuvimos suerte que

el encontronazo fue bueno, se pudo desenvolver y... Un pastor oyó hablar los aviones y empezó a sospechar y sospechar, y dijo, esto lo tengo que descubrir y se nos metió sin que nosotros... No es que no nos diéramos cuenta, que nosotros éramos más pitos que eso, si no, no hubiéramos llegao a eso, pero, lo vimos, el hombre se estaba haciendo el longuis, tomando el sol con su ganadico y lo que hacía era vigilarnos, y nos encontró... Encontrar, no encontró nada... Él, que ya faltaban pocos días para salir nosotros, ya teníamos todo tramao, pero él lo que quiso es llevar su manía de descubrir aquello, y lo consiguió, lo consiguió porque tuvo que venir allí, donde se le cantaron las cuarenta claras, y después era uno de los buenos colaboradores. Él no sabía aquello el peligro que tenía, a ver si me comprendes, ni la finalidad ni quién estábamos allí ni lo que pensábamos ni lo que podíamos hacer, pero luego una vez que se le leyeron los papeles, y alguna otra cosica más, el hombre se desmayó y después era ¡el mejor de todos!”

Un hijo de Domingo Folch, Luis, mecánico en Mas de las Matas, nos facilitó la entrevista con su padre. Cuando dejamos a Domingo en su casa, nos vamos a despedir de él en el taller donde trabaja. Luis Folch completa la narración de Domingo:

-El pastor debió de sospechar porque algunos días encontraba la fuente donde iba a beber el ganado vacía. “Aquí hay alguien que madruga más que yo”, se debió de decir, y se quedó a dormir una noche... Luego entró en el pueblo, cacareándolo todo: “¡Hay

gente, hay gente!”, aunque no sabía quiénes eran, y tuvo la suerte de encontrarse el primero a mi abuelo Isidoro, que tenía a Domingo y a dos hijos más en Cambriles, y que les subía comida con una caballería por las noches –luego borraba la huellas un tío mío soltando las ovejas por donde había pasado-; así que mi abuelo lo hizo entrar en la bodega, “anda, no digas tonterías, ven a echar un trago”, y allí le puso una pistola en el pecho y le dijo: “Como se te escape una palabra, ni de ti ni de toda tu familia no queda ni rastro en la tierra”.

El mecánico también aclara que Aniceto Brea era el abuelo de un primo hermano suyo.

También el Diario de Falange Española Tradicionalista de las J.O.N.S. que lleva por cabecera Amanecer, en un artículo firmado “Orlando”, y publicado el 13 de septiembre de 1939, recoge algunos datos sobre la gesta de Cambriles. Según este periódico del Régimen, la cueva fue descubierta por Domingo Folch en el verano de 1934, “después de que de allí vio salir un águila.”

Declarado el Movimiento nacional “en agosto de 1936”, Domingo pensó que el refugio podría servir para tres personas. Cierta noche, acompañado de Vidal Royo y de Aniceto Brea (el primero de ellos, con Folch, formará parte de la junta que dirigirá la sociedad secreta una vez constituida, ya en la gruta), se decide a inspeccionar el lugar. Según el periodista, hallaron al fondo “una rendija o brecha –no muy grande- que ellos procuraron hacer más alta y extensa, por donde con toda facilidad penetraron. Cuál no sería su agradable sorpresa al encontrar un sitio admirable para el refugio y cobijo de varias

personas, solamente rompiendo unas antiguas y preciosas estalactitas. Fue comunicado tan feliz y providencial hallazgo –barrera infranqueable para la muerte tan esperada y segura como violenta- a varios individuos de los menos seguros y más perseguidos por el furor satánico-marxista, y empezó enseguida el aprovisionamiento de comestibles y armas defensivas. Se imponía la clausura.”

Los primeros refugiados llegan a la “laberíntica morada, arca de salvación”, a primeros de septiembre de 1936 (en realidad sería en noviembre, como demuestra el libro de actas). La información es más cercana a la verdad cuando explica que en la cueva se llegó a formar un grupo de veintidós hombres, a los que califica de “observantes y religiosos”, dedicados “a la oración y a la lectura” durante “buenos ratos al día, pues para ello disponían de rosarios y devocionarios.”

Formaban, siempre según el periódico, “un diminuto estado bien organizado.” Confeccionaron una bandera nacional, “que depositarán ante el Santo Camarín de la Virgen del Pilar”, y llevaban un diario “que consta de 102 folios escritos.”

No ahorra detalles prácticos sobre la vida en la cueva: “Montaron admirablemente todos los servicios higiénicos –base para la conservación de la salud-; hicieron funcionar perfectamente la cocina, barbería y w.c.; disponían de agua bastante abundante, tanto para los menesteres dichos, como para la bebida y cocimiento, a cuyo objeto idearon técnicamente, y realizaron la construcción de un enorme depósito con una receptibilidad de cerca de tres mil litros.”

Conocían las operaciones militares de los sublevados

gracias a los enlaces exteriores. Compraron una radio que “cantaba maravillosamente”, lo que permitió a “los reclusos estar continuamente asomados a las ventanas de la civilización y de la cultura.” Usaban un sello grabado en madera, presumiblemente de boj. Usaban claves para los escritos que salían de la cueva, y se servían de nombres ficticios como “Perdigón”, “Chispita”, “Caralampio”, “Zúñiga” o “Fournier”.

No olvida Amanecer la labor de retaguardia de las mujeres: “Huelga decir que las buenas mujeres de aquellos pueblos –verdaderas Marías y Martas del Evangelio- guardaron siempre el más impenetrable secreto acerca del paradero de estos hombres, necesariamente aislados, y les suministraron todos los elementos de cualquier género que precisaron. Quede tal hecho para la historia y tribútese a ellas todo el homenaje y el honor, que bien merecidos los tienen, por su fidelidad observada y excelentes ministerios prestados.”

“Orlando” añade que la primera salida de Cambriles hacia la España nacional se produjo el 23 de septiembre de 1937, es decir, cinco días después de la asamblea general en la que se decidió que el momento era propicio para iniciar las evacuaciones; pues se dieron por buenos los contactos establecidos con los enlaces en el exterior que se habían de encargar de su organización. La junta aprovecha la peregrinación a Zaragoza para informar de su intención de “dar fácil acceso a la célebre cueva, instalando una escala, de diez o doce metros, en la roca viva, y construir una modesta capilla con su altar, en honor y gloria y alabanza de la virgen del Pilar.”

Rebosante de júbilo, el periodista concluye su reportaje aplicando a cada refugiado de Cambriles los versos de un poeta llamado Félix Antonio, y extraídos de su libro ¡Arriba las cruces!:

“Él lleva oculta su cruz
y espera el día paciente,
porque al vislumbrar la luz
de cada aurora riente,
se acerca al Ebro cercano...
Y bebe -¡oh fecunda fuente!-
sus esencias en la mano.”

El diario Amanecer describe el término de Ladruñán como un “terreno elevado, peñascoso, el de mayor montuosidad de todo el partido [de Castellote], árido, improductivo, pobrísimo. Bosques antiguos espesos y altos, bien nutridos pinares desaparecieron para siempre, por efecto de las talas, en las últimas guerras carlistas.” El periodista, lejos de conocer el lugar, ha consultado el “Diccionario Geográfico Estadístico Histórico” de Pascual Madoz y ha copiado casi literalmente sus palabras. La peregrinación, continúa “Orlando”, está formada por amigos y parientes de los refugiados provenientes de los pueblos de Ladruñán, Cuevas de Cañart, Santolea, Dos Torres de Mercader, Castellote, Alcorisa, Abenfigo, Mas de las Matas, Fórnoles, Jaganta, Bordón, Luco de Bordón, Las Planas de Castellote, Las Parras de Castellote, Seno y Villarlengo. El Heraldo de Aragón, el mismo día, cita los mismos pueblos, excepto Bordón. El Noticiero, en cambio, excluye Bordón y Fórnoles, pero añade Mirambel.

El fin de la peregrinación, según Amanecer, “no es otro que mostrar su profundo agradecimiento a la



Luco de Bordón



El ojo de Cambriles

Santísima Virgen del Pilar, por su clara y continua protección durante el tiempo en que estuvieron reclusos forzosamente, para evitar el ser fusilados por los rojos.” A ese propósito se añade –“objeto secundario”- el de cumplir el “voto unánime de los reclusos de confirmar a la Virgen del Pilar el nombramiento que de Ella hicieran como Patrona de la Sociedad constituida y designada La Caverna.”

Los peregrinos, los tres diarios zaragozanos coinciden en afirmar que alcanzaron el número de cuatrocientos, son recibidos por las autoridades en la Puerta del Duque de Zaragoza, junto a la Parroquia y la Plaza de San Miguel, a las once de la mañana del día 12. Amanecer los califica de insumisos ante “los capitostes del marxismo”. La mitad de ellos han hecho el viaje a pie. Sólo el Heraldo especifica las jornadas: cuatro en total: “Salieron el día 8 del presente mes, pernoctando en Alcorisa, Híjar, Quinto y El Burgo”. De creer semejante afirmación, se hace preciso constatar que las jornadas eran desiguales. Quizá las fueron acortando para mitigar el cansancio acumulado.

Amanecer afirma que acompañaban a los peregrinos los párrocos de Castellote, don Andrés Ginés; de Santolea y Ladruñán, don Marcos Montserrat; de Cuevas de Cañart y Dos Torres de Mercader, don Ángel Lapeña; y el padre Torrijos, escolapio, de Bordón. El Heraldo añade al cura de Mas de las Matas, sin citar su nombre. El Noticiero, a un tal Pedro Piquer y a otro escolapio, don Salvador Dalmau. No faltaba, como se ve, la representación eclesial.

Encuantoalcomitéderecepción,figuranelconcejal

don Miguel Sancho Izquierdo, en representación del alcalde, señor Rivas. Por parte de la Diputación Provincial, el Dr. López Buera. Por la Región Militar, el coronel don Santiago Ruiz Plasencia. El capitán Sánchez Blázquez, por el Gobierno Civil. El señor Martínez Barrado como representante del S.E.M. El teniente coronel de Artillería don Ramón de Pedro, suponemos que a título personal, por haber sido uno de los refugiados de Cambriles. Por parte de las jerarquías católicas, don Salvador Torrijos y don Rafael Ginés, de la Junta de Peregrinaciones.

Amanecer recoge la presencia, entre los peregrinos, de dos ancianas de setenta y ochenta y seis años que “sin arredrarse ante las fatigas inherentes a tan largo caminar, dieron prueba de su fe y esperanza al cumplir sagrada promesa que hicieron en días azarosos.” El Noticiero aclara, en cambio, que la casi nonagenaria no había venido a pie.

Desfilaron con numerosas pancartas, banderas y estandartes religiosos (9, 28 y 4 respectivamente, según Amanecer) hasta el templo del Pilar, precedidos por la sección montada de la Guardia Municipal. Allí, en la puerta, los esperaban los canónigos Bayo y Carceller, y el capellán don Juan José Gimeno. Entraron cantando el Himno del Pilar.

El beneficiado don Rafael Ginés ocupó “la sagrada cátedra, glosando el texto de foraminibus terrae in cavernis maceriae. Algo así como “De los agujeros de la tierra a las bóvedas celestiales de adobe”, pues fue mediante la invocación a la Virgen como los refugiados pasaron de vivir amurados entre rocas a hallar una bóveda celestial más acogedora y cálida, gracias al regazo de la Madre. Por lo cual, “hallaron

ánimo para constituirse en Cofradía, por la que se rigieron en aquellos días de penalidad y sufrimientos”, siempre según Amanecer. No faltaron las alusiones a la Cruzada y al Caudillo de España. A continuación entonaron la Salve gregoriana.

Llegó la tarde.

Teatro Argensola. Se estrena ese mismo día la pieza teatral titulada *Mi niña es la Greta Garbo*, un sainete con ribetes melodramáticos de Ángel Custodio y Gastón A. Mantua. Protagoniza la obra, como primer artista, el veterano actor Juan Calvo, nacido en Onteniente (Valencia) en 1892. Está a punto de abandonar su carrera en las tablas para engrosar las filas del cine italiano, antes de regresar a España, pasar por México, y volver a nuestro país y encarnar al Sancho Panza de Rafael Gil, en 1947, y trabajar más tarde con Berlanga o con Vajda. Moriría en 1962, siendo la célebre (en su época) Fray Escoba, de Ramón Torrado, una de sus últimas apariciones.

Para El Noticiero, a la comedia de Custodio y Mantua “no le sobra más que la parte de astracán, o más concretamente, el tercer acto, que francamente, no despega” (13 de septiembre de 1939). “La función, sigue informando el periódico, era en honor y asistencia, de los peregrinos que se refugiaron en la cueva de Cambriles.” No creo que les importara la inconveniencia dramática del tercer acto. Lo que los fervorosos patriotas debían de esperar con mayor interés era la actuación de la rondalla de Falange de Zaragoza, gracias al favor del Delegado Provincial de Cultura, señor Sánchez Romero, la de las parejas de baile y canto de jota formadas por seis hermanos zaragozanos, “verdaderos ases de nuestro

canto regional (Heraldo, 14 de septiembre), y la de los hermanos Espada, de Santolea, siempre en el mismo género musical. Para redondear el acto, uno de los actores de la compañía teatral, Joaquín Roca, recitó “una bella poesía patriótica” que el citado señor Sánchez Romero (alférez) compuso, “durante su cautiverio”, en honor del Caudillo; y el médico de Santolea, señor Torres, “leyó unas cuartillas presentando al descubridor de la cueva famosa y a sus padres.” El Noticiero añade que “el mayor entusiasmo patriótico y regional reinó en esta parte de tan emotivo acto”. La prensa zaragozana aclara también que los beneficios obtenidos en la función se destinarán a la construcción del monumento que se quiere levantar en la cueva.

Quizá tan sólo sirvieron para comprar la imagen que hoy adorna la capilla de San Ramón, en la iglesia parroquial de Ladruñán. Quizá no fue Pepe Cortés quien pagó la imagen, como afirma el cura Conesa.

A la mañana siguiente (miércoles 13) los peregrinos oyen misa de comunión en la Santa Capilla del Pilar, oficiada por el párroco de Cuevas de Cañart, don Ángel Lapeña. Participan todos en la eucaristía, mientras la Capilla de Infanticos entona motetes. De allí se dirigen al Noviciado de Santa Ana, frente al Cuartel de Sangenis (Pontoneros), donde practican “un devoto ejercicio. El mismo señor Lapeña volvió a dirigir su apostólica palabra; excitó a todos a resucitar en las almas la fe viva y sólida piedad; puso por modelo a la Madre Rafols, ante cuya sepultura se encontraban; tuvo un delicado recuerdo para los hermanos ausentes, que se veían imposibilitados de asistir materialmente a los actos celebrados, a los cuales, sin embargo, asistían en espíritu.” (Heraldo, 14 de septiembre).



La fuga: Subida al puerto de Majalinos, camino de La Cañadilla



La fuga: Sierra de Ejulve

El sacerdote Marcos Montserrat ofrece en adoración el Santo Cristo Desamparado. Los peregrinos entonan cánticos piadosos, dirigidos por el párroco. Concluidos los actos, la mayoría aprovecha las últimas horas en Zaragoza para visitar la celda de la Beata catalana Maria Ràfols, y el joyero de la Virgen del Pilar. El viento triunfante de los nuevos tiempos llevó a los peregrinos a rendir pleitesía a la monja de Vilafranca del Penedès (1781-1853), cuya causa de canonización sigue abierta en nuestros días.

Al día siguiente regresarían a sus pueblos. Imbuidos de santidad, puede presumirse.

Los tres periódicos acompañan sus informaciones con fotos de la masa de peregrinos, con sus pancartas y banderas. No me resisto a recoger aquí una información que, en apariencia, no viene al caso, y que ofrece El Noticiero en la misma página 10 del día 13 de septiembre en la que glosa la visita de los peregrinos de Cambriles. ¿No viene al caso? Que el lector juzgue por sí mismo.

Bajo el título “La depuración arbitral en Cataluña”, el diario católico transcribe la conversación mantenida con un tal Sr. Arribas, Presidente del Colegio de Árbitros de Cataluña:

“-¿Muchos depurados?

-Sí, bastantes. 125 colegiados han sido depurados, quedando habilitados para el servicio 36.

-¿Muchos casos de “rojismo agudo”?

-No. Se han eliminado todos cuantos tuvieron concomitancia con los rojos, pero casos declarados de “rojismo” no se han podido apreciar. También

han sido eliminados los que no mostraban gran entusiasmo por el arbitraje y no tenían historial. Finalmente, a los que en el plazo fijado no pidieron su reingreso. Como puedes ver, la depuración se ha efectuado a fondo. No tan sólo por desafección al régimen, sino por causas múltiples.”

Por otra parte, basta ojear la prensa de aquellos meses para constatar que las peregrinaciones al Pilar, provenientes de cualquier punto de España, eran constantes. Y es que se estaba celebrando el XIX Centenario de la Venida de la Virgen “en carne mortal a Zaragoza”. ¿Sabía el lector que semejante evento tenía fecha determinada?

El Noticiero cerraba su crónica del día 12 definiendo a los reclusos de Cambriles como “protagonistas de estas que parecen novelas de aventuras”, e insistiendo en la decisión de instalar una capilla en la boca de la cueva.

Ramón Aznar Martí, hijo de Pascual Aznar Aznar, otro enlace que proporcionaba suministros a los topos, con quien nos entrevistamos Antonio Losantos y yo en Allepuz, maestro jubilado (Domingo Folch es hermano de un tío suyo), da una versión del proyecto menos edulcorada y piadosa que la del periodista del Noticiero:

-Ésa era la promesa que por lo visto hicieron, que tenían que hacer una ermita al pie de la roca, y compraron la imagen y la imagen está en Ladruñán. Los que se rajaron, que fueron muchos, porque a mi padre también le prometían el oro y el moro, le tenían que hacer un obsequio por toda la colaboración.... El secretario este que digo (se refiere a Aniceto Brea), el cuñado de Vidal, quería fusilar al alcalde republicano,

nada más que entró con los nacionales, que fue el primero que entró en el pueblo, antes de los moros. Se echaron mi padre y mi abuelo encima, y dijeron que en la guerra no había habido muertos y que ahora no debía haber muertos tampoco. Y lo calmaron, pero venía con unos ánimos un poco... Porque había sido secretario con el alcalde este, en la República. Con lo de la imagen... revuelo no hubo mucho en el pueblo, yo no me acuerdo, y el cura [Conesa] mucho bombo no creo que le diera, yo sí que me acuerdo, la Virgen del Pilar, la Virgen del Pilar, y mi padre estaba bastante enfadado por eso: una vez que ha pasado todo, y ya no se acuerda nadie de ná, entonces hubieran dao el oro y el moro, si yo, cuando me venían, les hubiera pedido, la ermita estaría hecha, pero el momento que han visto el cielo...

Antes de despedirme del cura Conesa, me regala una foto y escucho su elogio de la mujer de Fidel Ayora, quien años más tarde daría que hablar por el tiroteo a muerte que mantuvo con la partida de guerrilleros que asedió su masía con la intención más que probable de ajusticiarlo:

-¡Lo que ella hacía es único también! En la masía, tenía bastantes obreros. Ordenaba el trabajo. A Fidel

lo creía todo el mundo desaparecido, sólo ella sabía dónde estaba. Y, de noche, cuando no se enteraba nadie, cogía un jamón y lo que fuera, y desde allí toda la noche se desplazaba para llevarles comida. Y se les dejaba la comida en un sitio determinado, que luego bajaban a buscarla. Y se marchaba, y nadie sabía nada. Y volvía otra vez a la masía a despertar a la gente.

Extrae de un álbum una serie de fotos de comienzos de los años cuarenta. Grupos de hombres, en torno al cura Conesa, de excursión aguas arriba del Guadalupe, por las cercanías de la Central La Morellana, donde nació mi madre. Me indica nombres que no me dicen nada y que no sirven para mi reportaje. Años de victoria, años triunfales. Luego me regala una foto, como dije, en brillantes colores Fuji, ligeramente sobreexpuesta: medio centenar de hombres, mujeres y niños rodean al cura Conesa en la puerta de la iglesia de Ladruñán. Celebran las bodas de oro de su ordenación sacerdotal. El homenajeado luce sotana y alzacuellos. Reconozco, entre los asistentes, a algunos miembros de mi familia que residen en la Central del Maestrazgo, a mis primos Carmen y Santiago, o a mi sobrina Lucita. Le doy las gracias y me despido de él y de su hermana, que sigue de palique en la cocina.



Mas del Topo

Un colaborador

Los que ayudaron. El padre de Ramón Aznar Martí fue uno de ellos. Vivía con su familia en el Mas del Topo, frente a Crespol, pequeño barrio de una sola calle en forma de L que forma un ángulo casi perfecto de noventa grados. Media docena de casas o poco más. Diez minutos a pie desde Ladruñán. El Mas del Topo está aislado, sobre la pista que lleva al Gallipiente y después a Santolea, y aún se conserva en pie. Ramón Aznar Martí lo ignoraba todo sobre la sociedad secreta hasta que yo se lo dije, durante la entrevista que mantuvimos con él Antonio Losantos y yo en su casa de Allepuz.

Me habla de Vidal Royo Iranzo, que fue elegido presidente de la junta directiva de La Caverna.

-Creo que nació en las fábricas de lana de Villarluego; su padre ya era contraamaestre, como más tarde él. Puede ser que vinieran a trabajar a las hilaturas de la Ponseca.

Las hilaturas de la Ponseca se encuentran cerca ya del Puente Natural y de la Hoz Baja, sobrepasada la pequeña central hidroeléctrica que lleva el mismo nombre de Ponseca o también el de Morellana, porque la empresa que construyó tanto esta fábrica de luz como la del Maestrazgo, descendiendo el río, más allá de La Algecira (a principios de siglo XX y en la segunda década del mismo, respectivamente), pertenecía a una familia de Morella. La Ponseca es un lugar mágico, envuelto en agua. El nombre le debe de venir de fonseca y de puente, un lugar próximo

en el que el río se mete en la roca, desapareciendo hasta salir bastantes metros más abajo formando una gruta fantástica que, cuando el agua no es demasiado abundante, se puede atravesar unos trechos a nado y otros a pie o, como suele decirse en la zona, pescando: ese accidente del río se llama Puente natural. Nunca he entendido por qué a un lugar tan húmedo, donde pisas agua en cualquier tramo sobre el que pongas los pies, lo llaman Fonseca o Ponseca.

-Sí, quizá trabajaran allí –continúa Ramón Aznar Martí-. Luego recuerdo que vivían en una casa en la plaza de Ladruñán, al lado de la iglesia. Acabó, después de la guerra, en Barcelona. No sé por qué lo ficharon los otros. No se puede decir que fuera rico, ni mucho menos. Tendría un huerto, como tantos. Pero eso ya era ser un señorito. Aniceto Brea Royo, que era primo de Vidal, estuvo por Cuba. Hizo dinero, pero no lo supo aprovechar. Lo habilitaron como secretario del ayuntamiento de Ladruñán. Con Domingo Folch, de la Masía del Higueral, formaron el trío inicial. Los llamaron a Alcañiz. Sabían que si iban allí, no volvían. Les previno un soplo. Así que hicieron como que se iban y se escondieron en la cueva. Domingo era hermano de un tío mío, ya te lo dije antes. Trabajó también de caminero. Le gustaba cazar, como a tantos. La perra se le metió por la buitrrera y así encontró la gruta. En cuanto empieza el Movimiento, enseguida entran en la cueva, yo creo que desde agosto del 36. Lo más tarde en el otoño, octubre o noviembre. Desde antes tenían



Ruinas de Santolea

algo planeo. Desde el momento en que Domingo les habló de la cueva, ellos... Lo que no sé es a mi padre cuándo lo buscaron. Mi padre era, digamos, enlace. Iba a llevarles comida por las noches. Tenía un fusil. Lo guardaba como un gran secreto, detrás de una escalera; yo iba todos los días a tocarle la culata. Mi padre se llamaba Pascual, Pascual Aznar Aznar.

-¿Usted sabe cuándo descubrió Domingo la cueva?

-Es que yo creo que muchas reuniones no tendrían, porque me parece que fue bastante reciente o próximo al Alzamiento cuando la encontró. Me parece, eh, eso el mismo Domingo te lo dirá mejor, o Manuel [Aznar Moles], que estuvo escondido en ella. No sé el tiempo que pasó hasta que explotó la guerra. Pero mucho no creo que fuera.

-¿Su padre tuvo contacto con los enlaces que evacuaban a la gente de Cambriles?

-Sé que no eran de Ladruñán. Venían hasta de Zaragoza. Mi padre pasó a uno a La Cañadilla. Ese señor vino al masico, lo traerían de madrugada, o una noche, estuvo todo el día siguiente y por la noche lo cargó en un macho, pim pam, pim pam, a La Cañadilla.

-¿Sabían los republicanos lo que pasaba en Cambriles?

-Esto es lo que yo no sé, porque mi padre, pues, iba siempre rodeando el pueblo, nunca pasaba por Ladruñán, por si ladraban a lo mejor los perros en el pueblo. Iba por abajo, por el camino de La Algecira, luego cogía por el del Latonar... Yo he oído, no lo sé, que precisamente un tío de mi padre, el tío Anselmo,

guardando el ganao, pasó un avión, y los de la cueva se asomaron, pero esto yo lo veo un poco chiste, ¿sabes?, y que al oírlos hablar, o sea, que al ver el avión dijeron: “Es de los nuestros”, y el otro estaba guardando por abajo y lo oyó, y luego vino al pueblo y decía que desde el avión lo habían conocido a él, y que había oído que decían: “Es de los nuestros”, y ése era, como te digo, mi tío Anselmo, hermano de mi abuelo paterno, que era republicano, rojo. El Comité fue como el ayuntamiento después de que viniera la República, ¿sabes?, y lo establecieron, en vez de en el ayuntamiento, en la casa del cura, para más cachondeo...

-¿Su padre le contó cómo vivían en la cueva?

-Apuraos no vivían, eh, apuraos por lo visto no vivían, según decían mi padre y los demás, que se organizaron la vida allí, que tenían su reglamento y su orden y cuando... Algún tiempo tuvieron agua incluso allí. Cogían el agua de la roca misma, con alambres, unos hilos de alambre que escurrían las gotas hasta el aljibe que habían hecho. Pero, claro, cuando se juntaron treinta y tantos de una vez, entonces no les bastaba. Entrando, a la izquierda, me dijeron que tenían la cárcel, por si cogían a alguno. Ahora, no se sabe que pillaran a ninguno. Caso de haberse encontrado con alguien, cuando salían por la noche, por ejemplo, o mi padre mismo con alguno, pues por si se iba de la lengua... Yo entonces tenía siete años, nací en 1930.

-Es raro que, estando el frente republicano tan cerca...

-El frente rojo tenía la cocina en una casita pequeña que hay encima del masico donde vivíamos,



allí tenían la cocina, y mi hermano y yo íbamos a todas horas, nos daban a lo mejor un trozo de carne con pan, y sin que jamás nos preguntaran... porque por el pueblo se decía que en mi casa que eran fascistas, ahora, eso de decir que sabían o no lo de la cueva... Yo creo que lo sospechaban, pero saberlo cierto...

Le digo que su padre figura, con nombre y apellidos, en el libro de actas de la sociedad secreta, y apenas da crédito a mis palabras. Nunca había imaginado que el nombre de Pascual Aznar Aznar hubiera estado así comprometido en los papeles. Le explico que consta también un mote, “Casarilla”. No hay fecha de entrada, lo cual me había llevado a suponer que nunca fue topo.

-Ahora me suena eso de “Casarilla”. Ay, pobre, Casarillas, Casarillas, le decía mi abuelo, otra vez se va a repetir la historia del mío, le decía, cuando los carlistas también lo cogieron para que les ayudara, y tuvo que marcharse a morir a Londres.

Pascual Aznar Aznar figura como proveedor en las “Cuentas de los socios”, y hay cifras de “debe” y “haber” que indican que a veces se le pagaba sin tener en cuenta con exactitud los gastos. Es el que más cifras tiene anotadas: les proporcionaba vino, alpargatas y pan.

-Ya se ve que se mosqueaban en el pueblo –dice Ramón- porque se amasaba tanto pan en mi casa.

-Pero su padre no era tonto, y lo cobraba – interviene Antonio.

-Hombre, ya sólo hubiera faltao eso. Porque luego el único recuerdo que le dieron fue una escopeta; se llevaron la que él tenía de dos cañones. Fernando Bel, el veterinario que estaba en Santolea, fue el que más trabajó con lo de la ermita, con lo de hacer algo y... al final se aborreció, no le siguió ninguno.

-¿Tenían armas?

-Creo que sí. Con lo de la imagen... Revuelo no hubo mucho en el pueblo, yo no me acuerdo, y el cura [Conesa] mucho bombo no creo que le diera, yo sí que me acuerdo, la Virgen del Pilar, la Virgen del Pilar, y mi padre estaba bastante enfadao por eso. Eso de las actas en mi casa igual no lo sabían.

Le enseñe el artículo del Noticiero.

-El fusil de mi padre no sale. El cura ese cantó misa después de la guerra. Yo tenía ya once años. Fue el que me llevó al Seminario. En Ladruñán se pasó peor la época del maquis que cuando la guerra. Cuando la guerra no ocurrió nada. Allí en el masico los mismos soldaos nos decían... Había un mulero sevillano, se nos metía el mulo en la alfalfa, en un bancal de alfalfa, se nos metía el mulo en medio del bancal, y nos decían, con este sevillano tengan cuidao que éste es muy malo, se alardeaba de haber matao a no sé cuántos. Pero los restantes, ya te digo, no se metieron jamás, todas las noches bajaban de allí a mi casa, bajaban una cantimplora que tenían

de coñá, y a mí me acuerdo que me hacían decir las provincias, porque eran casi todos valencianos, y oye, cuando les decía Castellón de la Plana, Valencia y Alicante, entonces echaban un trago, me acuerdo de este detalle.

Le leo la anécdota de los piropos a las libertarias.

-Serían de Cuevas de Cañart, en Cuevas sí que había más movimiento, pero en Ladruñán, no.

-No había mujeres en Cambriles.

-Ni una. Muchos eran solteros. Aniceto, no. Su mujer era la que llevaba el horno. Se alimentaban del pan que les daban los que iban a hornear. Si no tenían tierras, ellos... El Aniceto ese no tenía nada. El médico de Santolea, Adolfo Torres, estuvo visitando a alguno, cuando se ponía alguno malo, iba a visitarlo.

Manuel Aznar Moles me contará días después que Adolfo Torres se comprometió a subir a la cueva sólo si algún enfermo lo necesitaba de verdad:

-Pero, si no, no subo más, dijo, de tantísimo miedo como pasó.

-El cura de Santolea –prosigue Ramón- se marchó durante la guerra. Era de Bordón o de por allí. Lo tendría escondido su familia. En Cambriles no hubo curas.



Cuevas de Cañart



Manuel Aznar Moles

Un prófugo

A Manuel Aznar Moles lo vemos en su casa de Ladruñán, donde pasa los veranos. Vive en Zaragoza desde 1963.

Entró en la cueva el 12 de marzo de 1938 y permaneció en ella quince días. Eran pocos: uno de La Algecira, dos de Ladruñán, dos de la Masía del Huergo (cercana a Las Planas), dos de Alcañiz, otros dos de algún pueblo que no recuerda, y él mismo. Tampoco había oído hablar nunca de la sociedad.

-Todo esto estuvo en zona republicana hasta abril del 38; detrás de nosotros hubo dos más aún. De mi grupo, yo era el más joven, de la quinta del 40. Me llamó a filas la República. No teníamos armas. Yo no sabía nada de la cueva hasta que fui. Cuando me llamaron a filas, vino mi tío, Manuel Aznar Buj y le dije: a ver quién se niega. Había que presentarse. Y me dice: pues si no quieres ir, por las circunstancias que sean, pues habla con Pascual [de la Masía del Topo], y te escondemos. Cosas de críos, normal que tires donde tira la familia, ¿no? Mi tío era suministrador de la cueva. Hablé con él y dijo, bueno, pues tú vete. Y yo me marché, al otro día me había de presentar en Alcañiz, con que me marché hacia Castellote, a coger el coche al otro día, y marchar, y en Santolea me vieron unas mujeres, pues quédate aquí y mañana... En Santolea había otro quinto mío, yo no iba a decirle nada a nadie, no íbamos a meter gente allí que... a comer... y a ver quién trae la comida. Y yo me fui hasta el puente ese, no el grande sino la revuelta más larga que hay, que es el barranco Marinombre, llegaba de noche casi desde Santolea. Media vuelta y al masico otra vez. Desaparecido, claro. No me presento en Alcañiz, nadie dijo nada, en Alcañiz protestaron y en Alcañiz nadie dijo nada.

Pues me metieron en Cambriles. Cuando las fuerzas llegaron a Castellote, vinieron y... nos pasaron a Castellote. Pasé de Cambriles a Castellote. Dos Torres estaba entre dos fuegos, la parte de arriba, los nacionales, y la de aquí, la noche que pasamos nosotros no había nadie. Aniceto Brea respondió de mí ante la guardia civil. No sé si no estaba también Vidal. Pero pusieron la pega de que era de quintas. Me hicieron preso. Me acompañaba uno que se había pasado de las filas republicanas, aprovechando un permiso no regresó. Alcañiz, Zaragoza, León. Allí estuvimos hasta que liberaron Ladruñán. Entonces de aquí mandaron papeles con lo que cada uno era, hasta entonces de allí no salió nadie. En el campo había tantos prisioneros como indocumentados. Hasta que Franco no tenía referencias, que alguien no respondía por esa persona, no salía al frente ni a ninguna parte. De León a Lugo. En Transmisiones. Pedían voluntarios. No salía nadie. Unos porque no sabían lo que era, otros porque... Total, los que sabían leer y escribir a Transmisiones. Yo no sé más que mal firmar. De allí a Palencia, Carrión de los Condes, Morella, Castellón. Estuve en la 84 de Navarra, con García Valiño. García Valiño, el enterrador de Navarra, le llamaban. Castellón otra vez: Nules, Onda, Villa-Real, la Sierra del Espadán, la Sierra de Pàndols. Siempre en Transmisiones. Nos dijeron que íbamos a descansar a Andalucía. Pero nos tuvieron un día en Alcañiz y nos llevaron al Ebro. Y del Ebro al hospital: una erupción por todo el cuerpo, como si fuera sarna, que me dicen, pero a mí no me picaba. Habíamos bebido agua coloreada de sangre en el frente del Ebro. Estuve en ese colegio que hay en Corona de Aragón. Colegio Nacional Cervantes, me parece que ahora no está de colegio.

Era hospital de horas. En ese hospital conocí a uno de los que habían estado al principio en Cambriles, Luis Aguilar Capapé, secretario y practicante de Dos Torres. Estaba de guardia en ese cuartel por entonces. Luego fui a Tudela, y a Corella. Una cosa te voy a decir: en la zona nacional no hubo escasez de comida hasta que acabó la guerra. De allí a Cuéllar, en Segovia, veinte días. No quise ir voluntario a ninguna división. Cobrábamos dos reales diarios con los nacionales y dos pesetas con los italianos (los “flechas azules”). Los italianos, en cuanto se juntaban con españoles, ya no retrocedían más, como hicieron en Guadalajara. San Juan de Mozarrifar. Barcelona. Toledo. Valladolid. Todo esto con los italianos. Un pueblo de Albacete. Sabadell.

Nos sorprende su deambular por todos los frentes nacionales, aunque me parece que los va citando de manera desordenada.

-Entré en Cambriles pues porque la estructura ya estaba hecha. Se habían ido quienes la montaron, pero seguía funcionando. ¿La vida allí? De día, dormir; y, de noche, a buscar lo que hacía falta. Íbamos a por agua. La subíamos en garrafas de veinte litros. Hemos venido a por agua hasta el mismo barranco del Huergo (el barranco que baja de la Cueva del Convento y desciende hasta Ladruñán. No hay que confundirlo con la masía del mismo nombre, que ya ha nombrado Manuel hace un momento, cercana a Las Planas). Nadie sabía que había ese escondrijo. Sólo los que nos suministraban la comida. De conocerlo, nos habrían fusilao. Los primeros que la organizaron, ésos, si no se hubieran escondido, al final los habrían

matao. Aunque no creo que entonces fueran ya de Falange. Un hermano de José Azcón se quedó al chico de otro de Alcorisa que estuvo de los primeros en la cueva. Catorce años tenía el chico. Pues bien, lo asesinaron y quemaron el cadáver, entre Dos Torres y Cuevas. Algunos eran hacendados. Los de Alcañiz nos enseñaban a cantar. Tenían dos sacas de harina de reserva por si sitiaban la cueva; mientras quedara harina, a comer farinetas. Yo, mientras estuve, subía las garrafas de agua. Como era el más joven, me las cargaban y subía atao. De no llevar la carga, no necesitaba cuerda. Cuando cantábamos el “Cara al Sol”, que nos lo enseñaban los de Alcañiz abajo donde estaba el fondo de la gruta, en el botiquín, uno u otro se ponía afuera para vigilar si alguien nos oía.

-¿Sabe por qué llamaron Cambriles a la cueva?

-No. Era una contraseña.

Otra vez bajó a por pan hasta el mismo Mas del Topo.

-Isidoro Folch nos seguía suministrando. Luego, de la ermita proyectada a mí ya no me dijeron nada. Todo el mundo se desentendió. La planearon Vidal, los de Alcañiz, los de la Masía del Huergo, que eran ricos.

-Díganos algo más de la vida en la cueva.

-Ha sido siempre húmeda. El agua que se recogía con los alambres valía para fregar, porque para beber teníamos la que llenábamos el aljibe; rara era la noche que no se salía por agua, un par de bombonas, cuarenta litros de agua.

Los niños de Ladruñán aprenden el mito de Cambriles

Mari, la propietaria del Albergue de Crespol, me proporciona el trabajo escolar que la maestra Nuria Allué llevó a cabo sobre Cambriles durante el curso 1999-2000. Consta de tres hojas escritas a mano, con letra muy legible, y se titula, sencillamente, “La Cueva de Cambriles”. Lo abre una pequeña introducción que dice:

“Durante este curso, se decidió que íbamos a investigar un tema que nos interesara y que tuviera que ver con nuestro entorno más cercano. Después de votar se decidió que el proyecto a investigar giraría en torno a lo que pasó en la Cueva de Cambriles durante la Guerra Civil.

Para ello nos tuvimos que preguntar: ¿Qué queremos saber? ¿Cómo lo vamos a averiguar?”

A la pregunta “¿Cómo lo hemos averiguado?”, la respuesta es tan escueta como clara: “Preguntando a la gente mayor de Ladruñán”. Los niños aprenden que sus mayores pueden transmitir el conocimiento de una parte de su historia que la Historia silencia. Aunque puntualizan: “Las versiones con las que nos encontrábamos eran bastante contradictorias.”

La cueva, continúa diciendo el trabajo escolar, se encuentra subiendo a Los Morrones, encima de la Masía del Latonar, a 15 metros del suelo, al lado de unas buitreras.

¿Qué pasó?, se preguntan los niños. “La gente que no quería ir a la guerra se escondía ahí. Les DABAN

COMIDA y bebían normal. Quienes les iban a buscar alimentos eran pastores y gente que no iban a la guerra. ESTABAN ESCONDIDOS PORQUE TENÍAN MIEDO DE QUE LOS MATARAN. Los pastores con el ganado tapaban las huellas y los guardias nunca se enteraron que ahí había gente. Dicen que son más de 112 las personas que se salvaron gracias a la cueva.” ¡Bendita educación posmoderna, posdemocrática y posconstitucional! A estos niños se les imbuye la idea de que los topes de Cambriles eran cándidos objetores de conciencia avant la lettre. La guerra que se les describe es un sucedáneo de guerra, un conflicto sin buenos ni malos, un mal-en-sí, o acaso una falacia en la que los hombres se limitan a perseguirse y a matarse sin motivo. De aquí saldrán nuevas generaciones cuyo destino se me aparece incierto, como envuelto en una nebulosa de suave y sonoro celofán.

¿Cómo vivían?

“Dentro hicieron pisos con vigas para hacer plantas y habitaciones. El espacio estaba muy organizado porque en un sitio bastante pequeño convivían cuarenta personas de los pueblos de la zona.

Dentro hay un aljibe y un agujero como letrina.

Por la noche salían a escondidas y también les traían cosas que necesitaban y alimentos.”

El trabajo se cierra con una “Reflexión”:

“No he pretendido remover viejas heridas ni

reanimar viejas discusiones, sino rescatar del olvido historias humanas que han quedado en estos lugares. Mi pretensión ha sido más bien que las niñas preguntasen a sus mayores acerca de una guerra que vivieron sus abuelos y abuelas; recuperar un retazo de historia de mano de l@s que la vivieron y que siguen viv@s. ¿Quiénes nos la van a contar mejor que l@s que las vivieron?

Espero que este proyecto haya servido o sirva, como legado de esta tierra, a nuestra memoria. Para no olvidar. Y acaso también para imaginar cómo vivían nuestros abuelos y abuelas hace 70 años. Para atisbar a comprender cómo el día a día les condujo hacia una guerra entre gentes del mismo pueblo.

Gracias a tod@s l@s que nos han contado sus historias.

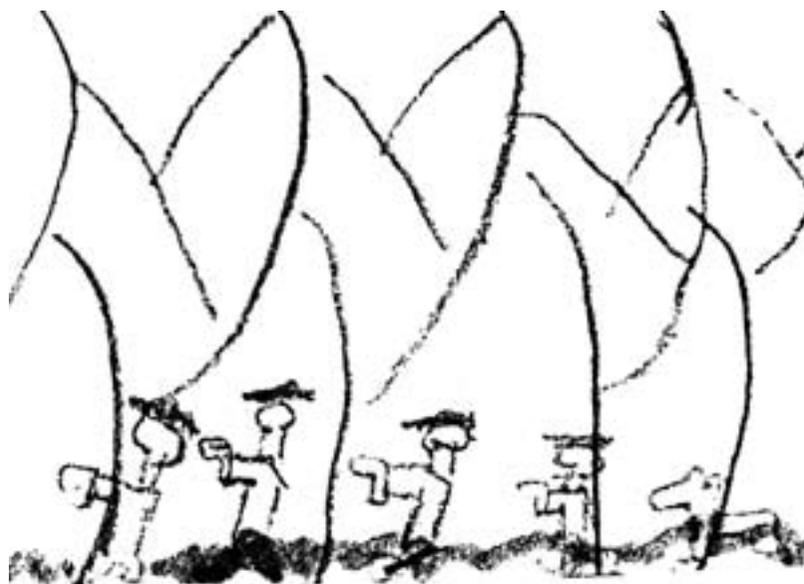
Niños, niñas y Maestra de Ladruñán.”

El trabajo consta de tres folios y está escrito a mano, con dos letras diferentes: la de la maestra, y la de un alumno (“¿Qué pasó?”). Es evidente que la

“Reflexión” pertenece enteramente a Nuria Allué, y supongo que la propuso a debate entre los niñ@s. Las @ son el único medio –actualizado, por cierto- que se me ha ocurrido para reproducir el extraño garabato, una especie de tosca estrella de David, con que la autora del trabajo ha pretendido una denominación de géneros políticamente integradora y correcta.

En cualquier caso, hay una cuestión que conviene resaltar: Cambriles perdura en la memoria de las gentes de Ladruñán, una docente se hace eco de esa permanencia, y se preocupa de transmitirla a los niños, bisnietos de quienes vivieron el conflicto entre hermanos.

En la última página, un dibujo que representa rocas escarpadas, la boca de la cueva poblada por cinco personajes, un rebaño al pie de la misma, y un grupo de pastores que parece llevar en sus manos provisiones para los enclaustrados. Un sol de expresión algo enfadada ilumina la escena. Y unas nubes que parecen ojos vigilantes.





Sello de la sociedad secreta La Caverna

El libro de actas de “La Caverna”

Estoy en un pequeño despacho del ayuntamiento de Mas de las Matas. Un empleado me muestra el libro de actas de la sociedad secreta La Caverna. Tiene instrucción expresa de que no se realicen fotocopias. Me paso la mañana llenando una libreta de notas, copiando fragmentos, anotando nombres y cifras, y hasta tratando de calcar, torpemente, el sello de la sociedad, con la esperanza de que mi hijo Aldo, que dibuja bien, sea capaz de reproducirlo con fidelidad a partir de mi garabato.

Dos años más tarde. Acabo de recibir en mi domicilio, proveniente del mismo ayuntamiento de Mas de las Matas, un sobre que contiene el libro de actas enteramente fotocopiado. La intervención del concejal Javier Díaz me parece que ha sido decisiva. Este lapso denota, en todo caso, cómo la Guerra Civil, y en concreto Cambriles, sigue levantando recelos, silencios y, por qué no, pasiones absurdas que no acierto a explicarme.

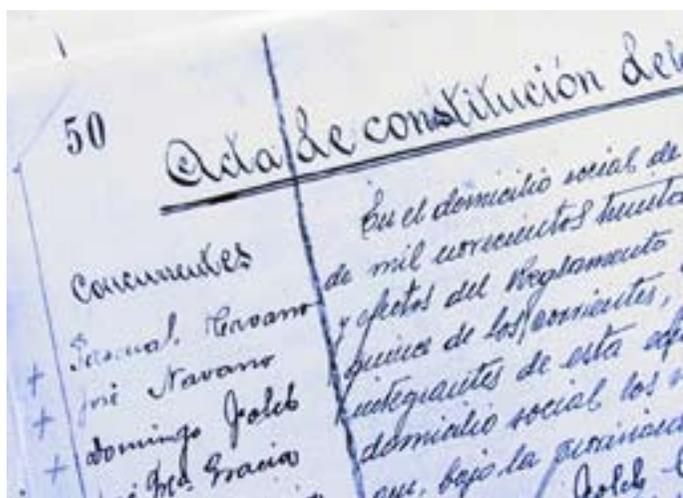
El cuaderno es un libro de actas de formato folio y tapas marrones que ostenta, en la parte superior de la tapa, un papelito blanco pegado que dice “Nº 7”. Aparecen arrancadas –cortadas a tijera o con una cuchilla de afeitar- las cuarenta y ocho primeras páginas, por lo que los textos de La Caverna dan comienzo en la que lleva la numeración 49. Las ocho actas que llegaron a redactarse ocupan hasta el folio 62. Sin duda el cuaderno proviene del ayuntamiento de Ladruñán o del de Dos Torres de Mercader, pues los secretarios de ambos pueblos integraban la sociedad

secreta y se hallaban en la cueva.

La página 49 ostenta el título de “Libro de Actas”, subrayado, escrito a mano con letra grande y primorosa. El acta que da comienzo en el folio 50 ocupa página y media. Está escrita por una letra diferente de las otras siete, más grande, fina e inclinada hacia la derecha. Las siete restantes pudieron ser escritas por José Navarro Guillén, que resultó elegido secretario de la sociedad en esta reunión inaugural. José Navarro debió de ser quien anotó los nombres de los 22 “concurrentes” a la misma, pues en este caso la letra coincide con la del resto de actas, así como el nombre de los tres cargos electos, que destacan con un trazo más grueso y oscuro que el resto del texto redactado. Los tres últimos concurrentes (Luis Royo, José Cortés y Julio Blasco) aparecen añadidos a la lista con otra tinta.

Es curioso anotar que este acta inaugural aparece firmada por los tres cargos electos: Vidal Royo Iranzo, como Presidente de la sociedad secreta; Domingo Folch Carbó, como Vicepresidente-Tesorero; y José Navarro Guillén, como Secretario; las tres firmas van acompañadas por el sello de la sociedad. Pero las siete actas restantes, aunque el secretario, como es de rigor, despida siempre el acta con la afirmación de “yo, el secretario, certifico”, aparecen sólo signadas por el presidente y el vicepresidente-tesorero, lo que da una idea de la situación fuertemente jerárquica que reinaba en la sociedad, y del poder que debían de ostentar ambos cargos.

Hay que resaltar también que el acta última presenta el título de “Asamblea general”, a la que asisten todos los socios, aunque sus nombres no figuran al margen, como por otra parte se indica en el redactado. Las otras seis son reuniones ordinarias o extraordinarias constituidas en exclusiva por los tres cargos electos, a saber, Folch y Navarro, presididos ambos por Vidal Royo. Ellos son quienes discuten y toman todas las decisiones. Sólo una sesión, la séptima, tendrá carácter extraordinario. Podemos imaginar que este modo de actuar, rígido y piramidal, era condición imprescindible para mantener el orden y la disciplina en el seno de la caverna.



El “Acta de Constitución de la Sociedad La Caverna” lleva fecha de 20 de abril de 1937, y tiene lugar “en el domicilio social de Cambriles”. El objetivo de la reunión es, en efecto, constituir una asociación que vele por el cumplimiento de un reglamento redactado previamente: “Para cumplimiento y efectos del Reglamento de esta sociedad de fecha quince de los corrientes, y previo aviso circulado a los integrantes de esta entidad, se reúnen en el precitado domicilio

social los sujetos que se expresan al margen, bajo la provisional presidencia del consocio Domingo Folch Carbó, el que declara abierto el acto y manifiesta ser su objeto la legal constitución de esta sociedad.”

Queda muy claro que Folch, además de descubridor de la cueva, es uno de los principales instigadores de la sociedad.

A continuación se procede a leer el reglamento a los socios, quienes lo aprueban por unanimidad “sin discusión alguna”, y juran cumplir y hacer cumplir “cada uno de los preceptos que en el mismo se contienen.”

Para elegir la junta, que se ha de componer de tres miembros, y siguiendo ya lo establecido por el reglamento, se procede a votar dos cargos entre los socios fundadores y uno entre los colaboradores. Es curiosa esta distinción, que indica la presencia de una elite de trece miembros, entre los que se cuentan los únicos universitarios de La Caverna, como veremos luego. Llama también la atención que no todos los socios fundadores que figuran como tales en otro apartado del libro de actas estaban presentes en esta primera reunión, por no haberse instalado todavía en la cueva. Pero, al no haber anotado, junto a todos los nombres de los socios, las fechas de ingreso en Cambriles, no resulta fácil dirimir esta cuestión. Me aventuro a decir, no obstante, que los socios fundadores presentes en la constitución de la junta eran tan sólo Domingo Folch Carbó, Vidal Royo Iranzo, Aniceto Brea Royo, Fernando Bel Conchello, Adolfo Torres Vinaja, Luis Aguilar Capapé y Teodoro Monforte Aguilar. El resto, hasta veintidós, son socios colaboradores: Pascual Navarro

Guillén, José Navarro Guillén, José María Gracia Guillén, Manuel Gracia, Manuel López Aguilar, Fidel Ayora Carceller, Manuel Vallés Dalmau, Manuel Vallés Perales, Luis Bel Conchello, Manuel Bel Conchello, José Bel Conchello, Isaac Repullés, Luis Royo Azcón, José Cortés Bonet y Julio Blasco Sancho. Estos tres últimos ingresaron en Cambriles el 25 de julio de 1937, por lo que no estaban presentes en la reunión inaugural, lo que explica que fueran añadidos con posterioridad a la lista de presentes. Estamos pues ante un acta aprobada por un procedimiento que podríamos denominar de “unanimidad retroactiva”.

Entre los asistentes a la reunión constitutiva aparece un Manuel Gracia, que no figura en ninguna de las dos listas de socios del libro de actas. Se trata sin duda de José Gracia Monforte, que aparece en la de colaboradores con fecha de ingreso en la cueva de 16 de enero de 1937.

Cada grupo se reúne por separado y resultan elegidos los tres socios ya mencionados, quienes no sólo juran cumplir las funciones a las que les obliga el reglamento, sino ser acreedores de las sanciones que, de no hacerlo así, les imponga “la junta de socios de su respectiva calidad y superior”. Aparece así doblemente comprometido José Navarro, que realizará la labor de secretario perteneciendo al grupo de los “colaboradores”. A Vidal Royo y a Domingo Folch ignoro qué “calidad superior” les podía sancionar.

La asamblea termina con una exhortación, por parte de la nueva junta, a la “cordura y comprensión dentro de los límites del Reglamento”, y con la

constatación de que todos los refugiados viven momentos difíciles.

La primera sesión ordinaria de la recién estrenada junta tiene lugar al día siguiente, exactamente a las trece horas, y “en el local señalado”, es decir, en la cueva de Cambriles. El acta ocupa los folios 51 y 52. La Presidencia manifiesta la necesidad de organizar los servicios, “pues aún cuando ha observado que hasta la fecha todo individuo ha contribuido con arreglo a sus fuerzas, sin regateo de ninguna clase, ve que de día en día las obligaciones a realizar son mayores, pudiéndose además por la Junta el tener que evitarse ver molestado algún socio, al sospechar que se le ordenaban servicios por simple capricho.” Para confeccionar la relación de servicios, pues, se tendrán en consideración “las ocupaciones habituales a que ha venido ocupándose [cada uno] hasta su llegada a este domicilio, y demás circunstancias que le han sido observadas.”

Así, Vidal Royo parece haber realizado un estudio de cada individuo, tanto de sus habilidades como de su actitud en general o de sus inclinaciones. No obstante, insta a la junta a que “examine con toda minuciosidad la relación que presenta, para en su caso hacer las enmiendas que crean [sic] oportunas.” Los dos vocales aprueban el trabajo de Vidal Royo “por unanimidad.”

Una copia de la lista de servicios será fijada “en el salón más indicado del local.”

Se acuerda asimismo redactar una circular en la que se exhorte a cada socio a que “sin miramiento de ninguna clase exponga a la Junta directiva cuantas quejas tenga por conveniente, así como de cuantas



El Guadalope y la Central del Maestrazgo

mejoras o servicios puedan de nuevo realizarse, siempre como es lógico en bien de la Sociedad.”

El sello tiene forma de rombo apaisado, con una ancha franja en la que puede leerse, con letras mayúsculas, en la parte superior, “SDAD SCTA [ambas abreviaturas subrayadas] LA CAVERNA”, y en la inferior, LADRUÑAN. En el centro de la cenefa, el símbolo falangista del yugo y tan sólo tres flechas cruzadas. Sabido es que el emblema se compone siempre de cinco.

En la página 53 del cuaderno da comienzo la siguiente acta. Sesión ordinaria de la junta directiva, en el domicilio social de Cambriles, a veintiuno de mayo de mil novecientos treinta y siete, siendo las quince horas. Vidal Royo da por abierta la sesión, dada la presencia de “la totalidad de componentes de la Directiva”. Aprueban el acta de la reunión correspondiente al mes anterior.

La sociedad anda escasa de papel y de tinta, por lo que, a propuesta de la Presidencia, “y para que pueda llevarse con puntualidad la redacción del Diario en Cambriles, se acuerda facilitarle al encargado de ello cuanto material crea necesario y exista en el domicilio; quedando autorizada la presidencia para su compra cuando se carezca de él.” Este hecho da noticia de la precariedad de medios, y del aprovechamiento de los escasos disponibles. En adelante, ninguna hoja merecería otro destino que el de servir para establecer los servicios. Es de suponer, además, que ningún recluido mantenía correspondencia, por razones de seguridad, con sus familiares.

Se deja constancia, a continuación, del final de la construcción del aljibe. Ahora toca llenarlo de agua.

Para esta tarea, se establecerán turnos extraordinarios, al margen de los acordados en la sesión anterior por Vidal Royo. Es decir que, sin que sirva de precedente, podrá adjudicarse dicha tarea a socios que no la tienen atribuida hasta ese momento, hecho que se justifica “toda vez que de todos es conocida la urgencia, por si se diese el caso de descubrirse nuestro albergue, además de que teniendo lleno el depósito, no precisa para atender a las necesidades el tener que salir fuera cuando por consecuencia de lluvia se encuentra en malas condiciones el camino.”

Hasta ese momento, pues, los hombres de Cambriles habían consumido el agua que aportaban las garrafas o las que recogían con los hilos de alambre desde la techumbre de la propia cueva. La fuerte pendiente que conduce a la pared rocosa donde se halla la boca de la caverna explica las dificultades para transitar fuera de ella en los días de lluvia.

Algunos topos no debían de resistir la tentación de asomarse al precipicio en horas diurnas, impulsados por el aburrimiento. Corrían el peligro de ser vistos desde alguno de los bancales y huertas que jalonaban la cuenca del Guadalope. Se impone, así, como medida preventiva, colocar un límite de paso “en la boquera” que en ningún caso, en adelante, podrá ser superado, y que consistirá en “un asta de madera”.

El Presidente ha observado cierta desgana, cierto “desinterés”, a la hora de efectuar algunos servicios. Propone que, cada mañana, se ofrezca “un pequeño refrigerio”, y que se procure mejorar “la calidad y abundancia” de las comidas. Ambos propósitos son posibles, “puesto que la situación de la Sociedad está para ello en condiciones”. Se trata además, de

acabar con “la falta de fuerza que se notan [sic] a los socios cuando salen de este domicilio”. El Presidente ha tenido conocimiento de ciertas conversaciones llevadas en secreto en las que algunos miembros de la sociedad se quejan del empeoramiento reciente de las comidas, por lo que desea “a todo trance la desaparición de estos rumores”.

Se observa así un deseo de Vidal Royo de atajar desde la raíz misma cualquier protesta que pudiese dar lugar a enfrentamientos o incluso a algún motín por parte de los socios. El cocinero va a ver aumentado su trabajo, por lo que se le asigna un ayudante, el apodado “Quintín” (se trata de Manuel, el mayor de los cuatro hermanos Bel Conchello, alojados todos en la cueva, y que es socio colaborador de La Caverna).

Con el fin de preservar las garrafas que se utilizan para la traída del agua, los miembros de la junta deciden protegerlas por medio de un “embalaje de tabletas”. Será Vidal el encargado de organizar dicho trabajo; se le autoriza a proveerse del material que considere necesario.

“Acto continuo”, como reza textualmente el acta, sobreviene una de las anotaciones más pintorescas de las actas de La Caverna. Conocemos ya las condiciones precarias en que debía de desarrollarse la vida en el interior de la cueva. Sus dificultades de acceso. La visibilidad que ofrece “la boquera” desde cualquier punto del río Guadalupe, desde el barrio de La Algecira hasta la Masía del Latonar. Los motivos aparentes que han inducido a sus habitantes a buscar refugio en ella, durante meses –no tienen la certeza de cuántos van a ser-, hasta conseguir cruzar las líneas

republicanas para adentrarse en las filas amigas. Pues bien, a pesar de todo ello, los días festivos, aun en esas duras condiciones, revisten algo extraordinario, como muestra lo que a continuación expone el Presidente de la junta: “el ser su deseo de que para poder obsequiar a nuestros visitantes en los días festivos, se hagan “churros” [sic], por el encargado de la cocina.”

Me viene a la mente una y otra vez, cuando leo este fragmento del acta del 25 de mayo de 1937, las palabras del cura Conesa, glosando Cambriles como baluarte, prestigio y embrujo del Maestrazgo, por encima de Cabrera, de Cantavieja, del castillo templario de Castellote, y del queso de Tronchón que mencionara Cervantes en el Quijote. En ese reducto de fanáticos atemorizados, a escasos kilómetros de las colectividades anarquistas, se recibían visitas los domingos y se comía churros. Y entonces me acuerdo de lo que siempre sostuvo en privado mi madre, una joven nacida en 1917, residente en la Central del Maestrazgo o del Cantalar, y que emigraría a Zaragoza unos años después de acabada la guerra. A mi madre, como a alguna de sus hermanas, los falangistas de Ladruñán la perseguían, en la primera posguerra, para obligarla a saludar, brazo en alto, la bandera rojigualda. A mi madre, como a alguna de sus hermanas, la amenazarán, como si de un simple juego perverso se tratara, con el paredón o el rapado de cabeza. También al alcalde republicano que impidió que se quemara la iglesia lo quiso fusilar, dicen, Aniceto Brea. Pues bien, mi madre, que enterró al pie de un árbol (nunca he conseguido recordar si se trataba de un nogal o de una higuera) un pañuelito con la bandera republicana y la aragonesa estampadas,

bien protegido para que no resultara dañado por la humedad (aún lo conservo), mi madre, digo, siempre sostuvo que en Ladruñán, durante la guerra, casi todo el mundo sabía que en Cambriles había hombres escondidos. Ellos han insistido, y siguen sosteniendo los escasos supervivientes entrevistados, que no era así. Pero el caso es que recibían visitas los domingos, como si en vez de en una cueva sumergida en la roca y oscura, con la boca expuesta a la vista de cualquiera, estuviesen en una residencia de ancianos cuidada por monjas. Y que les daban churros. Eso es, en todo caso, lo que puede leerse en el acta de la sociedad secreta La Caverna de 25 de mayo de 1937. Ellos lo dejaron escrito.

Se acuerda a continuación la adquisición de un sello con la inscripción “Sociedad secreta de la Caverna = Cambriles”. Es de suponer que este sello, que ignoro si llegó a existir, debería de haber sustituido al que conocemos por las actas. No aclaran si lo que les llevó a planear un nuevo sello fue el menguado haz de flechas que adornaba el primero. Su destino sería “estamparlo en cuantos documentos oficiales autorice la Junta directiva.” Ahora bien, a continuación los tres socios reunidos “en vista de no ser posible el poder adquirir el sello en una casa comercial, por tener el carácter de secreta esta Sociedad”, acuerdan que sea Aniceto Brea (¿“Quingoci” o “Ringoci”?) el que lo fabrique “del material que a su juicio sea más sencillo, salvo la inscripción que será la acordada”.

La junta ha observado el interés de muchos socios por disponer de una bandera “de los colores roja y gualda [sic]” para ser colocada en el exterior de la cueva “el día de nuestra salida o darle el destino

que en fechas posteriores lo aconsejen”. Siempre complaciente, se acuerda facilitar su “construcción”, habilitando la Presidencia para dicho fin “cuantos medios crea necesario” provenientes de los fondos de la Sociedad.

El acta finaliza en la página 56, y es la más larga de las que se llegaron a escribir. La reunión había durado dos horas.

La siguiente reunión tiene lugar el 21 de junio, a las ocho de la tarde. El acta, esta vez muy breve, ocupa casi toda la página 56. Se limita a informar del ingreso en la cueva, la víspera, de Francisco Herrero Ramia, “Calderero o Calderón”, el cual, “ante la persecución de que ha sido objeto por parte de los de la C.N.T. de su pueblo, se ha visto en la necesidad de acogerse en este domicilio.”

Francisco Herrero Ramia provenía de Cuevas de Cañart, localidad próxima a Ladruñán que había sido colectivizada. Su hermano Manuel, alias “Balija”, era el cartero de Cuevas, de Ladruñán, de Santolea, de Dos Torres de Mercader y de algunos barrios y masías de la zona. Y uno de quienes suministraban alimentos a los refugiados de Cambriles. En el listado de Socios colaboradores, a Francisco se le atribuye el oficio de “comerciante” y la edad de 44 años. Su fecha de ingreso en Cambriles, en dicho listado, es la de 23 de junio, dos días más tarde de la indicada en el Acta. Los hermanos Herrero Ramia aparecen citados en las “Cuentas de los Socios”, sin más anotación que la de su nombre. En el acta, en cambio, se dice que Francisco quedará inscrito “en el registro correspondiente bajo el número diecisiete”. No conocemos el documento a que se hace referencia.



Fuga en la bruma



La fuga por el altiplano turolense

La vida debía de discurrir en Cambriles, durante ese verano de 1937, con bastante calma, como lo prueba el hecho de que ya no se llegara a reunir la junta en nueva sesión ordinaria: las cuatro actas restantes corresponden a tres reuniones extraordinarias y a una asamblea general.

La primera de esas tres reuniones extraordinarias corresponde al día 19 de julio de 1937, cuando hace un año que ha estallado la guerra, efemérides de la que dicha acta no se hace eco. Los tres miembros de la junta comienzan a debatir a las siete de la tarde. El motivo es similar al que motivó la reunión del mes anterior: el ingreso de unos nuevos socios, esta vez a propuesta del socio fundador Antonio Azcón Buñuel, alias “Su Alteza”. Tres son los nombres propuestos, todos provenientes de Mas de las Matas: Julio Blasco Sancho, Luis Royo Azcón y, por último, José Cortés Virgos (en la lista de Socios colaboradores, aparece Bonet como su segundo apellido), futuro alcalde de Mas y, según el cura Conesa, uno de los que pagó la figura de la Virgen que compraron en Zaragoza. Los dos primeros son labradores y el tercero comerciante. Sus nombres de guerra respectivos contienen enormes dosis expresivas, que excluyen por sí mismas cualquier comentario: “Cabrera”, “Viriato” y “Pelayo”.

Los tres, desde agosto de 1936, “se hallan ocultos en sus respectivos domicilios, ya que fueron perseguidos por la Investigación del referido pueblo, evitando con ello su fusilamiento, como sucedió con otros compañeros.” La Junta, no obstante, parece haber tomado algún género de precauciones: “En vista de cuantos informes ha podido adquirir para comprobar cuanto ha manifestado el proponente Sr. Azcón, acuerda por unanimidad sean admitidos en

esta Sociedad en concepto de socios.”

Los “grupos de investigación” de las columnas anarquistas catalanas, o formados por habitantes de los propios pueblos donde se llevaba a cabo, funcionaron con intensidad desde el comienzo de la guerra hasta noviembre de 1936 (en octubre se había constituido el Consejo de Aragón, y en enero del 37 lo hará el Tribunal Popular, con sede en Caspe). Poco a poco, no sin dificultades, como analiza José Luis Ledesma Vera en su libro *Los días de llamas de la revolución*, el nuevo poder, aún controlado por la CNT fue haciendo desaparecer los temidos “coches de la muerte”, y los grupos mencionados, por organismos “centralizados y dependientes del Consejo”.

Ingresan en Cambriles el 25 de julio de 1937. Como ya dije anteriormente, sus nombres fueron añadidos a la lista de asistentes a la reunión fundacional de la sociedad secreta, un gesto que no se tuvo en otros casos. El acta ocupa la página 57 del cuaderno.

La página 58 está ocupada por la reunión extraordinaria que tuvo lugar, a las ocho de la tarde, el 13 de agosto de 1937. El joven Aurelio Folch Carbó, alias “Fulvor”, que cuenta veinte años, cuatro menos que su hermano Domingo, labrador como él, ingresa en la cueva por “no estar conforme en prestar sus servicios militares en la España roja, debido a su posición rotunda de luchar en contra de los nacionalistas a cuyo partido es afecto, a pesar de tener su residencia en territorio opuesto [Ladruñán].” El compañero Aurelio, como se le llama en el acta, no necesita de informes especiales, pues “ha contribuido en gran manera hasta la fecha a la provisión de

viveres, y ello motivó que figurase ya inscrito en esta Sociedad como socio [fundador] desde la fecha de la constitución.”

Recordemos también que el padre de los Folch Carbó, Isidoro Folch Castel, alias “Farol”, era también proveedor de Cambriles y socio fundador de la Sociedad.

“Esta Junta hace constar en acta su satisfacción por lo actualmente realizado por nuestro compañero de no presentarse a filas, en el día de hoy, quedando como es su deseo el autorizar quede internado en el domicilio social, para evitar su captura que seguramente se llevaría a efecto si residiese dentro del territorio rojo”, concluyen los tres dirigentes.

La última acta extraordinaria corresponde al día 17 de septiembre de 1937 y ocupa la página 59 y la mitad de la página 60 del cuaderno. La reunión tiene lugar a las once de la noche. Una hora antes, se ha presentado en la cueva Victoriano Barberán Carceller, alias “Torcuato”, un labrador de Ladruñán

que cuenta 28 años. Perteneciente al reemplazo del 30, Victoriano ha decidido desertar. El acta cuenta con cierto detalle los avatares de su decisión: “Se presentó a la Caja de Reclutas de Alcañiz, hoy, haciéndose su anotación correspondiente, acordándole diez pesetas en concepto de plus, y quedar enterado por los jefes de que podía ir a cuando [sic] lo creyese conveniente, hasta las diez del día diez y ocho del actual, hora en que forzosamente había de quedarse en el Cuartel. Una vez Torcuato en el exterior del edificio de la Caja, pensó que todavía podía excusarse de presentarse al día siguiente: evitándose de sostener la lucha en contra de los españoles nacionalistas, empleando el procedimiento de refugiarse en Cambriles, todo lo cual lo realizó evadiéndose de Alcañiz, seguidamente trasladándose a este domicilio, en donde quizá no pueda ser capturado por las milicias rojas.”

La Junta tiene en cuenta, a la hora de admitirlo, los “antecedentes derechistas del interesado”, y la presentación, por su parte, del “recibo de ingreso” en la Caja de Reclutas de Alcañiz.



Crespol

Los primeros refugiados

Sin duda es hora de hacer recuento del número de integrantes de Cambriles en la fecha en que, en Asamblea general, el dieciocho de septiembre de 1937, a las once de la noche, deciden abandonar la cueva y pasar a la zona nacional sirviéndose de los enlaces que han logrado establecer sus colaboradores en el exterior.

He intentado reconstruir la lista de los mismos a partir de los datos contenidos en el libro de actas, completando sus nombres con los escasos datos que me ha sido posible reunir a partir de los informantes.

Refugiados presentes el 20 de abril de 1937, día en que se constituyó la sociedad secreta La Caverna (las fechas consignadas corresponden al ingreso en Cambriles):

24 de noviembre de 1936:

·Pascual Navarro Guillén, alias “Xandaró”. 27 años. Labrador de Alcorisa. Socio colaborador.

·José Navarro Guillén, alias “Sanguiels”. 23 años. Hermano del anterior y labrador en Alcorisa como él. Socio colaborador.

Los hermanos Navarro eran sobrinos de Sebastián Gil Félez, por parte de su mujer, que provenía de Alcorisa. Sebastián era socio colaborador, labrador residente en Santolea, y suegro de Fernando Bel Conchello, veterinario de esta misma localidad. El padre de los hermanos Navarro había muerto de un infarto al ser detenido en Alcorisa junto con sus

hijos. Impresionados por el desenlace del arresto, sus captores los dejaron en libertad. Los dos hermanos se fueron hasta Santolea buscando el auxilio de su tío, quien los puso en contacto con Domingo Folch. Antes de entrar en la cueva, vivieron escondidos en un masico de la partida del Planazo, entre Santolea y La Algecira. Domingo les proporcionó suministros hasta que él mismo buscó refugio en la caverna.

7 de diciembre de 1936:

·Domingo Folch Carbó, alias “Zúñiga”. 24 años: Labrador de Ladruñán, de la masía llamada El Higueral. Fue quien descubrió la cueva de Cambriles en una fecha difícil de determinar. Socio fundador.

16 de enero de 1937:

·José Gracia Monforte, alias “Perdigón”. 48 años. Labrador de Dos Torres de Mercader. Socio colaborador (en el acta de constitución figura con el nombre de Manuel). Posteriormente sería asesinado por la guerrilla, “a golpes de azuela” en la cabeza. Esta ejecución estuvo relacionada con la presunta complicidad de la familia Gracia en el incendio de la masía de Castellote conocida como Val de la Bona, de la que provenía el guerrillero Francisco Serrano Iranzo, alias “Francisco” o “Rubio”, compañero de andanzas de “la Pastora”.

·José María Gracia Guillén, alias “Chispita”. 19 años. Hijo del anterior. También labrador. Socio colaborador.

·Manuel López Aguilar, alias “Crispín”. 20 años. Estudiante de magisterio. Proveniente de Estercuel, aunque residente en Dos Torres. Después de la guerra fue maestro en este mismo pueblo. Socio colaborador.

28 de enero de 1937:

Vidal Royo Iranzo, alias “Safari”. 32 años. Contra maestre. Proveniente de las fábricas de lana de Villarluengo. Residente en Ladruñán, en una casa de la Plaza, junto a la Iglesia. Es probable que trabajara en las hilaturas de la Ponseca, de este pueblo, donde, antes de la guerra, se fabricaban mantas. Marchó a Barcelona al finalizar el conflicto. Socio fundador.

31 de enero de 1937:

·Aniceto Brea Royo, alias “Quingoci” o “Ringoci”. 45 años. Habilitado como secretario del ayuntamiento de Ladruñán. Había estado en Cuba, aunque, según algunas voces, “no le aprovechó demasiado el dinero que allí ganó”. Emparentado con Vidal Royo Iranzo (¿primos?) y, según un hijo de Domingo Folch Carbó, mecánico en Mas de las Matas, “abuelo de un primo” suyo. Socio fundador.

28 de febrero de 1937:

·Fidel Ayora Carceller, alias “Palomita”. 21 años: Labrador de Tronchón. Después de la guerra se enfrentó, con éxito, a un ataque que la guerrilla perpetró contra su masía. Socio colaborador.

29 de marzo de 1937:

·Manuel Vallés Perales, alias “Heraclio”. 28 años. Labrador de Mirambel. Socio colaborador.

31 de marzo de 1937:

·Manuel Vallés Dalmau, alias “Fournier”. 64 años. Labrador de Mirambel, padre del anterior. Socio colaborador.

3 de abril de 1937:

·Luis Bel Conchello, alias “Éter”. 22 años. Estudiante de Medicina. De Fórnoles. Después de la guerra fue médico en El Forcall. Socio colaborador.

·José Bel Conchello, alias “Lamparillas”. 20 años. Panadero de Fórnoles. Socio colaborador.

·Manuel Bel Conchello, alias “Quintín”. 26 años. Labrador de Fórnoles. Socio colaborador.

·Fernando Bel Conchello, alias “Cascabel”. 24 años. Veterinario de Santolea, proveniente de Fórnoles. Acabada la guerra siguió ejerciendo como veterinario en alguna otra localidad turolense, como Santa Eulalia. Socio fundador.

12 de abril de 1937:

·Isaac Repullés Repullés, alias “Bolita”. 37 años. De Mirambel. Secretario de ayuntamiento. Socio colaborador.

No figura fecha de ingreso:

·Luis Aguilar Capapé, alias “Candelas”. Secretario del ayuntamiento de Dos Torres de Mercader, y practicante. Según algunos testimonios, fue el encargado de redactar el reglamento de la sociedad, e incluso las actas de las reuniones, es de suponer que al dictado del secretario de la misma, José Navarro Guillén. Había sido seminarista en el Convento del Olivar. En opinión de Domingo Folch Carbó, “era más listo que el hambre”. Socio fundador.

·Teodoro Monforte Aguilar, alias “Clavel”. Carpintero de Dos Torres de Mercader. Emparentado con el anterior y con Manuel Gracia Monforte. Socio fundador.

·Adolfo Torres Vinaja, alias “Caralampio”. Médico de Santolea. Socio fundador. Según algunos testimonios recogidos, Adolfo Torres tan sólo subía a la cueva si había algún socio enfermo. Ese grado de colaboración hizo que fuera incluido en la lista de asistentes a la asamblea de constitución de la sociedad secreta La Caverna. Torres Vinaja poseía el único coche de Santolea.

En fechas posteriores, los ingresos fueron los siguientes:

23 de junio de 1937:

·Francisco Herrero Ramia, alias “Calderón o Calderero”. 44 años. Comerciante de Cuevas de Cañart. Socio colaborador.

25 de julio de 1937:

·Julio Blasco Sancho, alias “Cabrera”. 31 años. Labrador de Mas de las Matas. Socio colaborador.

·José Cortés Virgos, alias “Pelayo”. 29 años. Comerciante y futuro alcalde de Mas de las Matas. Socio colaborador.

·Luis Royo Azcón, alias “Viriato”. 24 años. Labrador de Mas de las Matas y cuñado de José Cortés Virgós. Socio colaborador. Tenía un hermano médico que militaba en Falange Española. Según algún entrevistado, podía ser por ello uno de los elementos más politizados de Cambriles. Su hermana Felisa Royo era la esposa de José Cortés Virgos. Fue muy comentado su embarazo mientras su marido se hallaba oficialmente movilizad o lejos de Mas de las

Matas. En realidad se escondía en su propio domicilio o en algún lugar cercano esperando poder ingresar en Cambriles.

13 de agosto de 1937:

·Aurelio Folch Carbó, alias “Fulvor”. 20 años. Labrador de Ladruñán. Hermano de Domingo Folch Carbó. Acabada la guerra, fue policía. Reside actualmente en Castellón. Socio fundador.

17 de septiembre de 1937:

·Victoriano Barberán Carceller, alias “Torcuato”. 28 años. Labrador de Ladruñán. Yerno de Aniceto Brea. Socio fundador.



La casa del médico de Santolea

Así pues, eran (sin tener en cuenta al médico de Santolea, Adolfo Torres) 24 los refugiados presentes en Cambriles en el momento en que toman la decisión de abandonar la cueva, el 18 de septiembre de 1937. Los más antiguos llevaban en ella casi diez meses. El más reciente, un día. El “Himno a la Cueva” habla de 22 escondidos, y ésta es también la cifra que proporcionaron a la prensa zaragozana. Cabe la posibilidad, pues, de que dos de ellos no estuvieran ya en la cueva aquel 18 de septiembre, o que nunca llegaron a personarse en ella. ¿Quiénes?



La Peña del Cuchillo, sobre Ladruñán

Socios y colaboradores

Pero hay más nombres en las listas de la sociedad secreta La Caverna, aunque no llegaron a ingresar en la cueva. Comenzaré por los incluidos en la lista de “socios fundadores”.

Entre ellos, figura en primer lugar Isidoro Folch Castel, padre de Domingo y de Aurelio. Su nombre de guerra era “Farol”, y quizá no le resultara inapropiado a juzgar por la tenacidad y el arrojo que debía de poseer, y de la que ya he dado al menos un ejemplo al mencionar su manera de resolver el descubrimiento de la cueva por parte de un pastor. Contaba 48 años en 1937 y era, como sus hijos, labrador. Proporcionaba suministros a los topes de Cambriles.

En la misma lista de “socios fundadores” figura Feliciano Barberán Carceller, hermano de Victoriano, el último ingresado antes de la gran evasión. Su alias, “Sandalio”; contaba 21 años y era labrador, como su hermano, en Ladruñán.

El tercero de esta lista es Sebastián Gil Félez, alias “Montgonfiel”, labrador de 41 años, proveniente de Santolea, y suegro de Fernando Bel Conchello. Sin duda se interesó por contribuir a la buena suerte de su yerno veterinario, y de sus hermanos, todos ellos fugitivos de la República.

El cuarto y último es Antonio Azcón Buñuel, alias “Su alteza”, labrador rico. Fue quien propuso la entrada en la cueva de tres nuevos “socios colaboradores” (“Cabrera”, “Pelayo” y “Viriato”), tal como figura en el acta extraordinaria correspondiente al día 19 de

julio de 1937. Probablemente estaba emparentado con Luis Royo Azcón, “Viriato”.

Si nos detenemos en la lista de “socios colaboradores”, los nombres a tener en cuenta son más numerosos (los anoto en el orden en que aparecen en el libro de actas):

·Juan Aznar Aznar, alias “Jota”. 41 años. Labrador de Ladruñán. Hermano de Pascual Aznar Aznar.

·José Aguilar Portolés, alias “Quijote”. 27 años. Labrador. Probablemente emparentado con Manuel López Aguilar y Teodoro Monforte Aguilar, de Dos Torres de Mercader.

·Aurelio Sancho Margelí, alias “Merengue”. Confitero. Probablemente emparentado con Julio Blasco Sancho, de Mas de las Matas.

·José Abril Abril, alias “Trifinus”. También conocido como “el Montero de Cuevas”. Guarda forestal de la zona.

·Pascual Aznar Aznar, alias “Cascarillas”. Labrador. Padre de nuestro informante Ramón Aznar Martí. Vivía en la masía El Topo, de Ladruñán. Suministraba alimentos (pan, entre otras cosas) a Cambriles, y servía de enlace de los fugados hasta La Cañadilla.

·Joaquín Jarque Castel, alias “Nuez”. 44 años. Labrador.

·Vicente Salesa Salesa, alias “Tedas”. Labrador de Cuevas de Cañart. Proveniente de la que en

ese pueblo se conocía como Casa Grande, un edificio situado en su Plaza Mayor que hoy ha sido transformado en el apart-hotel y restaurante Don Iñigo de Aragón por obra de Francisco Herrero, hijo de Manuel Herrero Ramia, alias “Balija”, cartero y colaborador de Cambriles, y sobrino de Francisco Herrero Ramia, alias “Calderón” o “Calderero”, que ingresó en la cueva el 23 de junio de 1937, como ya he relatado.

·Manuel Herrero Ramia, alias “Balija”, que acabo de mencionar.

·Manuel Aznar Buj, alias “Colom”. Labrador. Probablemente emparentado con los Aznar Aznar de Ladruñán.

·Enrique Clemente Pascual, alias “Cienfuegos”. Labrador.

39 son pues los nombres que llena el llamado “Libro registro de Socios”, que se extiende entre las páginas 175 y 179 del libro de actas. Las páginas 180 y 181 aparecen encabezadas por un título enigmático: “Socios de número”. Tanto más enigmático cuanto que no aparece ningún nombre inscrito. Los apartados son los mismos que en las listas anteriores: “Nombre y apellidos”, “Pseudónimo”, “Edad”, “Profesión”, “Fecha de ingreso en la sociedad”, “Fecha de ingreso en Cambriles”, “Fecha de la baja”, “Causas que motivan la baja” y “Observaciones”. Tanto en el caso de la lista de “Socios fundadores” como en la de “Socios colaboradores”, los únicos que aparecen cumplimentados –con las lagunas que han quedado reflejadas- son los correspondientes a “Nombre y apellidos”, “Pseudónimo”, “Edad”, “Profesión” y “Fecha de ingreso en Cambriles”.

Socios de número: la idea es suficiente. La Caverna debía de ser una asociación fuertemente jerarquizada. El número es el escalafón más bajo en el soldado, en la guardia civil, y, por qué no recordarlo, hasta en el Opus Dei, aunque no reciba ese nombre. Clase de tropa. No tuvieron tiempo de desarrollar esa categoría. ¿Qué tipo de hombres respondían a ella en la mente de los creadores de Cambriles?

Hombres. En Cambriles sólo hay hombres. Ni siquiera figura la mujer de Fidel Ayora como “socia colaboradora”, a pesar de que, si damos crédito al cura Conesa, ejerció labores de apoyo y de suministro, con harto sacrificio por su parte, y hasta con riesgo de su propia vida. No merecía ese trato. Cabe otra pregunta: ¿formaban parte las mujeres de esas visitas festivas obsequiadas con churros por parte de los encerrados?

Las mujeres fueron en muchas ocasiones espectadoras de la represión que se ejerció en ambos bandos durante nuestra guerra civil. Los hombres mataban, los hombres morían. Ellas veían morir a sus maridos, a sus hijos o a sus padres como contemplaban las llamas en las que ardían los símbolos religiosos arrebatados a las iglesias, o los templos mismos: en silencio. Proseguían, en lo más hondo de los hogares teñidos de lágrimas, la dura labor cotidiana, los trabajos que mantenían en pie a las familias. Y muchos de los casos en los que sufrieron de manera directa la represión, lo fue no tanto por sí mismas, por sus supuestos delitos o por sus posicionamientos políticos, cuanto por los que se atribuían a sus padres, a sus maridos o a sus hermanos, que permanecían escondidos, huidos, o alistados en el bando enemigo.

En cuanto al perfil profesional de los integrantes de Cambriles, en nada difiere de los estudiados por José Luis Ledesma en el libro ya mencionado, aun cuando su investigación abarque las comarcas de la retaguardia republicana de Zaragoza. Trece de los veinticinco hombres declaran ser labradores. Este término sirve para clasificar tanto a pequeños propietarios de la tierra como a jornaleros. A pequeños propietarios que necesitaran alquilarse como jornaleros de vez en cuando, o a jornaleros que poseyeran cuatro palmos de tierra. Las personas con las que hemos hablado se muestran de acuerdo en decir que en Cambriles no había ningún propietario verdaderamente rico. Se les perseguía no sólo en tanto que representantes de una clase social elevada, sino por ser, simplemente, de derechas, o por haber apoyado el levantamiento militar del 18 de julio en sus pueblos. En cuanto a los jornaleros con poca tierra o sin ella, eran víctimas de la ancestral fidelidad al amo que les daba protección o trabajo, aunque a cambio les obligara a votar a los partidos de derecha o a asistir a misa los domingos y fiestas de guardar.

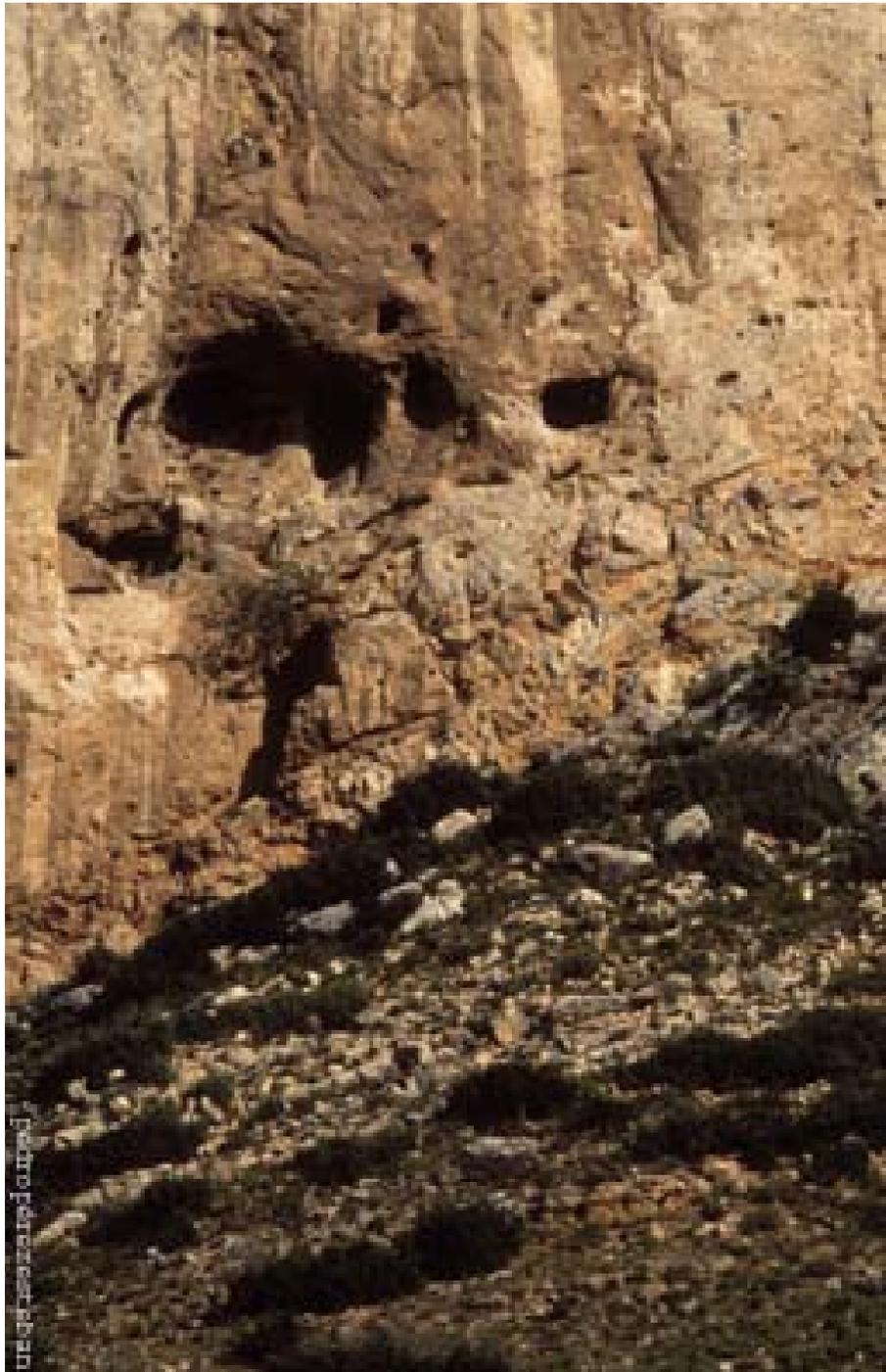
Libro de Orelas

El segundo grupo profesional lo formaban los comerciantes (sin duda, tenderos), un panadero, un carpintero o un contraamaestre. Caldo de cultivo

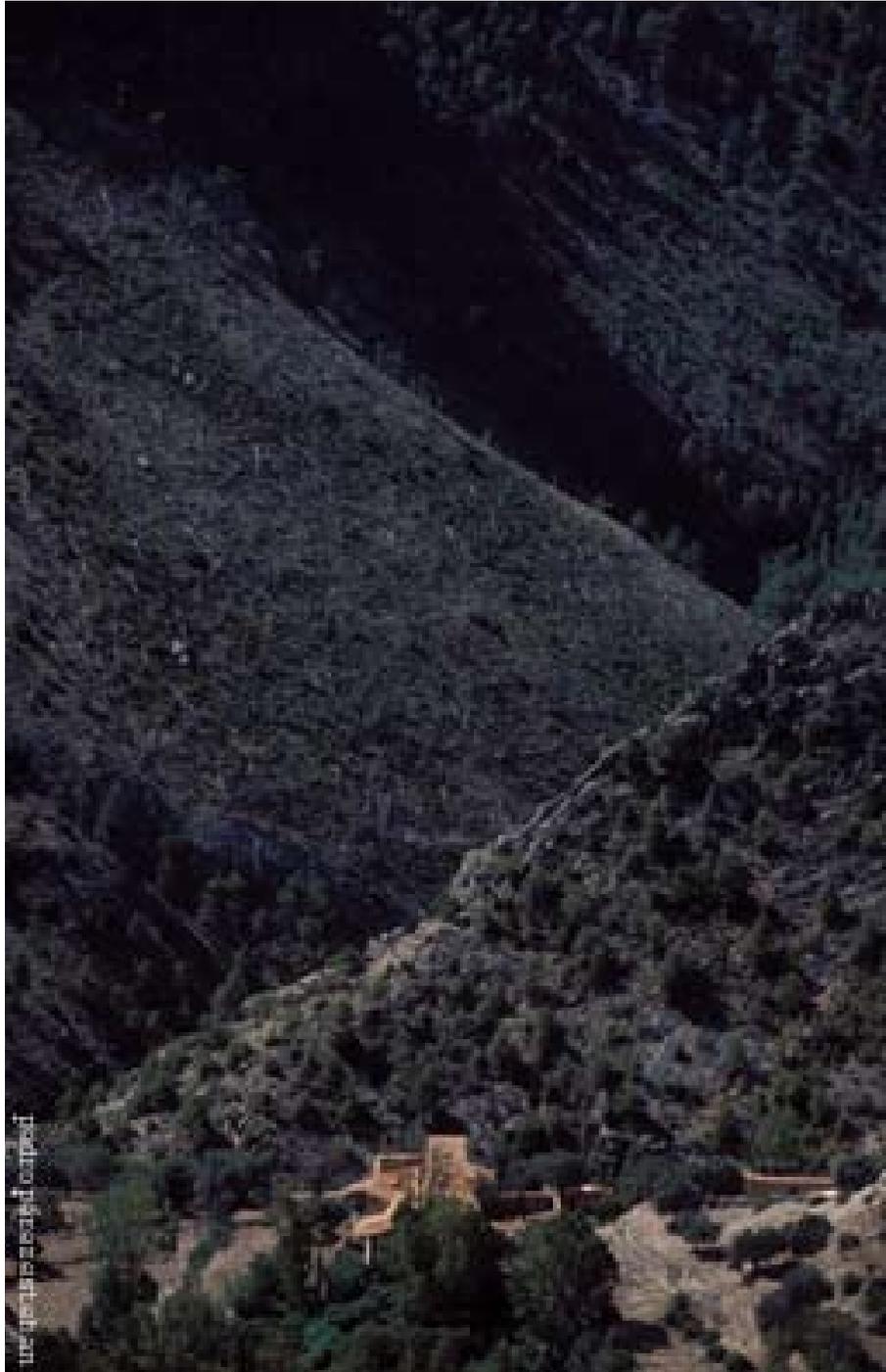
también de la derecha, gente temerosa de la revolución que, tendían a pensar, podía privarles de su estatus de clase media o clase media baja en el medio rural. Algunas profesiones liberales: médico o veterinario; y estudiantes, futuros integrantes de ese medio. Sin olvidar tres secretarios de ayuntamiento, un cargo ligado al poder institucional. En todos los casos, elementos profesionales que podían tener una influencia decisiva sobre el estamento campesino más pobre en lo que se refiere a favores, ayudas, préstamos o servicios de cualquier orden, también del político.

Del mismo modo que se fusilaba por familias, los huidos responden a lazos de parentesco que no dejan de estremecer dado el alcance trágico que revestía para muchos hogares. Hallamos en Cambriles hermanos, padres e hijos, suegro y yerno, y hasta primos hermanos.

En cuanto a los pueblos de procedencia, el mayor número (cinco en cada caso), están ligados a Ladruñán, Dos Torres de Mercader y Santolea. En el caso de este último pueblo, no obstante, incluimos a los cuatro hermanos Bel Conchello, aunque el único residente en el lugar era Fernando, el veterinario. Luis, José y Manuel habían venido desde Fórnoles buscando su ayuda. A propósito de los parentescos a los que he aludido, hay que anotar que se prolongan incluso después de acabado el conflicto. En efecto, Luis, convertido en médico, se casó con una hija de José Cortés Virgos, futuro alcalde de Mas de las Matas. Es decir, tres localidades muy cercanas, que circundan Cambriles. Siguen en número los procedentes de Mas de las Matas y de Mirambel (tres, respectivamente); dos de Alcorisa; uno de Tronchón y otro de Cuevas de Cañart.



Cueva de Cambriles



Masía del Latonar

Voy ahora a las páginas 101 a 126 del libro de actas. En la primera de ellas, encontramos el título “Cuentas de los socios”. Las veinticinco páginas restantes están encabezadas por el nombre de alguno de ellos; en ciertos casos, el nombre se acompaña de una fecha; en unos pocos, nombre, o nombre y fecha, se acompaña de cifras. Vamos por partes.

Nombres que aparecen sin ninguna otra anotación: José Gracia Monforte, Sebastián Gil Félez, Antonio Azcón Buñuel, Luis Aguilar Capapé, Teodoro Monforte Aguilar, Aurelio Sancho Margelí, Joaquín Jarque Castel, Vicente Salesa Salesa, Manuel Herrero Ramia y Manuel Aznar Buj. De todos ellos, sólo José Gracia Monforte, Luis Aguilar Capapé y Teodoro Monforte Aguilar llegaron a ingresar en Cambriles.

Leemos, sólo con indicación de fecha, los siguientes:

- Isidoro Folch Castel, 16 de abril.
- Manuel López Aguilar, 16 de abril.
- Vidal Royo Iranzo, 16 de abril.
- Aniceto Brea Royo, 16 de abril.
- Manuel Vallés Dalmau, 16 de abril.
- Francisco Herrero Ramia, 25 de junio.

No es fácil adivinar qué indica la fecha, sobre todo porque no va acompañada de la correspondiente al año. ¿Al pago de cierta aportación económica necesaria para atender a las exigencias de la empresa? Conviene observar también que, excepto en el caso del primero, todos los demás llegaron a residir en la cueva.

Contamos con algunos casos más interesantes.

·Pascual Navarro y hermano. “16 de abril: Entregadas en metálico con anterioridad a esta fecha. Haber: 50,-.”

·Fidel Ayora Carceller. “24 abril: Entregado en metálico, para compra general. Haber: 239,-. 30 julio: Entregado a cuenta para aceite a Torcuato. Haber: 50,-. 21 septiembre: Entregado a cuenta para Colom. Haber: 75,-.” “Torcuato” es el alias de Victoriano Barberán Carceller, colaborador que ingresó en Cambriles apenas unos días antes de que se establecieran de forma definitiva los contactos que permitieron la huida. “Colom” no es otro que Manuel Aznar Buj, un proveedor que no llegó a ingresar en la cueva.

·Fernando Bel y hermanos. “16 abril: Por varios géneros y en metálico. Haber: 172,60.”

·Isaac Repullés Repullés. “16 abril: Entregado en metálico. Haber: 86,20.”

·Victoriano Barberán Carceller. “30 julio. Recibidas a cuenta. Debe: 50,-.”

·Adolfo Torres Vinaja. “25 junio. Recibidas en metálico para comprar géneros y procedente de Fidel Ayora. Debe: 200,-.”

·Pascual Aznar Aznar. “25 junio. Tiene a cuenta en metálico. Debe: 20,-. Por tres pares alpargatas a 4,50. Haber: 13,50. 15 septiembre. Por abono de 8 decalitros de vino suministrado. Debe: 50,-.”

·Enrique Clemente Pascual. “25 julio. Entregadas con anterioridad para géneros. Debe: 10,-. 21 septiembre: Idem a cuenta de varios géneros suministrados. Debe: 75,-.”

·José Cortés Virgos. “15 septiembre. Ingresados por pago de géneros. Haber: 50,-.”

Aunque la información que estos datos nos proporcionan es escasa, podemos deducir que los refugiados en Cambriles pagaban por adelantado a los colaboradores que les suministraban lo necesario para su subsistencia, y que las aportaciones económicas iban encaminados a un tipo de género que la propia familia y allegados no les podían suministrar con facilidad: alpagatas, aceite o vino, por ejemplo. Fidel

Ayora, de Tronchón, y los hermanos Bel Conchello, de Santolea y Fórnoles, se contaban entre los que más aportaciones económicas proporcionaban. La fecha tantas veces repetida del 16 de abril indica, sin duda, el momento de una colecta lo más amplia posible de dinero entre todos los socios. Por último, es de destacar también el hecho de que el médico de Santolea, Adolfo Torres Vinaja, quien acudía cuando era requerido a atender a los enfermos de Cambriles, y que probablemente no llegó a residir en la caverna, realizó también labores de suministrador.

Socios	
Edad	Profesión
24	labradores
32	labrador
28	labradora
20	labradora
25	labradora
29	labradora



La Cañadilla



Corrales de Hinojosa

La fuga

El 18 de septiembre de 1937 se celebra la última reunión oficial de la sociedad secreta La Caverna. Se trata de una Asamblea General. El encuentro tiene lugar a las 23 horas y reviste carácter urgente. Según el acta correspondiente, asistió a la misma una mayoría de socios.

Se ha presentado la víspera, en el “domicilio social” de la Sociedad, es decir, en la misma cueva, Feliciano Pedro Pérez, proveniente de Hinojosa de Jarque. Lo acompaña Isidoro Folch, colaborador de Ladruñán y padre de Domingo y de Aurelio. Trae cartas de Pedro Navarro Félez (de Santolea, sin duda pariente de Sebastián Gil Félez), de Miguel Portolés, conocido como “Tío Balletero”, también de Santolea, y de Ramón Salesa Salesa, pariente a su vez del mencionado colaborador Vicente Salesa Salesa. Los tres se encuentran ya en la zona controlada por los nacionales, concretamente en Zaragoza, o, como dice el acta, “en territorio fascista, a partir del movimiento de la revolución”. Los tres requieren a los refugiados para que “vayan a su terreno, para lo cual han establecido un enlace, del que forma parte el señor Pedro Pérez.”

Feliciano Pedro Pérez expone a los miembros de La Caverna el plan de fuga, detallando los puntos de enlace hasta alcanzar el frente, así como también “el número de expediciones en que había de hacerse el traslado y fecha a empezar.”

Se acuerda que, una vez abandonada la cueva, la

Directiva dejará en suspenso sus funciones. Dichas responsabilidades “no serán restablecidas hasta tanto no esté en poder de los Nacionalistas [sic] este término municipal, o por el mero hecho de tenerse que volver todos los socios a este domicilio social, si no pasaran al frente y a la vez conveniente refugiarse de nuevo, caso que puede ser voluntario a los actuales socios.”

Se acuerda que tres expediciones serán suficientes para evacuar a todos los socios. Se establecen listas, que no han quedado reflejadas en el acta. No sólo las funciones de la junta quedarán en suspenso a partir de la salida, sino también las de la sociedad misma, insistiéndose en que así ha de ser “hasta tanto esté ocupado el término donde se halla situada la caverna por las tropas nacionalistas.” Una vez restablecidas las funciones de la Directiva, se practicará la “liquidación general” de acuerdo, al parecer, con el artículo 37 del “vigente Reglamento”, que no nos ha sido dado conocer.

Asimismo se decide que “todos cuantos documentos tenga actualmente la Sociedad serán entregados por la Directiva al socio Isidoro Folch Castel, quien conservará en su poder bajo su más estrecha responsabilidad; quedando prohibido el entregarlos todos o parte de ellos a ninguna persona excepto a la Directiva en cuanto vuelva a sus funciones.”

La asamblea termina haciendo constar en acta “la satisfacción que ha causado a todos los socios el

enlace conseguido para la evasión de referencia, por cuyo motivo se queda o demuestra nuestra gratitud hacia cuantas personas contribuyen a realizar tan humanitaria obra.”

Una hora bastó a los socios para tomar la decisión de fiarse de los enlaces y abandonar Cambriles.

Miguel Perdiguier, pediatra ya jubilado residente en Alcañiz, originario de Santolea, conoció a Feliciano Pedro Pérez y lo visitó en diversas ocasiones, antes de su muerte, en una residencia de ancianos de Alcorisa. A Miguel le debo conocer el itinerario que seguían los fugados de Cambriles hasta alcanzar el frente fascista.

El trayecto se hacía en tres etapas. Caminaban de noche y permanecían ocultos durante las horas del día.

La primera jornada comprendía el trayecto entre Cambriles y Las Ventas de la Cañadilla. Servían de guías Pascual Aznar, de la Masía del Topo de Ladruñán, y Sebastián Gil Félez, de Santolea.

La segunda los llevaba hasta Hinojosa de Jarque, donde residía Feliciano Pedro, que era albañil y contratista de profesión. Los acompañaba el propio Feliciano o un guía de Aliaga que ejercía de transportista. Pasaban el segundo día ocultos en un pajar propiedad de Feliciano. Éste, al día siguiente,

los conducía hasta un corral, también suyo, situado a ocho o nueve kilómetros de Hinojosa, donde lo relevaban guías provenientes de la zona nacional. Se trataba de cruzar la línea de batalla, que se situaba entre Son del Puerto y Portalrubio. Alcanzada esta localidad, se consideraban hombres libres. En Zaragoza les esperaba el Cuartel de San Gregorio, donde eran investigados y clasificados por los mandos franquistas.

Feliciano Pedro, un tiempo después, se sintió vigilado. Su doble actividad, como albañil y como enlace o espía faccioso, empezaba a levantar las sospechas de los republicanos de Hinojosa. Decidió marchar a Zaragoza. Invitó al secretario del ayuntamiento y a su mujer a acompañarles, pues presentía que corrían los mismos peligros que él. La mujer se limitó a darle recuerdos para un hermano que residía en Zaragoza, confiándole un doble secreto. Lo acompañó al corral y le dijo:

-En esa conejera guardo dinero; y aquí, en la faltriquera, las escrituras de la casa y de las tierras. Díselo a mi hermano, por si algo ocurriera.

A la entrada de los nacionales en Hinojosa, la pareja había sido ya fusilada. Se halló el dinero en la conejera, pero hubo que desenterrar el cadáver de la mujer para hacerse con los documentos.



Cueva de Cambriles: la cocina

En la cueva

Nos hemos detenido, para ver atardecer sobre el llano de Santolea y el pantano, junto al Morrón que en mi infancia llamábamos Peña del Botijo. Aunque por su forma recuerda más bien a un barral de vino. A nuestra izquierda se extiende, lánguido, el lomo de las Carcamas. Hemos pasado junto a Mirambel. Hemos dejado a un lado Tronchón. Vemos, a la derecha, apoyado en una montaña gris y pelada coronada por las ruinas del castillo templario, Castellote. De Santolea, como es sabido, sólo quedan cuatro casas en ruina, una ermita y un calvario vergonzosamente abandonados por los aranceles del progreso. Adivinamos, más allá de esos esqueletos, Dos Torres de Mercader, Cuevas de Cañart. Y más allá de las Carcamas, Ladruñán y las rochas donde se abre el hueco casi invisible de Cambriles.

Contemplamos el escenario de aquella aventura absurda (y algo quijotesca, aunque no entendamos la libertad con el mismo sesgo que sus protagonistas). No nos cabe duda de que sirvió para salvar un puñado indeterminado de vidas, hecho que parece suficiente para conferirle la atención que desde hace varios meses hemos decidido dedicarle.

Dormiremos en Crespol, en el refugio que administran Mari y Manolo. Mañana subiremos a Cambriles: Antonio Losantos, que me ha acompañado en casi todas las entrevistas; Pedro Pérez Esteban, quien, armado de su Leica, ha tratado de desentrañar la verdad de unos rostros mientras dibuja paisajes a los que infunde esa serena belleza cuyo misterio nos está

vedado a los profanos. Pedro es un fotógrafo relajado y meticuloso, parco en palabras, ajustado de gestos. Posee una mirada secreta que no deja de posarse sobre todo lo que le rodea, con un movimiento que los demás no percibimos. Viene con nosotros Antonio Ruiz, un guarda forestal asilvestrado y culto que afronta con humor y tesón envidiables cualquier curva de la vida.

Mari prepara una cena sencilla hecha con cariño. Estamos a finales de agosto de 2002. Tardaré dos o tres años más en escribir estas páginas. En todos los encuentros sucesivos con Mari no olvidará nunca preguntarme qué hago con Cambriles. Ella sola bastaría para justificar este acto de escritura.

Manolo nos lleva en su coche al pie de la empinada pendiente que sube hasta la base rocosa de Cambriles. Salimos de los pinos y trepamos describiendo pequeños zigzagues entre tomillos y aliagas. Alcanzamos, sudorosos, la base de la roca. La pequeña boca de Cambriles debe de estar a unos doce o trece metros de altura. Hay que escalar por la piedra rojiza y gris, recta y rugosa. Hay suficientes salientes para ir colocando manos y pies. Manolo sube sin ninguna protección, con las cuerdas y los arneses al hombro. Nosotros lo haremos también por nuestros propios medios, pero atados y sujetos a un saliente de la roca. Manolo nos irá indicando por donde orientar nuestra escalada, cómo avanzar metro a metro hasta las fauces de Cambriles. Antonio Ruiz es el único que ha vivido experiencias similares. Subimos también el

equipo fotográfico de Pedro.

La boca de Cambriles es un rectángulo casi perfecto, situado a la derecha de un abrigo poco profundo de dimensiones más grandes. Entre los dos, se abre un tercer hueco más pequeño. Desde el Guadalupe, o desde La Algecira, parece que la cueva ha de ser el abrigo más grande.

La boca tiene la suficiente altura como para permanecer de pie en ella. En su fondo, a unos dos metros del exterior, se abre la verdadera entrada de Cambriles, una hendidura baja por la que hay que deslizarse a gatas. Antes de atravesarla nos asomamos al vacío. Divisamos a los lejos el Morrón o Botijo, la cola del pantano de Santolea, las ruinas del pueblo que asoló, en la década de los sesenta, la penúltima recrecida de la presa, la fila rocosa de las Carcamas. Más cerca, a la izquierda, La Algecira, la loma de Santa Bárbara, las primeras casas de Ladruñán. Frente a nuestros ojos, las lomas pardas y ocres nos tapan Bordón. A la derecha, el barrio del Latonar. Adivinamos la serpiente honda del Guadalupe que dibuja su curso tras franquear el estrecho de la Hoz Baja. Es mucho lo que se otea desde Cambriles, pero también hay numerosos puntos desde los que la cueva puede ser avistada.

Cambriles vive en una oscuridad absoluta. Encendemos las linternas y las luces frontales. El lugar no puede ser más tenebroso, húmedo y frío. Nada más penetrar en su interior, al instante ya deseamos abandonarlo y volver a la luz.

¿Aquí vivieron unas cuantas docenas de hombres durante meses, algunos casi un año entero?

La cueva es laberíntica y angosta. Me produce un agobio asfixiante. Me quedo paralizado. No salgo de mi sorpresa, de mi perplejidad: no hay un solo corredor por el que se pueda caminar con despreocupación. Se hace preciso subir y bajar sin respiro por piedras resbaladizas e irregulares, a través de pasillos estrechos por donde no puede deslizarse más de una persona. En la parte central de la cueva, se conservan visibles restos de los entarimados que, suspendidos sobre el vacío, servían de lecho a los refugiados de la caverna. De ellos, en realidad, no quedan más que algunos troncos maltrechos que apenas sirven para hacerse una idea de lo que debía de suponer permanecer, en la práctica, muchas horas al día casi flotando en el aire, siempre al lado de uno o de varios compañeros de prisión.

Digo prisión, pues es la palabra que, de inmediato, me viene a la cabeza y que mejor resume la idea que me hago de la vida, durante meses, en semejante lugar.

Esto es, acaso, Cambriles. Un encarcelamiento voluntario. Estos hombres fueron topes; huían del riesgo, quizá de la muerte, rechazaban una aventura al aire libre, junto a sus enemigos o a sus correligionarios, salvar el pellejo. Preferían vivir como alimañas todo el tiempo que fuera necesario, antes que poner en riesgo sus vidas. Pero, ¿no era un precio muy alto?

Manolo alumbra con su linterna un pequeño hueco en la roca, a un metro de la superficie sobre la que ahora asentamos nuestros pies, en una de las pequeñas simas sobre la que se instalaban los pisos de madera que servían de camas. En la oscuridad, un par de alpargatas o de albarcas, apenas se distingue su forma

precisa, que sin duda alguno de los refugiados dejó olvidadas, y que quienes han visitado posteriormente la cueva no se han atrevido a llevarse.

No cabe negar que trataron de dignificar cuanto pudieron aquella reclusión: darle una apariencia de organización y de normalidad. Subiendo hacia la parte derecha de la cueva, hallamos, en primer lugar, la piedra plana que, situada a media altura, servía de hogar donde encender el fuego y cocinar. Como una moderna barbacoa. Un poco más adelante, el aljibe, en buen estado de conservación. De obra, lavado de yeso, bien enjalbegado, formando un semicírculo en torno a un ángulo de la roca. A su lado, uno de los rótulos que, siempre con letras mayúsculas y rojas, señalan las diferentes dependencias de la caverna: la BODEGA (una repisa natural que se abre en la piedra) o el Dpto. DE HIGIENE. En efecto, junto al aljibe, en el suelo, se abre la diminuta sima que servía de letrina. Todavía se conserva una parte del marco de madera de la cubierta que tapaba el aljibe. Encima del mismo, escrito con la misma pintura, leemos LAVABO. Frente al aljibe, muy borroso, puede leerse una inscripción que reza así: N° 100. No sabemos el significado que encierra. En la parte central de la cueva debía de extenderse el piso superior de madera que, partiendo de la cocina, profundizaba en la caverna formando un amplio “salón”. No cuesta imaginar a los refugiados sentados en círculo, charlando o comiendo.

Volvemos atrás, y descendemos hacia la zona izquierda. Cruzamos el ENTRESUELO, que nos conduce hasta la AUDITORÍA, acompañada de un no menos misterioso N° 1, y, a su lado, la B.TCA, que hace pensar en biblioteca o en botica. Nos inclinamos

por esta última opción. Nos preguntamos también para qué debía de servir la auditoría. ¿Se reunía allí la junta? ¿Recibían en ese rincón las quejas o las sugerencias de los miembros de la sociedad? ¿O era donde se efectuaban las recriminaciones y las llamadas al orden? ¿Un lugar donde guardar documentos? En la entrada de la auditoría descubrimos pequeños restos de hormigón pegados a la roca, que pudieron sustentar algún tipo de puerta o de reja. Es posible que los tres cargos de La Sociedad se reunieran allí a puerta cerrada para discutir decisiones o elaborar las órdenes diarias. En uno de los lados, un pequeño orificio, por el que apenas puede pasar un hombre, conduce a una cámara no muy espaciosa, de techo elevado, que semeja un zulo natural abierto en la roca. ¿Era la cárcel que los topes de Cambriles reservaban a los incautos que tuvieran la desgracia de descubrirlos; cárcel que, en palabras, de Ramón Aznar Martí, nunca llegaron a utilizar?



La DESPENSA, frente a la supuesta cárcel, es de boca también pequeña.

No sé cuánto tiempo pasamos en el interior de Cambriles, pues nos retiene la sorpresa y el deseo de

explorar cada hueco. Más de dos horas. No hay, en apariencia, ninguna otra salida al exterior, aunque suponemos que, por las rocas altas, se tiene que abrir algún pequeño respiradero natural. Tampoco descartamos que algunas de las simas se hayan visto taponadas desde la época de la guerra civil. En cualquier caso, no nos cabe la menor duda: en el verano de 1937, semanas antes de la salida por turnos de los inquilinos de Cambriles, el hacinamiento en la oscuridad (habría que economizar el carburo), la ociosidad forzada, la larga espera, debían de ser las notas predominantes en la vida cotidiana de la sociedad. No nos extraña ahora el sistema de organización jerárquica que los miembros decidieron imponerse a sí mismos. Lo más parecido a un régimen militarizado, cuando no carcelario.

Era el precio que tuvieron que pagar a cambio de la supervivencia. Al menos así lo creían.

Abandonamos la cueva practicando un sucedáneo

de rapel, es decir, bien sujetos por las cuerdas, los arneses y los cerrajes que dispone y controla Manolo. Aquellos hombres se ayudaban de una simple soga.

Antes, desde la boca, contemplamos por última vez el paisaje: los tejados de La Algecira, las Carcamas, el pantano de Santolea, por un lado; el Latonar y la cuenca alta del Guadalope, hacia el Puente Natural y la Hoz Baja, por el otro. Grandiosidad natural. Miseria humana.

Pedro Pérez Esteban y yo subiremos a Cambriles en otras dos ocasiones, en 2004 y en 2005, siempre ayudados por el mismo guía. En la tercera visita nos acompañarán José Luis Ledesma y Jesús Cirac. Y nuestras compañeras. Cambriles recibe así unas presencias femeninas que le fueron vedadas durante la guerra civil. En cada ocasión, descubrimos un nuevo detalle, el N^o 100, o las señales de hormigón que quizá delatan el límite jerárquico que establecieron Vidal Royo, Domingo Folch y José Navarro. No





nos cuesta imaginar a Aniceto Brea o a Fidel Ayora pendientes de lo que los tres cargos electos deliberaban agazapados en su receptáculo. La imaginación se dispara: tensiones internas, rencillas, diferencias de criterio, paces y claudicaciones. Presión sexual. Hoy la cueva parece un reducto mucho menos habitable que el que sin duda acondicionaron aquellos hombres: faltan los camastros, el aljibe lleno de agua, un fogón siempre dispuesto, incluso algunas cortinas delante de la letrina... Sí, la fantasía busca, en cada recoveco, un indicio de humanidad con los nervios a flor de piel. Y nos preguntamos: ¿No fue excesivo

el empeño? ¿No les bastó, como a otros topos, con enterrarse vivos en sus propios hogares? ¿Por qué se constituyeron en Sociedad Secreta? ¿Para qué tanta “mise en scène”? ¿Jugaban a héroes inspirados por un grupo de falangistas? Nos parece que hay algo de grandioso –como afirma el cura Conesa- en el empeño de Domingo Folch y de sus seguidores, pero también un toque de tragicomedia, una impostura algo grotesca. Cambriles no nos deja indiferentes. Nos repele y nos fascina con la misma intensidad. Nos seducen sus enigmas.



Domingo Folch Carbó

Domingo Folch

Habla el nonagenario Domingo Folch Carbó. Está sentado en una silla de ruedas, de la que ya no puede moverse. Sigue transmitiendo una impresión de tesón y de fuerza que nos impresiona. Antonio Losantos y yo le hacemos algunas preguntas, aunque Domingo sigue su propio discurso incontinente sin hacer demasiado caso a las mismas.

No me he atrevido a pedirle que me deje grabar sus palabras, por lo que acciono el mando del casete sin sacarlo del bolso de mano; le he dicho a Pedro que no le haga fotos, pues también tengo la certeza de que eso desbarataría la entrevista.

Su mujer –fallecida ya cuando empiezo a esbozar estas páginas- se acurruca detrás de él sin articular ni una sola palabra. Resulta diminuta a su lado. De vez en cuando Domingo se gira hacia ella, como si quisiera comprobar que no se ha movido de su sitio.

-La cueva no parecía destinada para una bandada, que aquello fue una cosa descabellada, sino para dos o tres amigos. Para una semana, para dos días... ¡Estuvimos siete meses!

Domingo me coge del brazo y aprieta con fuerza su manaza huesuda.

-Usted entró en noviembre del 36.

-¿Noviembre? No, más tarde.

Corrijo: fue el 7 de diciembre.

-Más de siete meses estuvieron.

-Más. Se fue prolongando con varias amistades, afectados por el Régimen y... fuimos organizando, fuimos hablando... Entonces había dentro una fuente de agua, que para cuatro o cinco personas había abastecimiento para lavarse, guisar, para el servicio de cuatro o cinco personas, estaba dentro y no había que dar a nadie más. Y la calefacción y el alumbrado, pues teníamos discurrido eso.

-Explíquese.

-Con carburo que fuimos acaparando a tiempo. Al final lo teníamos preparado todo para diez o doce personas, al que le tocara. Simple casualidad, cosas que han de ocurrir, uno de los señores estaba comprometido con otros, que valía más que no lo hubiéramos conocido, tenía otro hermano en Alcorisa con dos hijos.

Sin duda Domingo Folch se refiere a Sebastián Gil Félez, y a los sobrinos de su mujer, los hermanos Navarro Guillén.

-Llega un día que, matando, matando, ni más ni menos, nada más principiar la guerra, estos chicos, fueron a por ellos a un campo, que estaban cogiendo olivas, allí mismo enfrente, y no los encontraron, pero sí que los encontraron en otro sitio con su padre. Al encontrarlos con su padre, ataron un hijo a cada brazo, cogieron los tres y tira... Éstos, conociéndose el panorama... Al padre le dio un golpe al corazón y se quedó seco. Le dicen al muchacho, que uno era sordico, puedes marcharte que tú ya tienes lo que

te mereces, y al otro que era el más joven de edad, de la quinta del 35... A monte través, que conocían aquello de ir de fiestas a Santolea, vamos a ver el tío lo que nos dice, que me parece que tienen una cosa preparada en el monte para tal y para cual. Cogen y me los traen a casa una noche. Yo vivía en el Higueral. Vamos a esconderlos.

La memoria de este anciano es zigzagueante, y apenas se centra en lo que está narrando. Recojo los hilos del relato como jirones de niebla densa.

-Cuando la guerra ya estaba en su apogeo, la matanza... ya éramos muchos, más de cincuenta los complicaos, con algunas armas, y ordenaos y preparaos para lo que... Llegamos y decimos, bueno, vamos a llevarlos allá, y yo me cuidaré desde aquí, contando que todo aquello podía aguantar ocho días, diez días, un mes, lo que fuese, mecagüen la puta de oros y... la cueva se iba complicando, más socios, mataban a un amigo aquí, a otro allá, a otro pariente en otro sitio... Y nos fuimos organizando y éramos fuertes.

Olvida Domingo –acaso no lo pensó nunca- que la represión republicana no produjo la guerra. Fue la guerra –consecuencia del golpe de estado de Franco y los militares que lo secundaron- la que produjo un vacío de poder por parte del Estado republicano, y el funcionamiento autónomo de aquella represión.

-¿De quién fue la idea de formar la sociedad secreta? –le pregunto.

-Con un secretario de ayuntamiento, secretario y practicante en Dos Torres de Mercader [Luis Aguilar Capapé], ése fue el inventor del reglamento, uno que está aquí en el ayuntamiento de Mas de las Matas,

porque no se puede tocar de ahí, y una vez que yo haya muerto –ya no más quedo yo-, que hagan lo que les dé la gana.

Mi entrevistado –me cuentan que también ha fallecido cuando hago las últimas correcciones a este reportaje- confunde el reglamento con el libro de actas. Se me ocurre que debió de ser él quien hizo entrega de este último al ayuntamiento de Mas de las Matas (¿acaso no fue a su padre a quien los miembros de la sociedad, en su última asamblea, decidieron confiar todos sus documentos?). Pero Domingo no recuerda o no se muestra dispuesto a aclararme semejantes detalles.

-He tenido ofertas. Ya me hicieron una de las más gordas, porque fíjese usted que había un diario, todos los días lo hecho en la cueva, y me lo quemaron.

Me niega que acabara entre las manos del cura Conesa.

-Ese libro enterico y verdadero se quemó en Mas de las Matas. Yo sí que sé quién lo quemo, pero no me da la gana decirlo. A mí todo aquello no me trajo más que disgustos en mi juventud.

Extraña confesión de quien muestra tanta entereza a la hora de conservar secretos a pesar del tiempo transcurrido.

-Llegamos a formar un grupo tan grande que, cuando saltamos los primeros a Zaragoza, salimos cincuenta y dos, pero había complicaos más de doscientos, y de todos aquellos quedarían pocos que no fuesen a Zaragoza por el mismo camino, que todo eso lo sabemos los que vivimos, que soy yo, y los que están enterraos, que han ido desapareciendo todos.

El baile de cifras. Cincuenta y dos, muchos más de los que figuran en el libro de actas. Doscientos. Ciento doce, según el poema de Aniceto Brea.

-El de la Masía del Topo era uno de los fundadores. Hacíamos la partida de pelota y en vez de jugar lo que hacíamos era hablar de nuestras cosas. Ése era un labradorcico corriente, cazador como yo, nos llevábamos muy bien.

Le pregunto sobre la disciplina y el trabajo en la cueva.

-Habíamos una junta, la que destinábamos salidas y entradas, quién... los cargadores del agua y la leña, y otras cosas que se hacían, estaban siempre destinaos de antemano, y cuando llegaba el momento en la noche, venga, Fulano, tú...

-¿Tenían visitas?

-Sí, allí no nos faltó médico ni medicamento ni ninguna cosa, cuanto se necesitó.

-¿Y las mujeres?

-Del otro género, nada, de eso nada. Le voy a decir una palabra, teníamos fe, que eso es lo bonito de esto, por eso yo, cuando quemaron el reglamento y quemaron el libro diario, me pegaron un tiro en el corazón, que dije yo, ojalá Dios quemaran el pueblo entero, porque era una cosa bonita para un mañana. Porque a mí hubo unos periodistas del Ya que intentamos hacer un libro y vivir de ello. No pudimos hacer nada, por aquello de que si usted gana un duro, yo gano dos. Todo esto lo dejamos, porque son palabras tontas, y agua pasada, que dice aquél.

-¿Cuándo se quemaron el reglamento y los diarios?

-Cuando la entrada primera de los maquis por estas tierras. Buscaban a la gente que había contribuido pa'ganar la guerra. El que lo quemó lo hizo por miedo, y eso me confesó a mí.

-¿Qué hizo cuando salió de la cueva?

-Acabé en el cuartel de Palafox, en Zaragoza, donde ya había hecho la mili. Un teniente coronel, de Calamocha, me dijo que me quedaría con él. Tú te vas a quedar conmigo, me dijo, y moriremos juntos en esta guerra.

-¿Qué recuerdo tiene de su estancia en Cambriles?

-No se estaba tan mal en la cueva. En una ocasión fuimos a Mirambel, a buscar a unos fulanos, que ya no los cogimos, hacía un rato que los habían matao, unos que eran tratantes de caballerías, dos hermanos.

Me dice de Luis Aguilar Capapé:

-Era más listo que el hambre.

-¿Qué llevaba a la gente a refugiarse en Cambriles?

-No alistarse en las filas republicanas y los malquereres de los pueblos. El único burro era yo, sabía poner mi nombre y se acabó. Pero allí había gente muy inteligente que después han llegao a ser figuras.

Su rostro se endurece:

-De lo ocurrido soy el amo yo. Quiero morirme con la historia sin que nadie la pueda redactar.

La entrevista parece haber concluido. Domingo me ha apretado varias veces el brazo con su enorme

mano, con una fuerza inesperada para su edad, y adivino en su mirada un tono casi amenazador. Entonces, a punto de despedirnos, Pedro le invita a dejarse fotografiar. Para mi sorpresa, Domingo no se resiste. Yergue el pecho, levanta la cabeza, y posa con evidente placer. Mira con fijeza al objetivo de la Leica y esboza una sonrisa mostrando una dentadura desigual, amarillenta, pero aún completa en la fila inferior. Orejas, ojos, nariz, todo es desmesurado en su rostro. Se me ocurre que me he equivocado al decirle

a Pedro que no lo fotografiara desde el principio. Su rostro no se ha suavizado en ningún instante de la larga conversación como lo ha hecho ahora.

-De lo ocurrido soy el amo yo.

Decido, al despedirme, olvidar estas palabras que se me antojan amenazadoras. No sé si desvelaré los enigmas de Cambriles, pero tengo que librarme de ciertas sensaciones si quiero, cuando menos, intentarlo.





© GEMA

Edita:

GRUPO DE ESTUDIOS MASINOS
Mas de las Matas (Teruel)

Coordinador:

Javier Díaz Soro

Maquetación:

Ana M^a Royo Sorribas
Andrés Añón Serrano

Primera Edición: 2006

I.S.S.N.: ?????

Depósito Legal: Z-???????

